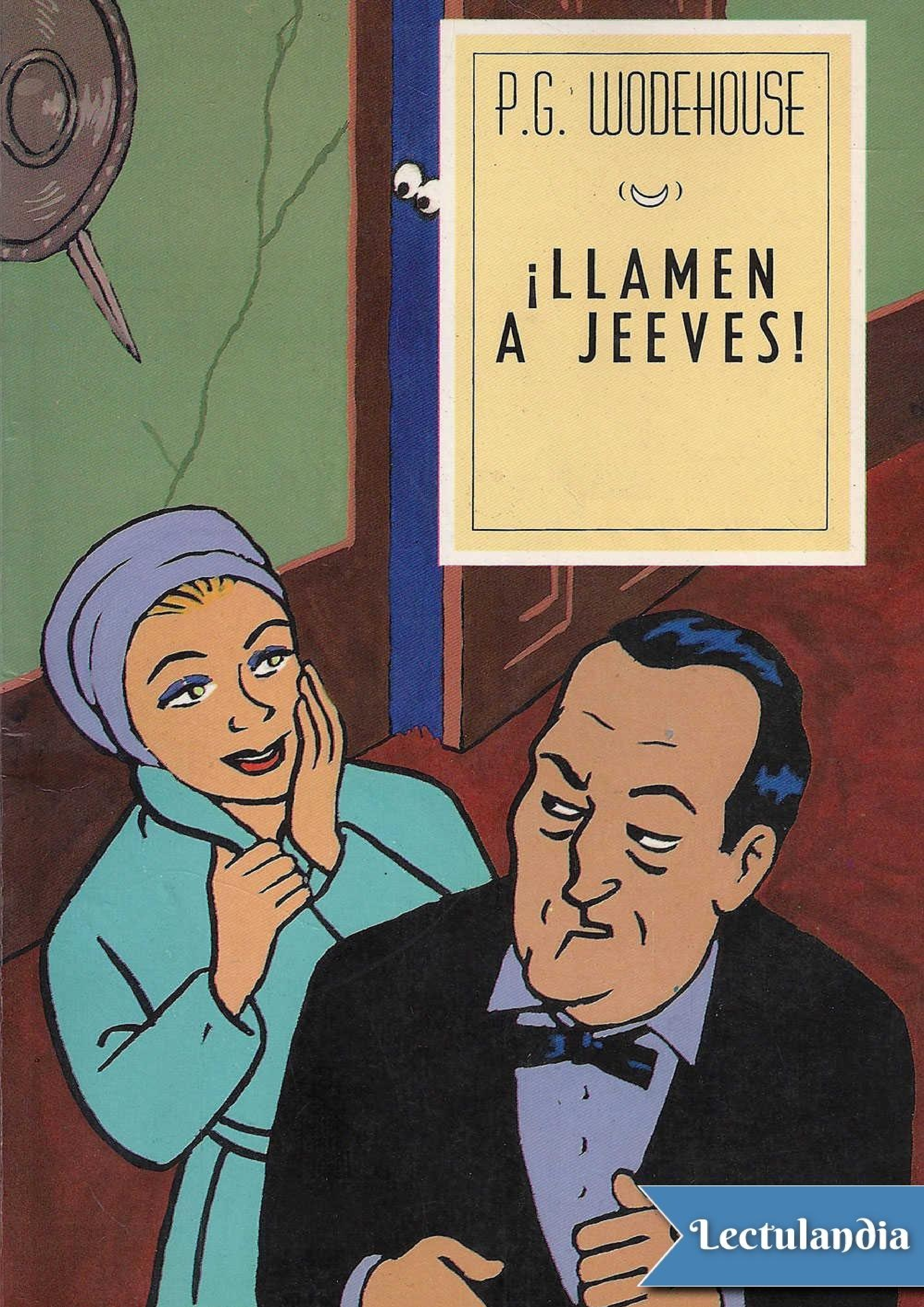

P.G. WODEHOUSE
¡LLAMEN A JEEVES!
Lectulandia

La única historia de Jeeves en la que Bertie Wooster no hace ninguna aparición, implica a Jeeves en una comisión de servicios de mayordomo y factótum general para William Egerton Bamfylde Ossingham Belfry, noveno conde de Rowcester.

A pesar de su impresionante título, Bill Belfry está arruinado, lo que podría explicar por qué él y Jeeves han estado trabajando como corredores de apuestas, disfrazados con bigotes falsos y trajes de cheque.

P. G. Wodehouse

Llamen a Jeeves

ePUB v1.0
Arthur Paendragon 12.06.12

Título original: *Ring for Jeeves*
Fecha de publicación: 22/04/1953
Traducción: Esteban Riambau Saurí

Editor original: Arthur Paendragon (v1.0)
ePub base v2.0

I

El camarero, que había salido un momento para efectuar una llamada telefónica, regresó al salón de café de El Ganso y el Pepinillo con la mirada de estupor del hombre que acaba de enterarse de que ha apostado por un ganador bien recompensado. Ansiaba compartir su felicidad con alguien y el único confidente posible era la mujer instalada ante la mesa cerca de la puerta, que estaba bebiendo un gin-tonic pequeño y matando el tiempo con un libro de tema espiritista. Decidió comunicarle la buena nueva.

—No sé si puede interesarle saberlo, señora —dijo con voz palpitante a causa de la emoción—, pero *Madre de Whistler* ha ganado el Oaks.

La mujer alzó la vista para contemplarle con unos ojos grandes, negros y sentimentales, como si él fuese algo acabado de obtener a partir del ectoplasma.

—¿El qué?

—El Oaks, señora.

—¿Y qué es el Oaks?

Parecióle increíble al camarero que en Inglaterra pudiera haber alguien capaz de formular semejante pregunta, pero ya había deducido que la dama en cuestión era una dama norteamericana, y sabía que las damas norteamericanas suelen ignorar los hechos fundamentales de la vida. En cierta ocasión había conocido a una que deseaba saber qué era una quiniela de fútbol.

—Es una carrera de caballos anual, señora, reservada para yeguas. Con ello quiero decir que se celebra una vez al año y que al sexo masculino no se le permite competir. Se corre en Epsom Downs el día antes del Derby, del que indudablemente sí habrá usted oído hablar.

—Sí, he oído hablar del Derby. Es la gran carrera de este país, ¿no es verdad?

—Sí, señora. Lo que llamamos un clásico. El Oaks se corre el día antes, aunque en años anteriores era el día después. Con lo que quiero decir —explicó el camarero, esperando no mostrarse demasiado oscuro— que se celebraba el día después del Derby, pero que ahora lo han cambiado.

—¿Y *Madre de Whistler* ha ganado esta carrera a la que le dan el nombre de Oaks?

—Sí, señora. Por dos cuerpos. Yo jugaba cinco chelines.

—Comprendo. Pues muy bien, ¿verdad? ¿Me traerá otro gin-tonic?

—En seguida, señora. ¡*Madre de Whistler*! —exclamó el camarero, en una especie de éxtasis—. ¡Qué maravilla!

Se retiró y la mujer reanudó su lectura. La tranquilidad se apoderó del salón de café.

En sus características esenciales generales, el salón de café de El Ganso y el

Pepinillo difería muy poco de los salones de café de todas las demás posadas que flanquean los caminos de Inglaterra e impiden que la raza isleña se muera de sed. Había allí la usual y tenue iluminación propia de una iglesia, los acostumbrados cuadros de *El ciervo acorralado y La despedida del hugonote* sobre la repisa de la chimenea, las mismas vinagreras y botellas de salsa, y el tradicional olor a ozono de la mezcla de encurtidos, sopa de caldo, patatas hervidas, camareros y queso rancio.

Lo que lo distinguía aquella tarde de junio y le confería un cierto no sé qué que los otros no poseían era la presencia en él de la mujer a la que se había dirigido el camarero. Como norma general, en los salones de café de las hosterías junto a los caminos ingleses, todo aquello en lo que el ojo puede recrearse es en algún que otro granjero que despacha unos huevos fritos o un par de viajantes de comercio que se cuentan el uno al otro historias subidas de tono, pero El Ganso y el Pepinillo había atraído, a través del mar, a esa mujer extraordinariamente atractiva, que elevaba hasta una altura increíble el tono del lugar.

Lo que en ella llamaba inmediatamente la atención y llevaba el silbido a los labios era el aura de riqueza que exudaba. Era algo que se manifestaba en sus anillos, su sombrero, sus medias, sus zapatos, su capa de piel plateada y el traje *sport* de Jacques Fath que se amoldaba perfectamente a su ondulante figura. Allí, hubiérase dicho uno para sí mismo, contemplándola, había una mujer que poseía dinero a espuertas y que probablemente tendría el pulgar dolorido a fuerza de cortar el cupón, una mujer ante la cual, sólo con oír su nombre, las voraces sanguijuelas del impuesto sobre la renta solían quitarse sus sucios sombreros mientras contenían reverentemente el aliento.

Y al decirse esto, uno no hubiera incurrido en error. Era tan rica como parecía serlo. Casada dos veces y cada vez con un multimillonario, estaba tan bien situada financieramente como pudiera haberlo deseado cualquier mujer.

La suya había sido una de aquellas carreras a lo Horatio Alger que tan alentadoras les resultan a las chicas que aspiran a triunfar en el mundo, demostrando con ello que uno nunca sabe qué premios puede estar reservándole el destino a la vuelta de la esquina. De soltera Rosalinda Banks, oriunda del Chilicothe, Ohio, Bankses, sin más atractivos que un rostro adorable, una figura soberbia y un cierto talento para el *vers libre*, había ido al Greenwich Village en busca de fortuna y la había encontrado prácticamente a las primeras de cambio. En una fiesta dada en un estudio situado en Macdougall Alley, había conocido y fascinado a Clifton Bessemer, el Magnate de la Pasta de Papel, y en menos tiempo del que se necesita para contarlo se convirtió en su esposa.

Viuda debido a que Clifton Bessemer trató de conducir su coche una noche a través de un camión en vez de efectuar un rodeo, dos años más farde conoció en París al deportista millonario y especialista en caza mayor A. B. Spottsworh, se casó con él

y enviudó otra vez casi de inmediato.

Fue una confusión de ideas entre él y uno de los leones a los que dio caza en Kenia la causa de que A. B. Spottsworth protagonizara la columna necrológica. Creyó que el león estaba muerto, y el león pensó lo contrario. Como resultado de ello, cuando colocó su pie sobre el cuello del animal, como preparativo para la foto que le iba a sacar el capitán Biggar, el Cazador Blanco que acompañaba a la expedición, se produjo una desagradable reyerta y, debido a que el capitán Biggar tuvo que dejar caer la cámara y emplear unos momentos vitales buscando el rifle, su bala, aunque certera, llegó demasiado tarde para constituir una ayuda práctica. Nada más pudo hacerse aparte de recoger los fragmentos y transferir la vasta fortuna del millonario deportista a su viuda, añadiéndola a los más o menos dieciséis millones que había heredado de Clifton Bessemer.

Ésta era, pues, Mrs. Spottsworth, una mujer con un alma y unos cuarenta y dos millones de dólares en la cómoda de su cuarto. Y, para aclarar aquellos puntos de menor cuantía que puedan requerir elucidación, ahora estaba camino de Rowcester Abbey, donde había de ser huésped del noveno conde de Rowcester, y habíase detenido en El Ganso y el Pepinillo porque deseaba estirar las piernas y airear su perra pequinesa Pomona. Estaba leyendo un libro de tema espiritista porque recientemente se había convertido en una devota entusiasta de la investigación psíquica. Llevaba un traje *sport* Jacques Fath porque le agradaban los trajes *sport* Jacques Fath. Y bebía ginebra con tónica porque hacía una de aquellas tardes más bien cálidas en las que un gin-tonic es precisamente lo más adecuado.

El camarero regresó con el elixir y continuó la conversación allí donde la había dejado.

—A treinta y tres contra uno estaban las apuestas, señora.

La señora Spottsworth alzó sus lustrosos ojos.

—¿Cómo dice?

—Así comenzó la carrera.

—¿A quién se refiere?

—A la yegua de la que le hablaba y que ganó el Oaks.

—¿Ella otra vez, verdad? —dijo la señora Spottsworth con un suspiro.

Había estado leyendo acerca de unas interesantes manifestaciones del mundo de los espíritus, y esa charla terrenal la irritaba.

El camarero percibió su falta de entusiasmo y le dolió un poco. En aquel día entre todos los días hubiera preferido relacionarse tan sólo con aquellos por cuyas venas circulara una sangre deportiva.

—¿No le agradan las carreras, señora?

La señora Spottsworth sopesó la pregunta.

—No mucho. Mi primer marido era un fanático de ellas, pero a mí siempre me

habían parecido algo muy poco espiritual. Todo aquel léxico a base de llegar a la meta a fuerza de pies, de pencos y caracoles, de pistas rápidas y fangales, y de algo que él llamaba una carrera de barcas… No era, ni mucho menos, la cosa más apta para desarrollar la parte más elevada de la persona. Yo apostaba de vez en cuando una sábana, como diversión, pero nunca iba más allá. No era actividad que afectara a lo más profundo que hubiera en mí.

—¿Una sábana, señora?

—Mil dólares.

—¡Caray! —exclamó el camarero, impresionado—. A esto lo llamaría yo jugarse hasta la camisa. Aunque para mí no sólo sería jugarme la camisa, sino también los calcetines y el calzoncillo. Ha sido una suerte para los corredores de apuestas que usted no se encontrara hoy en Epsom, apostando por *Madre de Whistler*.

Se retiró y la señora Spottsworth reanudó la lectura de su libro.

Durante los diez minutos siguientes, más o menos, nada de mayor importancia ocurrió en el salón de café de El Ganso y el Pepinillo, excepto que el camarero mató una mosca con su servilleta y la señora Spottsworth dio fin a su gin-tonic. Después una mano poderosa abrió de golpe la puerta y entró un hombre rechoncho, fornido y de aspecto vigoroso, con un rostro curtido por la intemperie. Tenía unos ojos azules y penetrantes, una faz muy roja, una cabeza redonda tendente a la calvicie, y uno de aquellos bigotes pequeños e hirsutos que con tanta profusión abundan en las avanzadillas del Imperio. De hecho, brotan con tal abundancia en los labios superiores de quienes soportan la carga propia del hombre blanco, que no deja de ser una teoría defendible la de que este último ostenta unos ciertos derechos de patente. Uno recuerda las palabras nostálgicas del poeta Kipling, cuando cantó: «Dejadme en cualquier lugar al este de Suez, donde lo mejor es como lo peor, donde no hay diez mandamientos y un hombre puede dejarse crecer un pequeño e hirsuto mostacho».

Era probablemente este mostacho lo que confería al recién llegado su especto exótico y le hacía parecer fuera de lugar en el salón de café de una posada inglesa. Al mirarle, uno comprendía que su ambiente natural era el bar de Black Mike en Pago-Pago, donde él sería el alma de la fiesta, pese a que, evidentemente, la mayor parte de su tiempo la pasaría en sus safaris, hostilizando a toda la fauna que se aventurase a cruzarse en su camino. Había allí, hubiera dicho cualquiera, un hombre que en más de una ocasión había mirado fijamente a un rinoceronte y había conseguido amilanarlo.

Y una vez más, exactamente como al efectuar aquel penetrante análisis de la señora Spottsworth, uno hubiera estado perfectamente en lo cierto. Aquel bigotudo hombretón arrancado de la naturaleza era nada menos que el capitán Biggar, al que hemos mencionado hace unos momentos en relación con el lamentable incidente que culminó con la ascensión de A. B. Spottsworth al reino de las estrellas, y cualquiera de los asiduos del Pozo de las Burbujas o del Long Bar de Shanghai hubiera

asegurado que «Bwana» Biggar había amilanado a más rinocerontes de los que cualquiera era capaz de contar.

Pero en aquel momento pensaba menos en nuestros amigos irracionales que en algo muy fresco en una jarra. Como ya hemos dicho, la tarde era calurosa y él había conducido a lo largo de un buen trecho desde Epsom Downs, de donde se había retirado inmediatamente después de concluida la carrera conocida como The Oaks, hasta esa tranquila posada en Southmoltonshire.

—¡Cerveza! —rugió y, al oír el sonido de su voz, la señora Spottsworth dejó caer su libro con un grito de sobresalto, mientras sus ojos parecían abandonar sus correspondientes órbitas.

Y dadas las circunstancias, hubiera sido perfectamente comprensible que sus ojos las hubieran abandonado, ya que su primera impresión había sido la de que asistía a una de aquellas interesantes manifestaciones del mundo del espíritu, acerca del cual había estado leyendo. Lo suficiente para que se desorbitaran los ojos de cualquier mujer.

El detalle primordial en un cazador como el capitán Biggar, si uno contempla las cosas sin prejuicios, es que caza. Y, admitido este punto, uno espera que se encuentre en los terrenos de caza por él elegidos, y que permanezca en ellos. Encuéntresele en Kenia, Malaya, Borneo o la India, y uno no experimentará la menor sorpresa. «Hola, capitán Biggar —le dirá—. ¿Cómo va el rastreo?». Y él replicará que el rastreo va de primera. Todo perfectamente en orden.

Pero cuando se le ve en el salón de café de una hostería rural inglesa, a miles de kilómetros de su hábitat natural, a cualquiera se le puede excusar el abrigar la sospecha momentánea de que aquello no es un hombre en carne y hueso, sino más bien su espectro o fantasma dispuesto a pasar el rato, como suelen hacer espectros y fantasmas.

—¡Aaah! —exclamó la señora Spottsworth, visiblemente impresionada.

Desde que se interesaba por las investigaciones psíquicas, a menudo había deseado ver un fantasma, pero a todo el mundo le agrada elegir el momento y el lugar oportunos para tales cosas. Nadie desea la intromisión forzosa de espectros cuando está saboreando una refrescante mezcla de agua tónica y ginebra.

Debido a la escasez de luz en el salón de café de El Ganso y el Pepinillo, la señora Spottsworth, hasta que ésta hizo uso de la palabra, había sido tan sólo una vaga figura femenina que estaba echando un trago. Al atisbarla, automáticamente se había atusado el bigote, su práctica invariable cuando observaba cualquier tipo de hembra en las cercanías, pero en modo alguno había absorbido su imagen, y al concentrar ahora su mirada en ella, se estremeció todo él como un joven y nervioso hipopótamo en el trance de encontrarse cara a cara con su primer Cazador Blanco.

—¡Bueno, que me frían en manteca! —exclamó mientras la miraba con fijeza—.

¡La señora Spottsworth! ¡Bueno, que me frían en zumo de ciruelas! ¡La última persona del mundo a la que hubiera pensado ver! Yo la hacía en América.

La señora Spottsworth había recuperado ya su aplomo.

—Hace una semana, vine en avión para hacer una visita-explicó.

—Ya lo comprendo. Esto lo explica todo. Lo que me pareció extraño, al verla aquí, fue el hecho de recordar que usted me dijo que vivía en California o uno de esos lugares.

—Sí, tengo una casa en Pasadena. Y también en Carmel, y una en Nueva York y otra en Florida, y otra allá en Maine.

—¿Cinco en total?

—Seis. Olvidaba la de Oregón.

—¿Seis? —repitió el capitán, pensativo—. Claro que siempre es agradable tener un tejado sobre la cabeza, desde luego…

—Sí, pero una acaba por cansarse de los mismos lugares y anhela algo nuevo. Estoy pensando en comprar esa casa a la que me dirijo ahora, Rowcester Abbey. Conocí a la hermana de lord Rowcester en Nueva York, cuando ella regresaba de Jamaica, y me dijo que su hermano tal vez deseara vender. Pero ¿y qué hace usted en Inglaterra, capitán? Al principio, no podía dar crédito a mis ojos.

—Pues pensé en echarle un vistazo al viejo terruño, mi estimada señora. Hacía tiempo que no disfrutaba de unas vacaciones, y ya conoce usted el antiguo proverbio que dice: sólo trabajar y nunca descansar hacen de Jack un *peh-bah pom bahoo*. Es sorprendente cómo ha cambiado todo desde la última vez que estuve aquí. Nada de ricos ociosos, si comprende usted lo que quiero decir. Todo el mundo trabajando. Todo el mundo con una clase u otra de empleo.

—Sí, ¿verdad que es extraordinario? Me dice lady Carmoyle, la hermana de lord Rowcester, que su esposo, sir Roderik Carmoyle, es encargado de sección en los almacenes Harrige's. Y es un décimo baronet o algo por el estilo.

—Sorprendente, ¿verdad? Tubby Frobisher y el Subahdar no me creerán cuando se lo cuente.

—¿Quién?

—Un par de amigos míos en Kuala Lumpur. Se quedarán atónitos. Pero a mí esto me agrada —proclamó el capitán con energía—. Es el espíritu adecuado. El bate recto.

—¿Cómo dice?

—Es un término del criquet, estimada señora. En el criquet hay que jugar con un bate recto o… o, no nos engañemos, no se juega si no es con él, si comprende usted lo que quiero decir.

—Supongo que sí. Pero ¿no quiere sentarse?

—Gracias, si me lo permite, pero sólo por un minuto. Estoy dando caza a un

enemigo de la especie humana.

En la actitud del capitán Biggar, al sentarse, un observador sagaz habría captado una traza de embarazo, y acaso lo habría atribuido al hecho de que la última vez que él y la señora Spottsworth se habían visto, él había estado clasificando lo que quedaba del marido de ella con vistas a facturarlo hacia Nairobi. Pero no era el recuerdo de aquel momento aciago lo que causaba su desazón. Las raíces de ésta alcanzaban mayores profundidades.

Amaba a aquella mujer. La había amado desde el primer momento en que ella había aparecido en su vida. ¡Y cómo recordaba aquel momento! El campamento entre las acacias. El rocoso despeñadero. El curso fluvial sembrado de peñascos. El viejo Simba, el león, rugiendo a lo lejos; el viejo Tembo, el elefante, haciendo nadie sabía qué en el *bimbo* o hierbas altas, y A. B. Spottsworth conduciendo el coche con pantalones de montar, a su lado. «Mi mujer», había dicho A. B. Spottsworth, indicando la combinación de Cleopatra y Helena de Troya que le acompañaba, y al replicar él: «Ah, la *mensahib*» y saludarla con un cortés *«Krai yu ti ny ma pay»*, fue como si una poderosa descarga eléctrica atravesara al capitán Biggar. Esto, pensó era Aquello.

Naturalmente, por ser un hombre blanco, no había hablado con nadie de su amor, pero éste había ardido continuamente en su interior desde entonces, una pasión intensa y silenciosa que a veces, al escuchar sentado las hienas y contemplar las nieves del Kilimanjaro, a punto había estado de hacerle escribir poesía.

Y aquí estaba ella de nuevo, más hermosa que nunca. Pareciole al capitán Biggar que alguien, en las cercanías, redoblaba en un tambor, pero se trataba tan sólo de los latidos de su corazón.

Sus últimas palabras habían intrigado a la señora Spottsworth.

—¿Dando caza a un enemigo de la especie humana? —repitió.

—El más sinvergüenza de los corredores de apuestas. Un bellaco de la más baja catadura, con un alma tan negra como sus uñas. Llevo horas tras él, y le hubiera atrapado —explicó el capitán, bebiendo sombríamente su cerveza— si algo no se hubiera estropeado en mi maldito coche. Ahora lo están arreglando en ese garaje que hay al otro lado de la calle.

—Pero ¿por qué da caza a ese corredor de apuestas? —preguntó la señora Spottsworth, bajo la impresión de que, para un hombre tan fuerte, era una manera frívola de matar el tiempo.

El rostro del capitán Biggar se oscureció. La pregunta de ella había tocado un nervio desprotegido.

—El muy perro me hizo una mala pasada. Parecía un hombre cabal. Un tipo con un bigote de morsa y un parche en el ojo izquierdo. El Honrado Patch Perkins, era el nombre que se daba. «Apueste por quien quiera y no tema nada, noble deportista —

dijo—. Quien no especula no acumula. Juegue usted, juegue. A las verdes y a las maduras, las damas a mitad de precio y no se devuelve el género averiado». Y fui y coloqué con él mi doble.

—¿Su doble?

—Un doble, distinguida señora, es cuando uno apuesta por un caballo en una carrera y, si gana, se juega las ganancias en otro caballo y otra carrera.

—Ah, eso es lo que llamamos un pároli en América.

—Pues bien, verá en seguida que si ambas jugadas salen bien, uno se embolsa una suma principesca. Desde que llegué a Londres he alternado con buenos conocedores de la cuestión, y me recomendaron como un buen doble para hoy *Lucy Glitters* y *Madre de Whistler*.

Este nombre pulsó una nota en la cabeza de ella.

—El camarero me ha dicho que *Madre de Whistler* ganó…

—Y también *Lucy Glitters* en la carrera anterior. Había apostado cinco libras por ella a cien contra seis y todo lo que sacara por *Madre de Whistler* en el Oaks. Y ésta llegó a la meta en…

—Treinta y tres a uno, ha dicho el camarero. ¡Válgame Dios! ¡Menuda tajada la que habrá sacado!

El capitán Biggar terminó su *cerveza*. Si es posible beber cerveza como un alma atormentada, él lo hizo.

—Desde luego, hubiera tenido que sacar una buena tajada —dijo con el entrecejo fruncido—. Se me debía la suma colosal de tres mil libras con dos chelines y seis peniques, más mis cinco libras de la apuesta que yo había entregado al empleado del corredor, un fulano con un traje a cuadros y otro bigote de morsa. ¿Y qué ocurrió? Ese corredor de conciencia negra como la tinta me dio esquinazo. Se largó en su coche, conmigo siguiéndole. Le he estado persiguiendo, a lo largo de las carreteras más sinuosas del país, durante lo que parece ser una eternidad. Y precisamente cuando estaba a punto de echarle mano, va y se me estropea el coche. ¡Pero atraparé a ese granuja! ¡Capturaré a esa vil alimaña! Y cuando lo haga, me propongo arrancarle las entrañas con mis manos, despojarle de la cabeza y hacérsela tragar, después de lo cual…

El capitán Biggar se interrumpió. Se había dado cuenta de pronto de que estaba monopolizando la conversación. Después de todo, ¿qué interés podían tener para su interlocutora esos ensueños suyos?

—Pero no quiero seguir hablando de mí —dijo—. Es un tema aburrido. ¿Cómo ha pasado estos últimos años, mi querida señora? ¿Rebosante de salud, quiero esperar? No puede tener mejor aspecto. ¿Y cómo está su marido? ¡Oh, lo siento!

—En absoluto. ¿Quiere decir si he vuelto a casarme? No, no he vuelto a casarme, aunque así me lo recomendaron Clifton y Alexis. Son tan amables en este aspecto.

Tan considerados y con unas miras tan amplias.

—¿Clifton? ¿Alexis?

—El señor Bessemer y el señor Spottsworth, mis dos maridos anteriores. De vez en cuando hablo con ellos a través de la tabla ouija. Supongo —añadió la señora Spottsworth, con una risita de circunstancias— que a usted le parecerá raro que yo crea en cosas como la tabla ouija, ¿verdad?

—¿Raro?

—¡Tantos amigos míos de América hablan de esas cosas como engañifas!

El capitán Biggar resolló belicosamente.

—¡Pues a mí me gustaría decirles cuatro cosas! Asombraría sus débiles intelectos. No, mi querida señora, yo he visto demasiadas cosas extrañas en mi existencia, viviendo como he vivido en las sombrías tierras del misterio, para que algo pueda parecerme raro. Yo he visto peregrinos descalzos siguiendo el camino de Ahura-Mazda sobre carbones ardientes. He visto cuerdas lanzadas al aire y enjambres de chiquillos trepando por ellas. He conocido faquires que dormían en lechos de púas.

—¿Sí?

—Se lo aseguro. Y figúrese, desconocían prácticamente el insomnio. Por consiguiente, a mí no me verá reírme de la gente por el hecho de que crean en las tablas ouija.

La señora Spottsworth lo miró con afecto, pensando en lo muy simpático y comprensivo que era.

—Estoy profundamente interesada en la investigación psíquica. Me enorgullece pertenecer al pequeño grupo de abnegados buscadores que pugnan por penetrar a través del velo. Espero poder contar con alguna manifestación espiritual subyugante en esa Rowcester Abbey adonde me dirijo. Tengo entendido que es una de las mansiones más antiguas de Inglaterra.

—En este caso, debería usted levantar dos o tres espectros —admitió el capitán Biggar—. Se reúnen en pandillas en esas viejas casas de campo inglesas. ¿Qué le parecería otro gin-tonic?

—No, tengo que seguir mi camino. Pomona está en el coche y aborrece quedarse sola.

—¿Y no puede quedarse otro ratito y echar un trago?

—Lo siento, pero no. He de continuar. No sé cómo decirle lo que me ha gustado volver a verle, capitán.

—Encontrarla ha sido para mí una gran cosa, mi estimada señora repuso el capitán Biggar con voz algo ronca, pues se sentía profundamente emocionado.

Se encontraban ahora bajo el cielo y pudo conseguir una visión más clara de ella, junto a su coche y bañada por el sol crepuscular. Qué hermosa era, pensó, qué maravillosa, qué… Vamos, vamos, Biggar, se dijo a sí mismo en tono de reprimenda,

eso de nada sirve, viejo amigo. ¡Sigue el juego, Biggar, sigue el juego, muchacho!

—¿Vendrá a verme cuando haya vuelto a Londres, capitán? Estaré en el Savoy.

—Con sumo gusto, mi querida señora, con sumo gusto —dijo el capitán Biggar, pero no era veraz.

¿De qué serviría? ¿En qué le beneficiaría a él renovar su amistad? Tan sólo remover el cuchillo en la herida, esto seria lo que haría. Mejor era, muchísimo mejor, morder la bala y acabar allí mismo y en aquel momento con toda la historia. Un pobre cazador con apenas unos chelines en el bolsillo no podía mezclarse con viudas opulentas. Era aquello que tan a menudo había oído a Tubby Frobisher y al Subahdar denunciar en el vetusto Club Anglo-Malayo de Kuala Lumpur. «Ese tipo no es más que un maldito cazador de dotes, muchacho —decían, hablando ante sus *pahits* de ginebra de algún conocido que acababa de hacer un buen matrimonio—. Nada más que un maldito gigoló, muchacho, y nada más. Estas cosas no se hacen, amigo mío, ¿verdad que no? No sería deportivo, muchacho».

Y tenían toda la razón. Había cosas que no podían hacerse. Al fin y al cabo, maldita fuese su estampa, un hombre tenía su código. *«Meh-nee pan kong bahn rotfai»*, venía más o menos a resumirlo.

Endureciendo su expresión, el capitán Biggar salió a la calle para verificar qué tal andaba la reparación de su coche.

II

Rowcester Abbey —pronúnciese Roaster— se encontraba a poco más de quince kilómetros de El Ganso y el Pepinillo. Se alzaba —aquellas partes que aún no se habían caído— algo más allá de Southmolton en medio de una campiña sonriente, aunque si se le hubiera preguntado a William Egerton Bamfylde Ossingham Belfry, noveno conde de Rowcester, su propietario, de qué podía reírse la campiña inglesa en aquellos tiempos, hubiera sido incapaz de contestar. Su arquitectura era del siglo XIII, del XV y Tudor, y su dilapidación del siglo XX y posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Para llegar a la Abadía, se giraba en la carretera principal y uno se aproximaba a ella a lo largo de un camino de un kilómetro y medio, densamente incrustado con hierbas pintorescas, y avanzaba subiendo por unos escalones de piedra, desportillados en varios puntos, hasta una maciza puerta frontal que necesitaba desesperadamente que le dieran una mano de pintura. Y esto era lo que la hermana de Bill Rowcester, Mónica, y su esposo sir Roderick («Rory») Carmolyle, habían estado haciendo más o menos cuando la señora Spottsworth y el capitán Biggar comenzaban a pegar la hebra en su reciente reunión.

Mónica, usualmente llamada Moke, era pequeña y vivaracha, y su marido era corpulento y estólido. Había algo en su aspecto y porte que sugería un búfalo de inusual placidez masticando su bolo alimenticio y examinando los alrededores metódicamente y con gran lentitud, negándose a cualquier apresuramiento. Y así fue como, situados los dos en los escalones de la entrada, examinó Rowcester Abbey.

—Moke —dijo por fin, una vez completado su escrutinio—, voy a decirte algo que puedes o no considerar como apto para comunicarlo a la Prensa. Ese repugnante lugar me parece más enmohecido cada vez que lo veo.

Mónica se apresuró a salir en defensa de su hogar infantil.

—Podría estar mucho peor.

Rory consideró esta posibilidad, masticando un rato su bolo en silencio.

—¿Cómo? —preguntó.

—Ya sé que necesita un arreglo, pero ¿de dónde va a salir el dinero? El pobre Bill no puede llevar un castillo a cuestas con unos ingresos propios de un chalet.

—¿Y por qué no se busca un trabajo como hacemos los demás?

—No es necesario que te des tanto pisto, sólo porque tú trabajas como dependiente del comercio.

—Quiero decir que todo el mundo lo hace. Hoy en día, la Cámara de los Lores está prácticamente vacía, excepto por las tardes y los días feriados para la banca.

—A nosotros, los Rowcester, es difícil colocarnos. Todos los hombres de la familia han sido como florecillas en un prado. ¡Pero si tío George ni siquiera se ponía

sus botas!

—¿Cuáles se ponía, pues? —inquirió Rory, interesado.

—Ah, esto es lo que a todos nos gustaría saber. Desde luego, el gran error de Bill fue dejar que se le escapara aquella mujer americana.

—¿A qué mujer americana te refieres?

—Fue poco después de que tú y yo nos casáramos. Una tal señora Bessemer. Una viuda. La conoció en Cannes un verano. Fabulosamente rica y, según Bill, increíblemente hermosa. Durante un tiempo, la cosa pareció prometedora, pero nada salió de ello. Supongo que alguien le desbancaría. Claro que él era entonces tan sólo el señor Belfry, y no lord Rowcester, cosa que hubiera podido marcar una diferencia.

Rory meneó la cabeza.

—No sería por esto. Yo era tan sólo el señor Carmoyle cuando te conocí y fíjate cómo te conseguí, ante toda la flor y nata del condado.

—Pero recuerda cómo eras tú en aquellos días. Movías un dedo y destrozabas un corazón. Y todavía no estás mal del todo —añadió Mónica con afecto—. Aún queda algo de la vieja magia.

—Cierto —repuso Rory plácidamente—. Con una luz mortecina, todavía tengo un cierto hechizo. Pero supongo que lo malo de Bill fue que le faltó empuje… ese tipo de empuje que uno ve tan a menudo en Harrige's. La voluntad de vencer, supongo que se le podría llamar. Napoleón la tenía. Yo la tengo, pero Bill no. Bueno, ¿qué se le va a hacer? —dijo Rory filosóficamente, y reanudó su estudio de Rowcester Abbey—. ¿Sabes lo que necesita esta casa? —continuó—. Una bomba atómica, dejada caer cuidadosamente sobre el tejado del comedor principal.

—¿Esto ayudaría, verdad?

—Sería una bendición para el caserón. Todo se arreglaría en un momento. Sin embargo, las bombas atómicas cuestan dinero, por lo que supongo que no cabe hablar del asunto. Lo que deberías hacer sería utilizar tu influencia con Bill para persuadirle y hacerle comprar una buena provisión de parafina y unas cuantas virutas, hacerle guardar los periódicos de la mañana y reunir cerillas en abundancia, y esperar una noche sin luna para darle a ese lugar lo que necesita. Se sentiría como otro hombre, una vez en llamas esa vieja ruina.

Mónica adoptó una actitud misteriosa.

—Yo puedo hacer algo mejor.

Rory denegó con la cabeza.

—No. El único medio es el incendio premeditado. Nada puede superar a esa noble y antigua práctica. Los pobladores del este lo emplean muchísimo. Aplican una cerilla a la barraca, y para ellos es como pasar una semana junto al mar.

—¿Qué dirías si yo te contara que estaba esperando vender la casa?

Rory la miró con fijeza, sorprendido. Tenía una alta opinión sobre la capacidad de

recursos de su mujer, pero pensó que ahora estaba intentando lo imposible.

—¿Venderla? No creo que pudieras desprenderte de ella. Me consta que Bill la ofreció por cuatro perras a una de esas sociedades de beneficencia, como Hogar para Delincuentes Juveniles Reformados, y sólo se rieron de él. Probablemente pensaron que ocasionaría reumatismo entre los Delincuentes. Es una casa muy húmeda.

—Sí, lo es un poco.

—El agua se filtra a través de las paredes a oleadas. Supongo que esto se debe a que está tan cerca del río. Recuerdo haberle dicho a Bill en cierta ocasión: «Bill, tengo que decirte algo sobre el entorno de tu hogar. En verano, el río se encuentra al fondo de tu jardín, y en invierno tu jardín está en el fondo del río». Y esto hizo que el pobre tipo se riera. Lo consideró ingenioso.

Mónica contempló a su esposo con aquella mirada fría y conyugal que los hombres casados aprenden a temer.

—Muy ingenioso —dijo con un tono glacial—. Extraordinariamente divertido. Y supongo que lo primero que harás tú será contarle un chiste como éste a la señora Spottsworth.

—¿Eh? —Lentamente, penetró en la mente de Rory el hecho de que se había mencionado un nombre que le era desconocido—. ¿Y quién es la señora Spottsworth?

—La mujer a la que espero venderle la casa. Norteamericana. Muy rica. La conocí cuando pasé por Nueva York camino de casa. Es propietaria de docenas de casas en Estados Unidos, pero ansía poseer algo antiguo y pintoresco en Inglaterra.

—¿Romántica, eh?

—Tremendamente romántica. Bien, pues cuando me habló de ello —estábamos sentadas una al lado de otra en un almuerzo de mujeres—, inmediatamente pensé en Bill y la Abadía, como es lógico, y empecé a colocarle el disco del buen vendedor. Pareció interesada. Al fin y al cabo, la Abadía está abarrotada de asociaciones históricas.

—Y de ratones.

—El día siguiente volaba a Inglaterra, y por consiguiente le dije cuándo llegaría yo y convinimos que ella vendría aquí y le echaría un vistazo al lugar. Puede presentarse de un momento a otro.

—¿Sabe Bill que vendrá?

—No. Debería haberle mandado un telegrama, pero se me olvidó. Sin embargo, ¿qué importa? Se sentirá encantado. Lo que más conviene es impedir que tú la ahuyentes con tus mordaces frases ingeniosas. «A menudo digo medio en broma, señora Spottsworth, que en tanto que en los meses de verano el río se encuentra al fondo del jardín, en los meses invernales —ja, ja— el jardín —ahora va usted a troncharse de risa— se encuentra en el fondo del río, jo, jo, jo». Bastaría con esto para cerrarla venta.

—Vamos, mujercita, ¿tú crees que yo cometería una plancha de ese calibre?

—Más que probable, pichoncito. Lo malo en ti es que, aunque eres el mejor hombre del mundo, careces de tacto.

Rory sonrió. La acusación le había aguijoneado.

—¿Que carezco de tacto? En Harrige's, mis colegas se reirían si oyeran eso.

—Recuerda que es esencial llevar a cabo esta operación.

—Lo tendré en cuenta. Me gustaría echarle una mano al pobre Bill. Es una maldita vergüenza —dijo Rory, que con frecuencia dedicaba profunda meditación a estos temas—, Bill empieza al pie de la escalera como mero heredero de un condado, y a fuerza de voluntad y perseverancia asciende hasta convertirse en el conde en persona. Y apenas se ha puesto la corona en la cabeza y se ha dicho a si mismo: «¡Ahora vamos a celebrarlo!», hay quien se saca una revolución social del sombrero, como si fuese un conejo, y le arrebata prácticamente hasta el último penique de su bolsillo. ¡Es el colmo! —exclamó Rory, con un suspiro—. Otra cosa —prosiguió, cambiando de tema—, ¿has observado, Moke, chiquilla, que en el transcurso de esta breve conversación entre los dos —que por mi parte yo he saboreado con placer—, he pulsado el timbre con frecuentes intervalos sin que nada haya ocurrido? ¿Qué es este lugar, el palacio de la bella durmiente? ¿O es de suponer que la totalidad de sus huestes ha sido exterminada por alguna epidemia o pestilencia?

—¡Qué ocurrencia! —dijo Mónica—. En Rowcester Abbey, timbres y campanillas no suenan. No creo que hayan funcionado desde los tiempos de Eduardo VII. Si tío George deseaba convocar a la plantilla de domésticos, se limitaba a echar atrás la cabeza y aullar como un lobo de las estepas.

—Y supongo que esto sucedería cuando deseaba calzarse las botas de alguien.

—Basta con que abras la puerta y entres. Que es lo que yo me dispongo a hacer ahora. Tú traerás las maletas desde el coche.

—¿Para depositarlas dónde?

—De momento en el vestíbulo —dijo Mónica—. Más tarde las podrás subir.

Entró y avanzó hacia aquel lugar familiar que era la sala de estar contigua al vestíbulo, donde en los días de su infancia se había centrado la mayor parte de la vida en Rowcester Abbey. Como otros caserones ingleses de sus dimensiones, la Abadía tenía numerosas y vastas habitaciones que no se utilizaban nunca, una biblioteca que era utilizada ocasionalmente, y esa sala de estar, que era el popular lugar de encuentro. Era allí donde en otros tiempos ella se había sentado para leer *La revistilla de las niñas* y, hasta que fue impuesto un veto sobre sus actividades por su tío George, cuyo sentido del olfato era muy agudo, allí había guardado conejos blancos. Una sala raída, grande y confortable, con unas ventanas cristaleras que daban al jardín, en el fondo del cual el río discurría… en los meses de verano.

Y mientras miraba a su alrededor, husmeando el viejo olor familiar a tabaco y

cuero y experimentando, como siempre, una punzada nostálgica y el vago deseo de que fuera posible darle marcha atrás al reloj, entró por la puerta ventana una joven ataviada con un mono de trabajo que, tras mirar por unos momentos con una expresión de asombro, profirió un chillido de alegría.

—Moke…, ¡querida! Mónica dio media vuelta.

—¡Jill, ángel mío!

Y ambas se abrazaron efusivamente.

III

Jill Wyvern era joven, muy hermosa, algo pecosa y obviamente muy práctica y competente. Llevaba su mono como si hubiera sido un uniforme. Como Mónica, era pequeña y un admirador suyo, de Bloomsbury, la había comparado en cierta ocasión, en un poema no publicado, con una estatuilla de Tanagra. Pero no era una comparación muy acertada, puesto que las estatuillas de Tanagra, cualesquiera que sean sus méritos, son más bien estáticas y Jill se mostraba inmensamente alerta y vivaz. Se movía con un paso elástico y en sus tiempos había sido una velocísima delantera en el campo de hockey.

—Mi preciosa Moke —dijo—, ¿de veras eres tú? Creía que estabas en Jamaica.

—He vuelto esta mañana. He recogido a Rory en Londres y hemos venido hasta aquí en coche. Rory está ahí afuera, ocupándose del equipaje.

—¡Qué morena estás!

—Esto se debe a Montego Bay. Durante tres meses he estado tostándome allí.

—Te sienta bien. Pero Bill no ha dicho nada con respecto a tu llegada. ¿No será que te presentas así, de repente?

—Sí, interrumpo mis viajes más bien de repente. Mi peculio topó con aquellos precios de Nueva York y no tardó en desinflarse. Mira, ahí está el príncipe de los mercaderes.

Rory acababa de entrar, secándose la frente.

—¿Qué has metido en tus maletas, jovencita? ¿Plomo? —Vio a Jill y se detuvo, mirándola con el entrecejo fruncido—. Hola —dijo tímidamente.

—¿Te acuerdas de Jill Wyvern, Rory?

—Sí, claro. Jill Wyvern, desde luego. Como tú tan acertadamente indicas, Jill Wyvern. ¿Le has estado explicando lo morena que te has puesto?

—Ella lo ha observado por su cuenta.

—Es que salta a la vista. Dice que es el color de moda en todas partes —comunicó confidencialmente Rory a Jill—, pero podría suscitar ciertos comentarios en un marido anticuado, ¿no crees? No obstante, supongo que en la variedad está el gusto. ¿Conque tú eres Jill Wyvern? ¡Cómo has crecido!

—¿Desde cuándo?

—Desde… desde que empezaste a crecer.

—¿Verdad que no tienes ni idea de quién soy?

—Yo no diría tanto…

—Voy a ayudarte. Estuve presente en vuestra boda.

—No pareces tan vieja.

—Tenía quince años. Me confiaron la misión de evitar que los perros se abalanzaran sobre los invitados. Llovía a cántaros, como tal vez recuerdes, y todos

tenían las patas llenas de barro.

—¡Válgame Dios! Ahora te sitúo. O sea que tú eras aquella pequeñaja. Te vi saltar por allí y pensé que tenías todo el aspecto de una horrible excrecencia.

—Mi esposo tiene fama por la exquisitez de sus modales —explicó Mónica—. A menudo le apodan el Chesterfield moderno.

—Lo que me disponía a añadir —dijo Rory con dignidad— era que ha mejorado muchísimo desde entonces, lo que demuestra que nunca debemos desesperar. Pero ¿no nos hemos vuelto a ver en otra ocasión?

—Sí, un año o dos después, cuando pasabais un verano aquí. Yo acababa de ponerme de largo, y supongo que parecía una excrecencia más que nunca.

Mónica suspiró.

—¡La puesta de largo! ¡La fase de preparación para el mercado! ¡Cuántas cosas te hace evocar! Se acabaron las gafas y las prótesis dentales.

—Y empiezan aquellas otras que te ciñen o te rellenan, según lo que cada una necesite.

Ésta fue la contribución de Rory a la conversación y Mónica lo miró con austeridad.

—¿Qué sabes tú de esas cosas?

—Es que a veces me doy una vuelta por el departamento de Accesorios para Señoras —replicó Rory.

Jill se echó a reír.

—Lo que mejor recuerdo son aquellas angustiadas conferencias familiares acerca de mis manos de jugadora de hockey. Solía caminar durante horas enteras sosteniéndolas en alto.

—¿Y qué tal te fue? ¿Ha dado ya dividendos la cosa?

—¿Dividendos?

Mónica bajó la voz confidencialmente.

—Un hombre, querida. ¿Pescaste algo que valiera la pena?

—Creo que sí vale la pena. De hecho, tú no lo sabes, pero estás hablando con una persona muy encumbrada. Aquella que se encuentra ante ti es nada menos que la futura condesa de Rowcester.

Mónica lanzó un chillido de excitación.

—¿Me estás diciendo que tú y Bill os habéis prometido?

—Eso es.

—¿Desde cuándo?

—Hace unas semanas.

—Me das un alegrón. Nunca hubiera pensado que Bill tuviera tan buen sentido.

—No —admitió Rory, haciendo nuevamente gala de su tacto—. Es algo que te obliga a alzar las cejas con asombro. Que yo recuerde, Bill siempre se inclinaba más

bien por los tipos voluptuosos, con buena pechuga. Más de un apasionado idilio le he visto yo con hembras que parecían un cruce entre la Reina de las Hadas de la pantomima y una campeona de lucha libre. Había una chica en el coro del Hippodrome…

Interrumpió estas reminiscencias, tan llenas de interés para una novia, a fin de lanzar un «¡Uy!». Mónica acababa de darle un disimulado puntapié en la espinilla.

—Cuéntame, querida —rogó Mónica—. ¿Cómo ocurrió? ¿Fue de repente?

—Muy de repente. Me estaba ayudando a darle a una vaca un bolo…

Rory parpadeó.

—¿Un qué?

—Un bolo. Una medicina. Se les da a las vacas. Y antes de darme cuenta de lo que ocurría, él me había cogido una mano y me estaba diciendo: «A propósito, ¿te casarás conmigo?».

—¡Cuánta elocuencia! Cuando Rory se me declaró, todo lo que dijo fue: «Oye, ¿qué?».

—Y necesité varias semanas para llegar a esto —admitió Rory. Su frente volvía a estar arrugada. Era evidente que algo lo tenía perplejo—. Ese bolo de que hablabas… No acabo de entenderlo. ¿Dices que se lo estabas dando a una vaca?

—A una vaca enferma.

—¿Una vaca enferma? Pues éste es el punto que me está intrigando. ¿Y por qué les dabas bolos a las vacas enfermas?

—Es mi trabajo. Soy la veterinaria local.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que eres una veterinaria con todo lo que eso supone?

—Precisamente. Diplomada. Hoy en día, todos somos trabajadores.

Rory asintió con pleno convencimiento.

—Es la pura verdad —dijo—. También yo soy una pieza en el mecanismo del trabajo.

—Rory está empleado en Harrige's —explicó Mónica.

—¿Sí?

—Dependiente en el departamento de Mangueras, Segadoras de Césped y Bañeras para Pájaros —enunció Rory—. Pero eso es meramente temporal. Circula con intensidad el rumor de que se avecina una promoción de cara a Cristalería, Artículos de Regalo y Porcelanas. Y de allí al departamento de Ropa Interior Femenina sólo hay un paso.

—¡Mi héroe! —Mónica lo besó con afecto—. Apuesto a que todos se pondrán verdes de envidia.

Esta sugerencia escandalizó a Rory.

—¡Cielo santo, eso sí que no! Se apresurarán a estrecharme la mano y a darme unas palmadas en la espalda. Nuestro *esprit de corps* es maravilloso. En Harrige's, es

uno para todos y todos para uno.

Mónica se volvió hacia Jill.

—¿Y no le importa a tu padre que rondes por estos campos dándoles bolos a las vacas? El padre de Jill —explicó Mónica a Rory— es el jefe de la policía del condado.

—Un buen oficio, también —comentó Rory.

—Yo hubiera pensado que se opondría…

—Oh, no. Todos trabajamos en alguna cosa. Excepto mi hermano Eustace. Éste ganó una quiniela en Littlewood el año pasado, y se ha convertido en un señoritingo. Lleno de remilgos con el resto de la familia. Él se mueve en un plano diferente.

—Maldito esnob —rezongó Rory—. Odio las distinciones de clase.

Se disponía a seguir hablando, ya que el tema era uno de aquellos respecto de los cuales mantenía sólidas opiniones, pero en aquel momento sonó el timbre del teléfono y miró a su alrededor, sobresaltado.

—¡Por todos los santos! ¡No me digas que nuestro amigo ha pagado la factura del teléfono! —gritó, asombrado.

Mónica descolgó el auricular.

—¿Sí?… Sí, aquí es Rowcester Abbey… No, lord Rowcester no se encuentra en casa en este momento. Soy su hermana, lady Carmoyle. ¿La matrícula de su coche? Ahora me entero de que tiene un coche. —Se volvió hacia Jill—. ¿No sabes por casualidad el número de matrícula del coche de Bill?

—No. ¿Por qué lo preguntan?

—¿Por qué lo pregunta? —dijo Mónica por teléfono. Esperó un momento y después colgó—. El tipo ese ha cortado la comunicación.

—¿Quién era?

—No lo ha dicho. Tan sólo una voz en el vacío.

—¿No crees que Bill haya podido sufrir un accidente?

—Cielo santo, no —repuso Rory—. Es demasiado buen conductor. Probablemente habrá tenido que pararse en algún sitio para comprar gasolina y necesitan su matrícula para sus cuentas. Pero siempre disgusta que la gente no dé sus nombres por teléfono. En nuestros almacenes había un fulano —el segundo de a bordo en Mermeladas, Salsas y Carnes en Conserva— al que llamó una noche una Voz Misteriosa que no quiso dar su nombre, y para abreviar la historia…

Mónica se ocupó de ello.

—Resérvala para después de cenar, mi rey de los narradores —dijo—. Si es que hay cena… —añadió con un tono de duda.

—Ya lo creo que habrá cena —aseguró Jill— y probablemente se os hará la boca agua con ella. Bill encontró una cocinera muy buena.

Mónica la miró sorprendida.

—¿Una cocinera? ¿En estos tiempos? No lo creo. Es como si me dijeras que encontró una camarera.

—Así es. Se llama Ellen.

—Ya basta, criatura. Estás diciendo disparates. Nadie tiene ya camarera.

—Bill sí. Y un jardinero. Y un mayordomo. Un mayordomo maravilloso llamado Jeeves. Y está pensando en conseguir un chico que limpie los cuchillos y los zapatos.

—¡El cielo me valga! Esto parece la vida doméstica del Aga Khan. —Mónica frunció el ceño, pensativa, y preguntó—: ¿Jeeves? ¿Por qué parece como si ese nombre me recordase algo?

Rory aportó una cierta iluminación.

—Bertie Wooster. Tiene un criado llamado Jeeves. Se trata probablemente de un hermano o una tía, o algo por el estilo.

—No —dijo Jill—. Es el mismo. Bill lo tiene en arriendo.

—Pero ¿cómo diablos se las arregla Bertie sin él?

—Creo que el señor Wooster se encuentra de viaje en alguna parte. Lo cierto es que Jeeves apareció un día y dijo que deseaba ofrecer sus servicios, por lo que Bill, como es lógico, se apresuró a quedarse con él. Es un perfecto tesoro. Dice Bill que es un «ser entrañable», cualquiera que pueda ser el significado de ello.

Mónica seguía desconcertada.

—Pero ¿y el aspecto financiero? ¿Paga a esa gente, o se limita a dedicarles de vez en cuando una sonrisa simpática?

—Claro que les paga. Y espléndidamente. Cada sábado por la mañana les arroja bolsas de oro.

—¿Y de dónde procede el dinero?

—El lo gana.

—No digas tonterías. Bill no se ha ganado ni un céntimo desde que le daban dos peniques cada vez que tomaba su aceite de ricino. ¿Cómo va a ganar algo?

—Está haciendo no sé qué trabajo para el Consejo Agrícola.

—Con eso no se amasa ninguna fortuna.

—Por lo que parece, Bill sí. Supongo que es tan, tan bueno en su trabajo que le pagan más que a los demás. Pero en realidad no sé lo que hace. Sólo le veo salir en su coche. Supongo que debe de tratarse de alguna tarea de inspección. Verificar todos aquellos cuestionarios. No es muy ducho en cuestión de números, y por tanto siempre se lleva a Jeeves con él.

—Pues eso es maravilloso —dijo Mónica—. Yo temía que pudiera haber empezado a apostar de nuevo en las carreras de caballos. En otro tiempo, solía preocuparme mucho verle ir de una carrera a otra con un sombrero de copa gris en cuyo interior llevaba los bocadillos.

—Oh, no, ahora no puede ser nada de eso. Me prometió solemnemente no apostar

nunca más por un caballo.

—Muy sensato —comentó Rory—. A mí no me importa una apuesta de vez en cuando, desde luego. En Harrige's siempre organizamos una, con un solo ganador, en las grandes carreras. Con un máximo de cinco chelines, pues los jefazos ponen mala cara si corre más dinero.

Jill se acercó al ventanal.

—No puedo entretenerme más hablando —dijo—. Tengo trabajo. He venido a echarle un vistazo al terrier irlandés de Bill. Tiene fiebre.

—Dale un bolo.

—Le estoy administrando un nuevo tratamiento americano. Padece sarna. Hasta luego.

Jill salió para cumplir su obra de misericordia y Rory se volvió hacia Mónica. Su acostumbrada estolidez había desaparecido. Se mostraba alerta y avizor, como Sherlock Holmes siguiendo una pista.

—¡Moke!

—¿Qué hay?

—¿Qué te parece esto a ti, muchacha?

—¿El qué?

—Esta súbita riqueza de Bill. Aquí está ocurriendo algo extraño. De haberse tratado tan sólo de un simple mayordomo, la cosa hubiera resultado comprensible. Un empleado disfrazado, hubiéramos dicho. Pero ¿cómo explicar lo de la camarera y la cocinera y el coche y, por Júpiter, el hecho de que haya pagado la cuenta de su teléfono?

—Entiendo lo que quieres decir. Es extraño.

—Algo más que extraño. Consideremos los hechos. La última vez que yo estuve en Rowcester Abbey, Bill se encontraba en el estado normal de miseria propio del actual inglés de clase alta, robándole la leche al gato y buscando colillas en las aceras. Llego ahora, ¿y qué encuentro? Mayordomos en todos los rincones, camareras hasta allí donde alcanza la vista, cocineras que se apiñan en la cocina, terriers irlandeses en todas partes, y comentarios sensacionalistas acerca de muchachos para limpiar los cuchillos y los zapatos. Es… ¿cuál es la palabra?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes. Empieza por «in».

—¿Influyente? ¿Inspirador? ¿Infrarrojo?

—Inexplicable. Eso es lo que es. En conjunto, es totalmente inexplicable. Hay que descartar toda esa historia de trabajos para el Consejo Agrícola como puras zarandajas. Uno no se saca una tajada tan estupenda a partir del sueldo de un Consejo Agrícola. —Rory hizo una pausa y caviló unos momentos—. Me pregunto si nuestro amigo no habrá estado haciendo de ladrón de guante blanco.

—No seas idiota.

—Pues ya sabes que hay quien lo hace. Raffles, por si no lo recuerdas. Él lo era, y bien que se ganó la vida. ¿Y no podría ser que le estuviera haciendo chantaje a alguien?

—Vamos, Rory…

—Tengo entendido que resulta muy provechoso. Te buscas un pajarraco con una buena cartera y averiguas sus secretos vergonzosos, y entonces le mandas una carta y le dices que lo sabes todo y que te deje diez mil libras en billetes de pequeña denominación junto al segundo mojón de la carretera de Londres. Y cuando has gastado el dinero, le sacas otras diez mil. Se monta todo en poco tiempo, y explicaría sin lugar a dudas todos esos mayordomos, camareras y demás.

—Si quisieras decir menos sandeces y subir al piso más maletas, el mundo sería un lugar mejor.

Rory reflexionó al respecto y supo interpretar las palabras de ella.

—¿Quieres que suba las maletas?

—Exacto.

—Pues será en seguida. El lema de Harrige's es «Servicio». Volvió a sonar el teléfono y Rory contestó.

—¿Sí? —Experimentó un violento sobresalto—. ¿Quién? ¡Dios mío! Está bien. Ahora no está en casa, pero se lo diré apenaste vea. —Colgó. Había una expresión muy seria en su rostro—. Moke —dijo—, tal vez me creerás en otra ocasión y te abstendrás de remilgos y chanzas cuando yo presente mis teorías. Era la policía.

—¿La policía?

—Quieren hablar con Bill.

—¿De qué?

—No lo han dicho. Claro, y no me extraña, ya que no pueden hacerlo. La Ley de Secretos Oficiales y todas esas cosas. Pero le están acorralando, muchacha, le están acorralando.

—Probablemente todo lo que quieren de él es que entregue los premios en la fiesta deportiva de la policía, o algo por el estilo.

—Lo dudo —dijo Rory—. Sin embargo, aférrate a ese pensamiento si te hace más feliz. ¿Subir las maletas, decías? Lo haré al instante. Ven y aliéntame con palabras y gesto.

IV

Por unos momentos después de marcharse los dos, la paz de la tarde estival fue interrumpida tan sólo por los sordos y contundentes ruidos propios de un marido al transportar maletas al piso alto. También ellos se extinguieron y una vez más reinó sobre Rowcester Abbey una somnolienta quietud. Después, débilmente al principio pero aumentando más y más, llegó desde la lejanía el rumor de un coche. Cesó y un joven entró por la puerta ventana. Se detuvo, respirando con dificultad, como el venado que busca, jadeante, un arroyo que refresque su ardor de animal perseguido, y tras extraer su pitillera encendió un cigarrillo con aires cansinos, como si muchas cosas se acumularan en su mente.

O en lo que con cierta alegría uno podría llamar su mente, ya que William, noveno conde de Rowcester, aunque intensamente amable y querido por todos aquellos que le conocían, distaba mucho de ser un coloso mental. Desde sus primeros años, sus íntimos habían sabido que, si bien su corazón se encontraba indiscutiblemente en el lugar debido, había una pronunciada escasez de pequeñas células grises, y existía el convencimiento general de que quien ganara el siguiente premio Nobel no sería Bill Rowcester. En el Club de los Zánganos, del cual había sido miembro desde que salió del colegio, se estimaba que en la cuestión de intelecto se situaba más o menos entre Freddie Widgeon y Pongo Twistleton, lo cual era un lugar sumamente bajo en la lista. De hecho, había quien sostenía que su C.I. era inferior al de Barmy Fotheringay-Phipps.

Contra esto debe apuntarse el hecho de que, como todos los de su familia, era extremadamente bien parecido, aunque quienes así le consideraban tal vez habrían revisado su opinión de haberle visto ahora. Y es que además de llevar una americana a cuadros de lo más chillón, con voluminosos y salientes bolsillos, y una corbata carmesí con herraduras azules que sentaba como un tiro a su propietario, exhibía un gran parche negro sobre el ojo izquierdo y en su labio superior un bigotazo rojizo de unas dimensiones extraordinarias. En el mundo de rostros afeitados en el que vivimos hoy, no es frecuente ver un mostacho de esta frondosidad lujuriante casi tropical, y, cabe añadir, no es frecuente que uno desee verlo.

Un parche negro y un bigote pelirrojo son graves defectos, pero que el noveno conde no carecía por completo de un sentido de la vergüenza quedó demostrado por la sacudida convulsiva que, semejante al salto de un bailarín clásico, experimentó un momento más tarde cuando, al vagar por la habitación, captó de repente su propia visión en un espejo antiguo colgado en la pared.

—¡Dios santo! —exclamó, dando un paso atrás.

Con dedos nerviosos retiró el parche, se lo metió en el bolsillo y se despojó de la americana a cuadros. Hecho esto, se acercó a la ventana, se asomó al exterior y llamó

en voz baja y con aires de conspirador:

—¡Jeeves!

No hubo respuesta.

—Oiga, Jeeves, ¿dónde se ha metido?

Silencio de nuevo.

Bill lanzó un silbido, y después otro. Seguía silbando, con medio cuerpo fuera de la puerta ventana, cuando se abrió la puerta detrás de él y reveló una silueta majestuosa.

El hombre que entró —o tal vez sería mejor decir que se deslizó en la habitación— era alto, iba de negro y resultaba impresionante. Bien hubiera podido tratarse de un embajador de primerísima clase o de un sumo sacerdote, todavía joven, de alguna refinada y dignificada religión. En sus ojos brillaba la luz de la inteligencia y su cara, de bien cinceladas facciones, expresaba un deseo feudal de ofrecer sus servicios. Toda su actitud era la de un ayuda de cámara que, tras haber desarrollado su cerebro a lo largo de los años por medio de una continuada dieta a base de pescado, ansia poner ese cerebro a la disposición del joven amo. Colgaban de su brazo una chaqueta de discreto color y una corbata con dibujo muy conservador.

—¿Ha silbado, milord? —preguntó.

Bill se volvió de golpe.

—¿Cómo demonios llegó usted allí, Jeeves?

—Metí el coche en el garaje, milord, y después me encaminé hacia las dependencias de la servidumbre. Su chaqueta, milord.

—Muchas gracias. Veo que usted se ha cambiado de ropas.

—Lo consideraba aconsejable, milord. El caballero no estaba muy lejos detrás de nosotros cuando enfilamos la recta y de un momento a otro puede presentarse aquí. Si se encontrara en el umbral a un mayordomo con un traje a cuadros y bigote postizo, posiblemente abrigaría sospechas. Me complace ver que su señoría se ha quitado aquella corbata más bien llamativa. Excelente para crear una atmósfera en el hipódromo, resulta escasamente de moda en la vida privada.

Bill echó un vistazo al repelente objeto y no pudo contener un escalofrío.

—Siempre he odiado esa prenda asquerosa, Jeeves. ¡Todas esas horribles herraduras! Escóndala en algún rincón. Y la chaqueta también.

—Muy bien, milord. Esta arca de novia puede ser adecuada como receptáculo natural. —Jeeves tomó la chaqueta y la corbata y cruzó la habitación hasta llegara una hermosa arca antigua de roble, una pieza que se habían legado unas a otras generaciones de la familia Rowcester—. Sí —dijo—. No es tan profundo como un pozo ni tan ancho como la puerta de una iglesia, pero bastará y servirá.

Plegó cuidadosamente aquellas prendas desagradables, las metió en el arcón y cerró la tapa. E incluso este sencillo acto lo efectuó con una serena dignidad que

hubiera impresionado a cualquier espectador menos agitado que Bill Rowcester. Era como ver al plenipotenciario de una gran nación depositando una corona sobre la tumba de un monarca difunto.

Pero Bill, como hemos dicho, se mostraba agitado. Reflexionaba acerca de una observación anterior que había brotado de labios del gran hombre.

—¿Qué quiere decir con eso de que el caballero puede presentarse aquí de un momento a otro? —inquirió.

La idea de recibir una visita de aquel hombre de rostro enrojecido y voz estentórea que le había estado lanzando insultos todo el trayecto desde Epsom Downs hasta Southmoltonshire, no era de las más agradables.

—Es posible que observara y memorizara el número de nuestro coche, milord. Como recordará su señoría, él ha estado un tiempo considerable en posición apta para estudiar nuestra matrícula.

Bill se dejó caer en un sillón y se secó una gota de sudor que le surcaba la frente. Esta contingencia, como la hubiera denominado Jeeves, no se le había ocurrido, pero ahora, colocada ante él, le hacía sentirse anonadado.

—Caray, es que esto no se me había ocurrido… En ese caso, podría conseguir el nombre del propietario y plantarse en seguida aquí, ¿no es cierto?

—Es algo que conviene estar dispuesto a imaginar, milord.

—¡Por todos los rayos del infierno, Jeeves!

—Sí, señor.

Bill se llevó de nuevo el pañuelo a la frente.

—¿Y qué hago yo si él hace eso?

—Yo recomendaría a su señoría adoptar un aire de indiferencia y negar todo conocimiento del asunto.

—¿Con una leve risotada, quiere decir?

—Exactamente milord.

Bill probó una leve risotada.

—¿Qué le ha parecido, Jeeves?

—Apenas adecuada, milord.

—¿Ha de sonar más bien como un cascabel mortal?

—Sí, milord.

—Necesitaré unos cuantos ensayos.

—Varios, milord. Serán esenciales para transmitir convicción. Bill, irritado, descargó un puntapié contra un taburete.

—¿Y cómo espera que transmita convicción, sintiéndome como me siento?

—Puedo observar claramente que su señoría se siente alterado.

—Estoy hecho polvo. ¿Ha visto alguna vez un flan alcanzado por un ciclón?

—No, milord. Nunca he estado presente en semejante ocasión.

—El flan tiembla violentamente. Y yo también.

—Después de semejante prueba, es natural que su señoría se sienta alterado.

—Prueba es la palabra exacta, Jeeves. Aparte del espantoso peligro en que uno se encuentra, ha sido de lo más ignominioso tener que salir de este modo por piernas.

—Yo no describiría nuestras recientes actividades como salir por piernas, milord. «Retirada estratégica» es más bien el *mot juste*. Y ésta es una maniobra militar reconocida, practicada por todos los grandes tácticos cuando la ocasión parece exigir dicho movimiento. No me cabe duda de que el general Eisenhower habrá recurrido a ella de vez en cuando.

—Pero supongo que él no tenía tras de sí a un apostador iracundo, gritando «¡Estafador!» con toda la fuerza de sus pulmones.

—Posiblemente no, milord.

—Es esa palabra de «estafador» lo que duele, Jeeves.

—No me cuesta imaginarlo, milord. Aunque deba rechazarse como irrelevante, incompetente e inmaterial, como es, según tengo entendido, la expresión legal. Como aseveró su señoría varias veces durante nuestro precario viaje de retorno a casa, tiene usted toda la intención de pagarle al caballero.

—Claro que sí. Eso no admite discusión. Naturalmente, yo pretendo aflojar hasta el último penique. Es un caso de… ¿de qué, Jeeves?

—*Noblesse oblige*, milord.

—Exactamente. El honor de los Rowcester está en juego. Pero necesito tiempo, maldita sea, para reunir tres mil libras con dos chelines y seis peniques.

—Tres mil cinco libras con dos chelines y seis peniques, milord. Su señoría olvida el billete original de cinco libras que entregó el caballero.

—Es cierto. Usted se lo apropió y se alejó con él en el bolsillo.

—Precisamente, milord. Ello hace que la suma de sus obligaciones con el capitán Biggar…

—¿Ése era su nombre?

—Sí, milord. El capitán C. G. Brabazon-Biggar, United Rovers Club, Northumberland Avenue, Londres W.C.2. En mi papel de dependiente de su señoría, escribí el nombre y las señas en el boleto que ahora obra en poder de él. El billete que él me entregó y que yo acepté debidamente como representante oficial de su señoría eleva su compromiso de pago a tres mil cinco libras, dos chelines y seis peniques.

—¡Diablos!

—Sí, milord. No es una suma insignificante. Más de un pobre se alegraría de tener tres mil cinco libras, dos chelines y seis peniques.

Bill parpadeó.

—Le agradecería, Jeeves, que se abstuviera de seguir entonando esas palabras.

—Muy bien, milord.

—Están grabadas en mi alma en un glorioso technicolor.

—Lo comprendo, señor.

—¿Quién fue que dijo que cuando él o ella hubiera muerto, encontrarían no sé qué palabra grabada en su corazón?

—La reina María, milord, la predecesora de la gran reina Isabel. La palabra era «Calais» y la observación pretendía expresar su pesar por la pérdida de esta ciudad.

—Bueno, pues cuando yo muera, cosa que no se hará esperar si continúo encontrándome como ahora, ábrame en canal, Jeeves…

—Ciertamente, milord.

—… y le apuesto un par de machacantes a que encuentra grabadas en mi corazón las palabras «Tres mil cinco libras con dos chelines y seis peniques».

Bill se levantó y recorrió febrilmente la habitación.

—¿Cómo se reúne una suma de ese calibre, Jeeves?

—Exigirá un intenso ahorro, milord.

—Ya lo creo que sí. Años.

—Y el capitán Biggar me dio la impresión de ser un caballero más bien impaciente.

—No es necesario que ponga el dedo en la llaga, Jeeves.

—Muy bien, milord.

—Mantengamos nuestras mentes en el presente.

—Sí, milord. Recuerde que la vida del hombre radica toda ella en el presente, aunque sea por un ínfimo soplo de tiempo. En cuanto al resto, el pasado se ha ido y el futuro queda aún por ver.

—¿Cómo?

—Marco Aurelio, milord.

—¡Ah! Pues bien, como decía yo, concentrémonos en lo que ocurriré si ese Biggar entra de repente aquí. ¿Cree que me reconocerá?

—Me inclino a suponer que no, milord. El bigote y el parche en el ojo constituían un disfraz muy efectivo. Al fin y al cabo, en los últimos meses hemos encontrado a varios caballeros del círculo de amistades de su señoría…

—Y ni uno solo me ha identificado.

—No, milord. Sin embargo, para hacer frente a los hechos me temo que debemos considerar el episodio de esta tarde como un revés. Es claramente imposible que mañana actuemos en el Derby.

—Pues yo pensaba hacer las paces en el Derby.

—Y yo también, milord. Pero después de lo ocurrido, mucho me temo que todas nuestras actividades en las carreras de caballos deban considerarse como objeto de una suspensión indefinida.

—¿Y no cree que podamos arriesgar otra aparición?

—No, señor.

—Le entiendo, claro. Nos presentamos mañana en Epsom y la primera persona con la que topamos será ese capitán Biggar…

—Plantado, como Apolo, a través del camino. Precisamente, milord.

Bill se pasó una mano por sus desordenados cabellos.

—¡Si al menos me hubiera contentado con el dinero que ganamos en Newmarket!

—Sí, milord. De todas las palabras tristes expresadas por lengua o pluma las más tristes son ésas… Hubiera podido ser. Ojalá.

—Usted me previno que no dejara bajar demasiado nuestro capital.

—Yo era de la opinión de que no estábamos equipados para incurrir en grandes riesgos. Por esa razón rogué a su señoría con tanta vehemencia que no aceptara la doble apuesta del capitán Biggs. Tuve un mal presagio. Cierto que la probabilidad de que la doble apuesta diera fruto no era grande, pero cuando vi a *Madre de Whistler* pasar ante nosotros camino de la salida, noté una trémula intranquilidad. Aquellas patas tan largas, aquella grupa poderosa…

—¡No siga, Jeeves!

—Muy bien, milord.

—Hago todo lo posible para no pensar en *Madre de Whistler*.

—Lo comprendo perfectamente, milord.

—Y a propósito, ¿quién demonios era Whistler?

—Un pintor paisajista y retratista de considerable distinción, mi-lord, nacido en Lowell, Massachusetts, en 1834. Su *Retrato de mi madre*, pintado en 1872, es particularmente estimado por los *cognoscente* y fue adquirido por el gobierno francés para la Galería Luxembourg de París, en 1892. Sus obras son de carácter individual y notables por la sutil armonía de colores.

Bill respiró con una especie de estertor.

—¿Es sutil, verdad?

—Sí, milord.

—De acuerdo. Gracias por decírmelo. Me estaba preocupando hasta enfermarme su armonía de colores. —Bill empezaba a calmarse—. Jeeves, si ocurre lo peor y Biggar me pilla con la guardia baja, ¿puedo ganar algún tiempo invocando la Ley del Juego?

—Me temo que no, milord. Usted aceptó el dinero del caballero. Fue una transacción en metálico.

—¿Cree que equivaldría a un delito?

—Yo diría que sí, milord.

—¿A usted también le trincarían, como ayudante mío?

—Según todas las probabilidades, creo que sí, milord, pero no estoy totalmente seguro de este punto. Tendría que consultarlo con mi abogado.

—Pero a mí sí, ¿verdad?

—Sí, milord. No obstante, creo que las sentencias no son severas.

—¡Pero piense en los periódicos! El noveno conde de Rowcester, cuyos antepasados pelearon en Agincourt y defendieron su terreno, expulsado del terreno en Epsom, por un apostador que echa espuma por la boca y le pisa los talones. Sería un auténtico regalo para los chicos de la prensa.

—Indiscutiblemente, la circunstancia de que su señoría se haya metido en negocios como corredor de apuestas recibiría amplia publicidad.

Bill, que de nuevo había estado paseando de un lado a otro de la habitación, se detuvo con un pie en el aire y miró a su interlocutor con ojos acusadores.

—¿Y quién sugirió que yo me metiera en negocios como corredor de apuestas en los hipódromos? Usted, Jeeves. No quiero ser severo, pero debe reconocer que la idea procedió de usted. Usted fue el…

—¿*Fons et origo malis*, milord? Admito que eso es verdad. Pero si su señoría quiere recordarlo, nos encontrábamos en ciertas dificultades. Habíamos coincidido en que el próximo matrimonio de su señoría hacía que resultara esencial aumentar sus magros ingresos, y repasamos la sección de Profesiones Clasificadas de la guía telefónica en busca de una posible actividad para su señoría. Y precisamente porque no se presentó nada adecuado, cuando llegamos de nuevo a la C yo sugerí corredor de apuestas, *faute de mieux*.

—¿*Faute* de qué?

—*Mieux*, milord. Una expresión francesa. Nosotros diríamos «a falta de algo mejor».

—¡Estos franceses son unos asnos! ¿Por qué no pueden hablar en inglés?

—Es posible que sean más dignos de compasión que de censura, milord. Sin duda, su educación en la más tierna infancia tiene mucho que ver en ello. Como estaba diciendo, a mí me pareció una solución satisfactoria para las dificultades de su señoría. En Estados Unidos, según tengo entendido, los corredores de apuestas son considerados como personas de extracción más bien baja y, de hecho, son perseguidos por la policía, pero en Inglaterra es muy diferente. Aquí se les tiene en consideración y se les agasaja. Existe una escuela de pensamiento que los contempla como la nueva aristocracia. Ganan mucho dinero y cuentan con la gratificación adicional de no pagar impuesto sobre la renta.

Bill lanzó un profundo suspiro.

—Ganamos un buen puñado de dinero en Newmarket.

—Sí, milord.

—¿Y dónde está ahora?

—En verdad, ¿dónde, milord?

—No hubiera tenido que gastar tanto arreglando este lugar.

—No, milord.

—Y fue un error pagar la factura de mi sastre.

—Sí, milord. Cabe pensar que su señoría se excedió un tanto en este punto. Como observó el antiguo romano, *ne quid nimis*.

—Sí, fue una imprudencia. Sin embargo, supongo que de nada sirve arrepentirse ahora.

—No, milord. El dedo móvil escribe, y una vez que ha escrito…

—¡Eh!

—… sigue moviéndose, y ni toda tu piedad y tu ingenio pueden inducirlo a tachar ni media línea, ni todas tus lágrimas conseguirán borrar una sola palabra. ¿Decía algo, milord?

—Sólo quería pedirle que cerrase el pico.

—Ciertamente, milord.

—No estoy de humor.

—Lo comprendo, milord. Ha sido tan sólo lo apropiado de la cita —procedente de las obras del poeta persa Omar Khayam— lo que me ha movido a hablar. ¿Puedo hacerle una pregunta, milord?

—Sí, Jeeves.

—¿Está enterada la señorita Wyvern de la conexión profesional de su señoría con el mundo de los caballos?

Bill se estremeció como un sauce temblón ante la mera sugerencia de tal posibilidad.

—Yo diría que no. Si lo supiera armaría la gorda. Más bien le he infundido la idea de que trabajo para el Consejo Agrícola.

—Una persona de lo más respetable.

—En realidad, no di tantas explicaciones. Me limité a llenar la casa de formularios del Consejo Agrícola y procuré que ella los viese. ¿Sabía que publican ciento setenta y nueve folletos diferentes, aparte de los diecisiete cuestionarios?

—No, milord. Lo ignoraba. Ello demuestra celo.

—Mucho celo. Esos muchachos están alerta.

—Sí, milord.

—Pero nos estamos alejando del punto principal, que es el de que la señorita Wyvern nunca debe conocer la espantosa verdad. Sería fatal. Al comenzar nuestro noviazgo, habló con firmeza sobre el tema de mi tendencia a hacer alguna apuesta de vez en cuando, y yo le prometí solemnemente no volver a apostar nunca más. Claro que cabe argumentar que ser corredor de apuestas no es lo mismo que apostar, pero dudo de que fuera posible hacérselo admitir a la señorita Wyvern.

—La distinción es, desde luego, bien clara, milord.

—Pues que ella se entere de los hechos y se habrá perdido todo.

—No sonarán aquellas campanas nupciales.

—Desde luego que no. Me devolvería a la tienda antes de que yo tuviera tiempo de decir esta boca es mía. Por consiguiente, si le da por hacer preguntas, no le revele nada. Ni aun en el caso de que le inserte cerillas encendidas entre los dedos de los pies.

—Esa contingencia es remota, milord.

—Posiblemente. Yo digo meramente que ocurra lo que ocurra, Jeeves, secreto y silencio.

—Puede confiar en mí, milord. De acuerdo con las inspiradas palabras de Plinio el Joven…

Bill alzó una mano.

—Frene, Jeeves. No me interesa Plinio el Joven.

—No, señor.

—Por lo que a mí se refiere, puede llevarse a Plinio el Joven y ponerlo allí donde el mono pone las nueces.

—Desde luego, señor.

—Y ahora déjeme, Jeeves. Tengo que cavilar muy intensamente. Prepáreme un whisky con soda tirando a vigoroso.

—Muy bien, milord. En seguida me ocupo de ello.

Jeeves desapareció de la habitación con una mirada de respetuosa compasión y Bill se sentó y apoyó la cabeza en las manos. Se le escapó un profundo gemido y, al agradarle su sonido, soltó otro.

Preparaba ya un tercero, convocándolo desde las plantas de los pies, cuando una voz habló a su lado.

—Santo cielo, Bill. ¿Se puede saber qué te ocurre? Jill Wyvern se encontraba junto a él.

V

En el intervalo transcurrido desde su retirada de la sala de estar, Jill había aplicado ungüento americano a Mike, el terrier irlandés, había echado un vistazo al pez rojo propiedad de la cocinera, animal que había causado ansiedad en la cocina al rehusar sus huevos de hormiga, y había efectuado una visita rutinaria a los cerdos y las vacas, administrando un bolo a una de estas últimas. Había regresado a la casa agradablemente consciente del deber cumplido y con ganas de charlar un poco con su amado, el cual, suponía ella, debía de haber regresado ya de sus rondas para el Consejo Agrícola, predispuesto para un placentero devaneo. Y es que incluso cuando el Consejo Agrícola sabe que ha encontrado a un hombre de dotes excepcionales y desea (como es natural) arrancarle hasta la última onza de esfuerzo, son lo bastante humanos como para dejar que el pobre peón dé por terminada su jornada hacia la hora del cóctel de la tarde.

Encontrarle gimoteando y con la cabeza entre las manos representó una especie de choque.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —repitió.

Bill había abandonado su asiento con un brinco convulsivo. Aquella voz amada, que le habló inesperadamente desde la nada cuando él suponía encontrarse a solas con su dolor, le había afectado como si le hubieran aplicado una sierra mecánica al asiento de sus pantalones. Si se hubiese tratado del capitán C. G. Brabazon-Biggar, del United Rovers Club, Northumberland Avenue, no se habría sentido más perturbado. La miró boquiabierto, con todas sus extremidades temblorosas. Jeeves, de haber estado presente, habría rememorado a Macbeth al ver al espectro de Banquo.

—¿Qué me ocurre? —exclamó, recalcando las palabras.

Jill le estaba contemplando con una mirada seria y especulativa. Tenía en sus ojos aquella expresión directa y franca que muestran tantas chicas simpáticas, y en circunstancias normales a Bill le gustaba. Sin embargo, en aquel momento hubiese preferido algo que no penetrase hasta los recovecos de su alma como si fuese un estoque al rojo vivo. Una sensación de culpabilidad hace que el hombre muestre alergia a las miradas directas y francas.

—¿Qué me ocurre? —dijo, esta vez con palabras más secas y contundentes—. ¿Qué quieres decir con eso de qué me ocurre? No me ocurre nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Gemías como una sirena en día de niebla.

—¡Ah, eso…! Un poco de neuralgia.

—¿Te duele la cabeza?

—Sí, hace un rato que me duele. He tenido una tarde más bien agotadora.

—¿Y por qué? ¿Acaso las cosechas no guardan la debida rotación? ¿O quizá los

cerdos tienden a crear familias más reducidas?

—Mi principal problema, hoy —dijo Bill con expresión sombría—, ha estado relacionado con caballos.

Una chispa de sospecha apareció inmediatamente en la mirada de Jill. Como todas las buenas chicas, tenía, en lo que concernía al hombre amado, la perspicacia del Detective Privado.

—¿Has estado apostando otra vez?

Bill abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Yo?

—Me prometiste solemnemente que no volverías a hacerlo. ¡Oh, Bill, eres un idiota! Cuesta más vigilarte a ti que a una colección de focas del circo. ¿No ves que esto equivale a tirar el dinero? ¿No puedes meterte en la cabezota que los apostadores no tienen la menor esperanza contra los corredores de apuestas? Conozco gente que siempre está hablando de conseguir unos dobletes fantásticos y de ganar miles de libras con un simple billete de cinco, pero en realidad estas cosas no ocurren jamás. ¿Qué dices?

Bill no había hablado. El sonido que había salido de sus labios fruncidos había sido meramente un leve quejido, como el de un piel roja emotivo en el poste del tormento.

—A veces ocurre —dijo con voz hueca—. He oído comentar casos.

—Pues a ti no te puede pasar. Los caballos no te traen suerte, y eso es todo.

Bill se retorció. La ilusión de estar asándose sobre un fuego lento se había hecho extraordinariamente vivida.

—Sí —admitió—. Ahora lo veo.

La mirada de Jill se había hecho más directa y penetrante que nunca.

—Desembucha ya, Bill. ¿Apostaste por un perdedor en el Oaks?

—¡Claro que no!

—¿Lo juras?

—Juramentos voy a empezar a soltarlos de un momento a otro.

—¿No te jugaste nada en el Oaks?

—Que no.

—Entonces ¿qué te pasa?

—Ya te lo he dicho. Me duele la cabeza.

—Pobrecillo. ¿Puedo hacer algo por ti?

—No, gracias. Jeeves me está preparando un whisky con soda.

—¿Serviría de algo un besito, mientras esperas?

—Salvaría la vida de un hombre.

Jill le besó, pero con aire ausente. Parecía estar pensando.

—¿Jeeves ha estado hoy contigo, verdad? —preguntó.

—Sí. Sí, Jeeves ha venido conmigo.
—Siempre te lo llevas contigo en esas expediciones tuyas.
—Sí.
—¿Adonde vais?
—Hacemos rondas.
—¿Para qué?
—Bueno, para unas cosas y otras.
—Comprendo. ¿Cómo va el dolor de cabeza?
—Un poco mejor, gracias.
—Espléndido.
Hubo un silencio momentáneo.
—Hace unos años, yo también padecía jaquecas —dijo Jill.
—¿Fuertes?
—Muy fuertes. Me hacían sufrir muchísimo.
—¿Te hacen polvo, verdad?
—Efectivamente. Pero —prosiguió Jill, alzando la voz y dejando que una nota de dureza se introdujera en ella— mis jaquecas, por dolorosas que fuesen, jamás me habían dado el aspecto de un fugitivo de presidio, agazapado entre los matorrales, escuchando los ladridos de los sabuesos y preguntándose cada minuto cuándo va a hacer presa la mano de la perdición en el asiento de sus pantalones. Y éste es el aspecto que tú tienes ahora. Hay culpabilidad escrita en tus facciones. Si en este momento me dijeras que has cometido un asesinato y te sientes preocupado porque acabas de recordar que no has ocultado debidamente el cadáver, yo te diría: «¡Me lo figuraba!». Bill, por última vez, ¿qué te ocurre?
—No me ocurre nada.
—A mí no me engañas.
—No te engaño.
—¿Qué estás hurgando en tu cabeza?
—Absolutamente nada.
—¿Te sientes tan alegre y despreocupado como la alondra que canta en un cielo estival?
—Pues más bien sí.
Reinó otro silencio. Jill se estaba mordiendo el labio y Bill hubiera preferido que no lo hiciese. Desde luego, nada hay de bajo y degradante en una joven que se muerde el labio, pero es un espectáculo que a un novio con la cabeza llena de pensamientos nunca puede complacerle.
—Dime, Bill —preguntó Jill—, ¿qué piensas del matrimonio?
Bill se sintió más animado. Éste era un tema más grato, pensó.
—Yo creo que es un suceso extraordinariamente bueno. Siempre y cuando, claro

está, la mitad masculina del reparto se lleve algo como tú.

—Déjate de echar florecillas. ¿Te digo lo que pienso yo?

—Adelante.

—Pienso que, a no ser que exista una confianza absoluta entre hombre y mujer, es una locura pensar incluso en casarse, porque si van a ocultarse cosas el uno al otro y a no contarse sus problemas, más tarde o más temprano su matrimonio se irá al traste. Marido y mujer deberían contárselo todo. A mí ni se me pasaría por la cabeza ocultarte algo, y si te interesa saberlo me disgusta profundamente pensar que tú me estás ocultando ese problema tuyo, sea lo que sea.

—Yo no tengo ningún problema.

—Que sí. Lo que ha ocurrido lo ignoro, pero hasta un topo miope que hubiera perdido sus gafas vería que eres un alma en pena. Cuando he entrado, estabas gimiendo como una de ellas.

El dominio de Bill sobre sí mismo, tan duramente puesto a prueba aquel día, se resquebrajó por fin.

—¡Maldita sea! —rugió—. ¿Y por qué no puedo gemir? Me parece que en Rowcester Abbey se admiten gemidos a esta hora, ¿no es así? Quiero que me dejes en paz —prosiguió, cobrando impulso—. ¿Quién te crees? ¿Uno de esos polizontes que interrogan a un granuja del hampa? Supongo que ya te dispones a preguntarme dónde estaba yo la noche del veintitrés de febrero. ¡No seas tan infernalmente entremetida!

Jill era una joven animosa, y con jóvenes animosas estas cosas no tardan en llegar al punto de saturación.

—No sé si tú lo sabes —repuso fríamente—, pero cuando te escupes en las manos y vas al grano, puedes ser el piojo más despreciable del mundo.

—Bonito piropo.

—Es la pura verdad —dijo Jill—. Eres, sencillamente, un cerdo con forma humana. Y si quieres saber lo que pienso —continuó, adquiriendo impulso a su vez —, creo que lo que ha ocurrido es que te has liado con alguna mujer espantosa.

—Estás loca. ¿Dónde diablos iba yo a encontrar mujeres espantosas?

—Supongo que habrás tenido incontables oportunidades. Siempre estás rondando por ahí en tu coche, a veces durante una semana seguida. Por lo que yo pueda saber, bien has podido pasarte todo ese tiempo rodeado de tunantas.

—No le echaría un vistazo a una tunanta aunque me la trajeras en bandeja y rodeada de berros.

—No te creo.

—Y eras tú, si la memoria no me es infiel —dijo Bill—, la que hace dos segundos y medio vociferaba acerca de la necesidad de una confianza absoluta entre nosotros dos. ¡Mujeres! —exclamó Bill con amargura—. ¡Mujeres! ¡Vaya sexo, Dios mío!

En tan difícil situación entró Jeeves, portador de un vaso sobre una bandeja.

—Su whisky con soda, milord —dijo, tal como el presidente de Estados Unidos hubiera podido decirle a un ciudadano meritorio: «Tome esta medalla del Congreso».

Bill aceptó con agradecimiento aquel líquido restaurador.

—Gracias, Jeeves. Ni un momento antes de hacerse necesario. —Y sir Roderick y lady Carmoyle se encuentran en la avenida de los tejos y desean verle, milord.

—¡Cielo santo! ¿Rory y Moke? ¿De dónde han salido? Yo creía que ella se encontraba en Jamaica.

—Tengo entendido que ha regresado esta mañana y que sir Roderick ha obtenido un permiso de Harrige's a fin de acompañarla hasta aquí. Desean que informe a su señoría de que les agradaría hablar con usted, a su conveniencia, antes de la llegada de la señora Spottsworth.

—¿Antes de la qué de quién? ¿Y quién diablos es la señora Spottsworth?

—Una dama norteamericana a la que lady Carmoyle conoció en Nueva York, milord. Se la espera aquí esta tarde. Por lo que lady Carmoyle y sir Roderick decían, comprendí que existen ciertas perspectivas en el sentido de que la señora Spottsworth adquiera la casa.

—¿Comprar la casa? —exclamó Bill.

—Sí, milord.

—¿Esta casa?

—Sí, milord.

—¿Se refiere a Rowcester Abbey?

—Sí, milord.

—Me está tomando el pelo, Jeeves.

—No me permitiría semejante libertad, milord.

—¿Usted pretende seriamente que esa fugitiva de un manicomio americano, en el que se encontraba bajo observación hasta que escapó disfrazada con unas patillas falsas, se dispone realmente a pagar en dinero contante y sonante para quedarse con Rowcester Abbey?

—Tal es la interpretación que yo he dado a las observaciones de lady Carmoyle y sir Roderick, milord.

Bill lanzó un profundo suspiro.

—Bueno, que me zurzan. Esto no hace sino demostrar que para hacer un mundo se necesita toda clase de gente. ¿Y viene para quedarse?

—Así lo tengo entendido, milord.

—Entonces puede quitar los dos cubos que puso para recoger el agua bajo la claraboya del pasillo superior. Crean una mala impresión.

—Sí, milord. También clavaré más chinchetas en el papel mural. ¿Y dónde piensa su señoría depositar a la señora Spottsworth?

—Lo mejor será que disponga de la habitación Reina Isabel. Es la mejor que

tenemos.

—Sí, milord. Insertaré una tela metálica en el cañón de la chimenea para desalentar cualquier intrusión por parte de los murciélagos que anidan allí.

—Temo que no podrá darle un cuarto de baño.

—Creo que no, milord.

—Sin embargo, si se las arregla con una ducha, puede colocarse debajo de la claraboya del pasillo.

Jeeves frunció los labios.

—Si se me permite ofrece una sugerencia, milord, no es juicioso hablar bajo tan intenso estrés. Su señoría podría olvidarse de sí mismo y hacer alguna observación como ésta dentro del radio de audición de la señora Spottsworth.

Jill, de pie ante la gran puerta cristalera y contemplando el exterior con ojos ardientes, se había vuelto y escuchaba, galvanizada. La ira generosa que la había movido a calificar a su prometido de cerdo con figura humana se había desvanecido por completo. No podía competir con tan estupenda noticia. En lo que a Jill se refería, la guerra había terminado.

Mostróse perfectamente de acuerdo con la reconvención de Jeeves.

—Sí, pobre infeliz —dijo—. Ni siquiera debes pensar cosas como ésta. Oh, Bill, ¿no es maravilloso? Si esto sale bien, tendrás dinero suficiente para comprar una granja. Estoy segura de que nos defenderíamos muy bien con una granja, yo como veterinaria y tú con tus conocimientos de experto en agricultura.

—¿Mis qué?

Jeeves tosió.

—Creo que la señorita Wyvern alude al hecho de que haya conseguido usted tan amplia experiencia trabajando para el Consejo Agrícola, milord.

—Oh… ¡Ah, sí! Entiendo lo que quiere decir. Sí, claro, el Consejo Agrícola. Gracias, Jeeves.

—De nada, milord.

Jill seguía desarrollando su tema.

—Si pudieras arrancarle a la señora Spottsworth un buen pellizco, podríamos iniciar un rebaño modelo. Es lo que rinde más. No sé cuánto podrías sacar de ese lugar.

—No mucho, me temo. Ha visto mejores tiempos.

—¿Y qué piensas pedir?

—Tres mil cinco libras, dos chelines y seis peniques.

—¿Qué?

Bill parpadeó.

—Lo siento. Estaba pensando en otra cosa.

—Pero ¿qué te ha metido una cantidad tan especial como ésa en la cabeza?

—No lo sé.

—Debes saberlo.

—Pues no.

—Pero bien has de haber tenido algún motivo…

—La suma en cuestión fue mencionada esta tarde, durante el trabajo de su señoría en relación con sus obligaciones en el Consejo Agrícola, señorita —explicó Jeeves a media voz—. Su señoría tal vez recordará que en su momento yo observé que se trataba de una cifra peculiar.

—Y así fue, Jeeves, así fue.

—Y por eso su señoría ha hablado de tres mil cinco libras, dos chelines y seis peniques.

—Estas aberraciones mentales momentáneas no son raras, según tengo entendido. Si me permite sugerirlo, milord, creo que sería aconsejable trasladarse a la avenida de los tejos sin más demora. El tiempo es esencial.

—Sí, claro. ¿Me esperan, verdad? ¿Vienes, Jill?

—No puedo, cariño. Tengo pacientes a los que asistir. He de ir hasta Stover para visitar el pequinés de los Mainwaring, aunque estoy segura de que no tendrá absolutamente nada. Ese perro es un perfecto hipocondríaco.

—Pero vendrás a cenar, ¿verdad?

—Claro que sí. Estoy contando los minutos y ya se me hace agua la boca.

Jill salió por la puerta cristalera y Bill se secó la frente. Había pasado un mal rato.

—Usted me ha salvado, Jeeves —dijo—. De no ser por su rapidez mental se habría descubierto todo el pastel.

—Me alegra haber sido útil, milord.

—Un instante más y la intuición femenina habría hecho su labor, con resultados aptos para asolar a la humanidad. ¿Verdad que come usted mucho pescado, Jeeves?

—En abundancia, milord.

—Eso me ha dicho a menudo Bertie Wooster. Dice que ataca de firme lenguados y sardinas, y él atribuye su colosal intelecto a los efectos del fósforo. Cien veces, asegura, esto le ha permitido salvarle de un mal paso en el último instante. No tiene palabras para describir sus dotes portentosas.

—El señor Wooster siempre se ha mostrado gratificantemente apreciativo respecto de mis humildes esfuerzos para asistirle, milord.

—Lo que me desconcierta y siempre me ha desconcertado es por qué le dejó marcharse. Cuando usted me vino a ver aquel día y me dijo que estaba libre, si me pinchan no me sacan sangre. La única explicación que se me ocurrió fue la de que él había perdido la chaveta… o que la había perdido más de lo usual. ¿0 acaso tuvo una disputa con él y le presentó su dimisión?

Jeeves pareció disgustado por esta sugerencia.

—De ningún modo, milord. Mis relaciones con el señor Wooster siguen siendo uniformemente cordiales, pero las circunstancias han obligado a una separación temporal. El señor Wooster va a una escuela que no permite a su alumnado emplear los servicios de asistentes personales.

—¿Una escuela?

—Una institución destinada a enseñar a la aristocracia a defenderse por sí misma, milord. El señor Wooster, a pesar de que su situación financiera es todavía bastante sólida, juzga prudente actuar de cara al futuro, por si acaso la revolución social se implantara con una severidad todavía mayor. El señor Wooster… me cuesta mencionarlo sin dejarme llevar por la emoción… está aprendiendo de hecho a zurcirse unos calcetines. El curso que él sigue incluye limpieza de zapatos, zurcido de calcetines, hacerse la cama y cocina de grado primario.

—¡Caray! Desde luego, esto no deja de ser una experiencia de lo más nuevo para Bertie.

—Sí, milord. El señor Wooster ve cambiarse el mar en algo rico y extraño, y con ello cito al Bardo de Stratford. ¿Le apetecería a su señoría otro rápido whisky con soda antes de reunirse con lady Carmoyle?

—No, no podemos perder ni un momento. Como ha dicho usted hace poco, el tiempo es… ¿qué, Jeeves?

—Esencia, milord.

—¿Esencia? ¿Está usted seguro?

—Sí, milord.

—Está bien si usted lo dice, pero yo siempre había creído que una esencia era una especie de perfume. Adelante, pues, en marcha.

—Muy bien, milord.

VI

Con un cierto torbellino en la mente, la señora Spottsworth había dejado atrás la puerta de El Ganso y el Pepinillo. El encuentro con el capitán C. G. Biggar le había causado una considerable excitación.

La señora Spottsworth era una mujer que adjudicaba una importancia considerable a lo que otras personas de menos sensibilidad hubieran descartado negligentemente como encuentros fortuitos o coincidencias. Ella no creía en lo fortuito y en su léxico no figuraba la palabra «coincidencia». Tales cosas, sostenía ella, eran intencionadas. Ese imprevisto retorno del Cazador Blanco a su vida sólo podía explicarse, creía ella, en el supuesto de que en el mundo de los espíritus se hubiera realizado un trabajo muy diligente por parte de su plantilla.

La cosa había ocurrido en un momento particularmente significativo. Tan sólo dos días antes, A. B. Spottsworth, charlando con ella a través de la tabla ouija, había observado, después de mencionar que estaba muy contento y que comía grandes cantidades de fruta, que ya iba siendo hora de que ella volviera a casarse. No tenía el menor sentido, había dicho A. B. Spottsworth, que ella viviera una existencia solitaria con tanto dinero en el banco. Una mujer necesita pareja, había afirmado, añadiendo que Cliff Bessemer, con el que había cambiado unas palabras aquella mañana en el valle de la luz, pensaba lo mismo.

—Y pocos hay que tengan la cabeza tan bien equilibrada como el bueno de Cliff Bessemer —había comentado A. B. Spottsworth.

Y cuando su viuda preguntó: «Pero, Alexis, ¿a ti y a Clifton no os importaría que yo me casara de nuevo?», A. B. Spottsworth replicó con su brusquedad acostumbrada, pronunciando cuidadosamente cada palabra:

—¡Claro que no, tontaina! ¡A por él, chiquilla!

Y poco después de tan dramática conversación, va y aparece de improviso nada menos que el hombre que la había amado con intensa y silenciosa pasión desde el momento en que se conocieron. Era asombroso. Cualquiera diría que el hecho de haber pasado al otro mundo había otorgado el don de la clarividencia a los ya extintos señores Bessemer y Spottsworth.

Toda vez que el capitán Biggar, como hemos visto, no había dicho ni media palabra acerca de su amor y había permitido que el ocultamiento, semejante a la oruga en el capullo, se alimentara en su mejilla del color del tomate, puede parecer extraño que la señora Spottsworth algo se barruntara con respecto a los sentimientos de él, pero es que una mujer siempre reconoce estas cosas. Cuando ve a un hombre atragantarse y adquirir todo el aspecto de una remolacha sofocada cada vez que capta la mirada de ella por encima de los bistecs de antílope y el zumo de lima, no tarda en establecer un diagnóstico adecuado del caso.

La repetición de estos fenómenos durante aquellos momentos de despedida frente a El Ganso y el Pepinillo demostró claramente, además, que el paso del tiempo nada había hecho para enfriar el ardor del bizarro capitán. Ella no había dejado de observar la intensa mirada en sus penetrantes ojos azules, el incremento de tonalidad en su rostro rojizo, y los nerviosos movimientos de sus pies del número 45 desde el comienzo hasta el final de la entrevista. Si aquel hombre no la consideraba a ella como el árbol del cual colgaba el fruto de su vida, Rosalinda Spottsworth estaba totalmente equivocada, e incluso le causaba una cierta sorpresa el hecho de que no se hubiera producido nada semejante a una apasionada declaración. Sin embargo, ¿cómo iba a saber ella que un hombre podía tener su código?

Mientras conducía su coche a través de la agradable campiña de Southmoltonshire, observó que sus pensamientos se centraban tenazmente en el capitán C. G. Biggar.

El mismo día en que se conocieron en Kenia encontró en él algo que la atrajo, y dos días más tarde esta discreta simpatía se había convertido en ferviente admiración. Una mujer no puede menos que respetar al hombre capaz de echarse a la cara su rifle Gibbs 505 del máximo calibre y frenar en seco a un búfalo lanzado a la carga. Y del respeto al amor hay un paso tan breve como el existente desde el departamento de Cristalería, Artículos para Regalo y Porcelana en Harrige's, hasta el de Ropa Interior para Señora. Le parecía un personaje sacado de un libro de Ernest Hemingway, y ella siempre había tenido debilidad por esos tipos descritos por Hemingway, hombres duros y despreocupados. Espiritual ella, se sentía atraída por la dureza y la brusquedad en el varón. Clifton Bessemer había poseído estas cualidades, y lo mismo cabía decir de A. B. Spottsworth. Lo primero que le había impresionado en Clifton Bessemer fue su manera de aplastar a una mosca importuna con un periódico vespertino enrollado, en la fiesta en un estudio donde se conocieron, y en el caso de A. B. Spottsworth la chispa prendió cuando le oyó conversar una tarde con un taxista de París que se había mostrado insatisfecho con el importe de su recorrido.

Al atravesar las grandes verjas de Rowcester Abbey y enfilar el largo camino de entrada, empezó a tener la impresión de que podía hacer cosas mucho peores que cultivar al capitán Biggar. Una mujer necesita un protector, ¿y qué mejor protector puede encontrar sino un hombre al que le es indiferente meterse entre hierba alta en pos de un león herido? Cierto que los leones heridos no tienen un amplio papel en una vida matrimonial corriente, pero a una esposa le agrada saber que, si se presenta uno de ellos, puede dejar confiadamente que su marido solvente la situación.

Tenía la impresión de que no resultaría difícil arreglar los necesarios preliminares. Unas cuantas palabras amables y un par de miradas incandescentes deberían bastar para llevar al punto de ebullición aquella naturaleza fuerte y apasionada. Esos hombres de las tierras vírgenes responden fácilmente a las miradas incandescentes.

Precisamente ensayaba una de ellas en el espejo de su coche cuando, al describir un viraje en el camino, de pronto apareció ante su vista Rowcester Abbey y por el momento el capitán Biggar quedó relegado al olvido. Sólo podía pensar en que había encontrado la casa de sus sueños. Con sus muros de suave colorido, bañados por los rayos del sol poniente, y sus ventanas brillando como joyas, le pareció una especie de palacio en el País de las Hadas. La casita de Pasadena, la casita de Carmel, y las casitas de Nueva York, Florida, Maine y Oregón no estaban mal a su manera, pero ésta las superaba a todas. Casas como Rowcester Abbey siempre presentan su mejor aspecto desde el exterior y a cierta distancia.

Detuvo el coche y siguió contemplándola, embelesada.

Cansados de esperar en la avenida de los tejos, Rory y Mónica habían vuelto a la casa, donde encontraron a Bill que se disponía a salir. Los tres habían regresado a la sala de estar, y en ella discutían ahora las posibilidades de una venta rápida a aquella versión femenina de Santa Claus, procedente del otro lado del Atlántico. Bill, aunque se encontraba algo mejor después de su whisky con soda, todavía se hallaba en un estado febril. Sus ojos saltones y el retorcimiento de sus extremidades habrían interesado a un médico de Harley Street, de haber estado presente para observarlos.

—¿Hay alguna esperanza? —balbució, hablando como el inválido que interroga a su médico desde su lecho de enfermo.

—Yo creo que sí —contestó Mónica.

—Yo no —dijo Rory.

Mónica le lanzó una mirada penetrante.

—La impresión que yo obtuve en aquel almuerzo de mujeres en Nueva York —explicó—, fue la de que ella tanteaba el terreno. Yo le di un buen baño de propaganda y la ablandé definitivamente. Ahora sólo queda darle el empujón final. Cuando llegue, os dejaré a solas, para que puedas ejercer ese famoso encanto tuyo. Hacerle sentir tu personalidad.

—Lo haré —aseguró Bill fervientemente—. Seré como el macho de la tórtola arrullando a su pareja. Actuaré sobre ella como si ella fuese un instrumento de cuerda.

—Procura hacerlo, pues si se produce la venta yo espero una comisión.

—La tendrás, mi querida Moke. Cobrarás a razón de mil por uno. A su debido tiempo se presentarán ante tu puerta elefantes cargados de oro y camellos portadores de piedras preciosas y raras especias.

—¿Habrá también monos, marfil y pavos reales?

—Todos ellos estarán presentes.

Rory, hombre de negocios práctico y de firme cabeza, frunció el ceño ante semejantes visiones.

—Veremos —dijo—. Este punto me parece debatible. Aun suponiendo que esa

mujer tenga un tornillo flojo, no la imagino pagando una fortuna por un lugar como Rowcester Abbey. Para empezar, no queda ya ninguna alquería.

—Eso es verdad —reconoció Bill, desalentado—. Y el parque es propiedad del club de golf local. Sólo hay la casa y el jardín.

—El jardín, sí. ¿Y qué podemos decir acerca del jardín? Hace unos momentos le estaba diciendo a Moke que, en tanto que en los meses de verano el río se encuentra en el fondo del jardín.

—¡Oh, cállate ya! —exclamó Mónica—. No veo por qué no podrías conseguir quince mil libras, Bill. Tal vez incluso veinte mil.

Bill revivió como una flor recién regada.

—¿Lo crees de veras?

—Claro que no —dijo Rory—. Sólo está tratando de animarte, y su actitud no deja de ser muy fraternal. Yo la admiro por ella. Bajo ese exterior imponente, late un tierno corazón. Pero… ¿veinte mil del ala por una casa ante la cual hasta la Ayuda a Delincuentes Juveniles retrocede, horrorizada? Absurdo. Esto es una reliquia del pasado. ¡Ciento cuarenta y siete habitaciones!

—Es mucha casa —afirmó Mónica.

—Es mucha basura —replicó Rory con firmeza—. Restaurarla costaría una fortuna.

Mónica se vio obligada a admitir este punto.

—Supongo que sí. No obstante, la señora Spottsworth es la clase de mujer que estaría perfectamente dispuesta a gastar como un millón en esto. Observo que has efectuado algunas mejoras —le dijo a Bill.

—Una gota en un cubo.

—Incluso has hecho algo para remediar aquel olor en el rellano del primer piso.

—Ojalá tuviera el dinero que cuesta todo esto.

—¿Estás atrapadillo?

—Hasta el cuello.

—Entonces —dijo Rory, recalcando las palabras como un fiscal—, ¿de dónde salen todos esos mayordomos y camareras? Esa chica, Jill No Sé Cuantos…

—No se llama No Sé Cuantos. Rory alzó una mano restrictiva.

—Su nombre puede o no ser No Sé Cuantos —dijo, descartando este punto, pues al fin y al cabo era de menor cuantía—, pero persiste el hecho de que hace unos momentos nos ha dejado boquiabiertos con una descripción de tus disponibilidades domésticas que sugería aquel lujo desenfrenado que condujo a la ruina de Babilonia. Patrullas de mayordomos, coros de bellas camareras, cocineras en increíble profusión y rumores acerca de muchachos para limpiar los cuchillos y los zapatos… Después de marcharse ella, le he dicho a Moke que me preguntaba si no te habrías convertido en caballero la… Y esto me recuerda una cosa, muchacha. ¿Le has dicho a Bill lo de la

policía?

Bill pegó un salto de un palmo y un temblor sacudió todos sus miembros.

—¿La policía? ¿Qué pasa con la policía?

—Un tipo que llamó desde la gendarmería local. Los guindillas quieren interrogarte.

—¿Qué quieres decir con eso de interrogarme?

—Acosarte a preguntas —explicó Rory—. Aplicarte el tercer grado. Y antes hubo otra llamada. Un hombre misterioso que no dio su nombre. Él y Moke charlaron un buen rato.

—Sí, yo hablé con él —dijo Mónica—. Tenía una voz como si estuviera comiendo espinacas mezcladas con arena. Preguntaba por la matrícula de tu coche.

—¿Qué?

—¿No habrás atropellado ninguna vaca, verdad? Tengo entendido que hoy constituye un delito muy serio.

Bill todavía temblaba.

—¿Quieres decir que alguien quería saber el número de la matrícula de mi coche?

—Eso es lo que he dicho. Pero ¿qué te ocurre, Bill? Pareces preocupadísimo.

—Pálido y tembloroso —afirmó Rory—. Como una sábana puesta a secar. —Apoyó una mano afectuosa en el hombro de su cuñado—. Dime, Bill. Sé franco. ¿Por qué te busca la policía?

—A mí no me busca la policía.

—Pues parece como si su más vivo deseo fuera el de echarte el guante. Una teoría que cruzó mi cabeza —dijo Rory— fue (la mencioné ante ti, Moke, si lo recuerdas) la de que hubieras conocido a un pájaro de cartera bien repleta y con un secreto culpable, y estuvieras practicando un pequeño chantaje. Éste puede ser o no ser el caso, pero si lo es ahora es el momento de contárnoslo, Bill, amigo mío. Te encuentras entre amigos. Moke es comprensiva y yo también lo soy. Ya que sé que la policía no contempla con buenos ojos la extorsión, pero por mi parte no sé verle ninguna objeción. Beneficios rápidos y prácticamente sin gastos generales. Si yo tuviese un hijo, no estoy seguro de no hacerle enseñar para esa profesión. Por consiguiente, si los de los pies planos fe siguen los pasos y a ti te interesa una mano que te ayude a abandonar el país antes de que empiecen a vigilar los puertos, basta con que lo digas y nosotros…

—La señora Spottsworth —anunció Jeeves desde el umbral, y un momento más tarde Bill había ejecutado otro de aquellos brincos en el aire que tan frecuentes resultaban últimamente en él.

Más pálido que nunca, contempló la visión que entraba.

VII

La señora Spottsworth había entrado majestuosamente en la habitación, con el aire confiado de la mujer que sabe que su sombrero es el adecuado, su traje es el conveniente, sus zapatos son apropiados y sus medias están impecables, y que tiene como unos cuarenta y dos millones de dólares guardados en forma de sólidos valores, y Bill, con una destartalada casa rural en venta, debió de ver en ella un espectáculo alentador. Y es que parecía indiscutiblemente la clase de persona capaz de comprar gruesas y destartaladas casas de campo inglesas sin pensarlo dos veces.

Pero su mente no se centraba en transacciones comerciales. Se había remontado unos años atrás y se encontraba en la Riviera francesa, donde él y esa mujer se habían conocido y —cosa que él no podía ocultarse a sí mismo— habían trabado una muy considerable amistad.

Todo había sido perfectamente inocente, desde luego —tan sólo unos pocos paseos en coche a la luz de la luna, un par de baños y charlas en Edén Roe, y el intercambio corriente de cortesías al uso de la Riviera— pero le pareció que existía grave peligro de que él introdujera ahora en sus relaciones aquel toque de nostalgia que es lo último que un joven desea cuando tiene en las cercanías a su prometida… y una prometida, además, que ya había dado pruebas de alimentar desagradables sospechas.

La señora Spottsworth se le había presentado como una total y penosa sorpresa. En Cannes, él había tenido la impresión de que su nombre era Bessemer, pero en lugares como Cannes, desde luego, uno no se preocupa mucho por los apellidos. Recordaba que siempre se había dirigido a ella como Rosie, y ella —se estremeció al acordarse— le había llamado Billiken. Ante sus ojos se presentó una clara pero desagradable imagen de la cara de Jill cuando oyera aquella noche, durante la cena, que ella se le dirigía como Billiken. Y lo peor era que, debido a su inadvertencia, había omitido mencionar a Jill la existencia de la señora Bessemer, aquella conocida de la Riviera y creía más que concebible que ella le exigiera una explicación al respecto.

—Me alegra verte de nuevo, Rosalinda —dijo Mónica—. Me complace que hayas encontrado sin problemas el camino hasta aquí. Es un poco intrincado cuando se deja la carretera principal. Mi esposo, sir Roderick Carmoyle. Y él es…

—¡Billiken! —gritó la señora Spottsworth, con todo el entusiasmo de una naturaleza generosa.

Era evidente que si el éxtasis ocasionado por ese inesperado encuentro era más bien unilateral, por parte de ella al menos existía en abundancia.

—¿Cómo? —exclamó Mónica.

—El señor Belfry y yo somos viejos amigos. Nos conocimos en Cannes hace

unos años, cuando yo era la señora Bessemer.

—¡Bessemer!

—Fue poco después de que mi marido falleciera debido a un choque frontal con un camión cargado de botellas de cerveza, en el Jericho Turnpike. Se llamaba Clifton Bessemer.

Mónica dirigió una mirada de satisfacción y felicitación a Bill. Estaba perfectamente al corriente de la actividad de la señora Bessemer en Cannes. Sabía que su hermano había hecho objeto de un intenso galanteo a la señora Bessemer, ¿y qué mejores cimientos en los que construir podía tener un joven con una casa en venta?

—Pues esto es magnífico —dijo—. Tendréis muchas cosas de las que hablar, ¿verdad? Pero ahora él ya no es el señor Belfry, sino lord Rowcester.

—Ha cambiado su nombre —explicó Rory—. La policía le sigue los pasos, y le era esencial un alias.

—Vamos, no digas tonterías, Rory. Heredó el título —dijo Mónica—. Ya sabes cómo funciona esto en Inglaterra. Empiezas como una cosa y después se muere alguien y tú experimentas un cambio. Nuestro tío, lord Rowcester, la diñó no hace mucho tiempo y Bill era su heredero, por lo que descolgó el Belfry y asumió el Rowcester.

—Comprendo. Pero de todos modos para mí siempre será Billiken. ¿Cómo estás, Billiken?

Bill consiguió encontrar el habla, aunque no mucha, y cuanto había de ella tenía una cualidad más bien ronca.

—Estoy bien, gracias… er… Rosie.

—¿Rosie? —repitió Rory, sobresaltado, y natural como siempre sin el menor intento de ocultar su sorpresa—. ¿Te he oído decir Rosie?

Bill le dirigió una mirada glacial.

—El nombre de la señora Spottsworth, como ya has sabido a través de una fuente generalmente bien informada —o sea Moke— es Rosalinda. Todos sus amigos (incluso amistades casuales como yo) la llamaban Rosie.

—Ah, bueno —dijo Rory—. Desde luego, desde luego. Muy lógico, claro.

—¿Amistades casuales? —dijo la señora Spottsworth, apenada. Bill se arregló la corbata.

—Bueno, me refiero a tipos que sólo te conocían por haber coincidido en Cannes, y otros por el estilo.

—¡Cannes! —gritó la señora Spottsworth extáticamente—. ¡Querida, soleada, alegre y deliciosa Cannes! ¡Qué buenos ratos pasamos allí, Billiken! ¿Recuerdas…?

—Sí, sí —dijo Bill—. Todo muy divertido. ¿No te apetece una copa, un bocadillo, un cigarro o algo por el estilo?

Fervientemente, bendijo al pequinés de los Mainwaring por ser un hipocondríaco recalcitrante que había obligado a Jill a desplazarse al otro lado del condado. Cuando regresara, confiaba en que la señora Spottsworth, más calmada, se mostraría menos expansiva sobre el tema de los buenos tiempos pasados. Él mismo se impuso la tarea de mitigar su exuberancia.

—Me complace darte la bienvenida a Rowcester Abbey —dijo con toda formalidad.

—Sí, espero que te guste —dijo Mónica.

—¡Es el lugar más maravilloso que haya visto nunca!

—¿Lo crees así? Yo lo calificaría de vieja ruina cubierta de moho —intervino Rory muy serio, y tuvo la suerte de que sus ojos no se encontrasen con los de su mujer—. Lleva siglos desmoronándose. Apuesto a que si sacude esos cortinajes, echarán a volar un par de murciélagos.

—¡La pátina del tiempo! —exclamó la señora Spottsworth—. La adoro. —Cerró los ojos y murmuró—: Los muertos, en montones de una docena, se aferran a ti cuando pasas.

—Qué idea más atroz —dijo Rory—. En mi opinión, en plan de agarrar, un par de ellos ya sería pasarse.

La señora Spottsworth abrió los ojos y sonrió.

—Voy a decirles algo muy extraño —anunció—. Algo que me causó tanta impresión cuando llegué ante la puerta principal que tuve que sentarme por unos momentos. El mayordomo creyó que estaba enferma.

—¡Espero que no!

—No, en absoluto. Simplemente… me sentí sobrecogida. Comprendí que yo había estado aquí antes.

Mónica adoptó una expresión de cortés extrañeza y fue Rory el encargado de aportar una explicación.

—¿Como visitante turística? —dijo—. Con aquella muchedumbre que solía venir los viernes durante los meses de verano, para que les enseñaran el lugar pagando un chelín por barba. Los recuerdo bien de los días en que tú y yo ya salíamos, Moke. Los Mirones, les llamábamos. Llegaban en autocares descapotados y dejaban caer trozos de chocolate con nueces sobre las alfombras, aunque este hecho no empeorase en absoluto el estado general de éstas. Ahora ya no hay visitas, ¿verdad, Bill? Supongo que es que ya no queda nada que mirar. El difunto lord Rowcester —explicó a la visitante— vendió a los americanos sus mejores trastos, y ahora ya no queda aquí nada que valga la pena mirar. Hace unos momentos, le estaba diciendo a mi mujer que lo mejor que podría hacerse, con mucho, en Rowcester Abbey sería quemarlo todo.

Mónica no pudo contener un leve gemido y alzó los ojos al cielo como si

implorase que un rayo aniquilase a aquel hombre. Si ésta era la idea que tenía su Roderick con respecto a venderle géneros a un cliente, parecía un milagro que alguna vez hubiera podido colocar una manguera, una segadora de césped o un baño para los pájaros.

La señora Spottsworth meneó la cabeza con una sonrisa indulgente.

—No, no, yo no quería decir que hubiera estado aquí con mi actual envoltorio corporal. Me refiero a una encarnación anterior. Sepan que yo soy rotacionista.

Rory asintió, comprensivo.

—Ah, sí. Alces, Guardianes del Templo y todo eso. Los he visto en fotografías, con unos sombreros muy raros.

—No, no, usted se confunde con los rotarios. Yo soy rotacionista, que es algo muy diferente. Nosotros creemos que renacemos como uno de nuestros antepasados cada novena generación.

—¿Novena? —repitió Mónica, y empezó a contar con los dedos.

—La novena casa mística. Supongo que habrá leído el *Zend Avesta* de Zoroastro, ¿verdad, sir Roderick?

—Siento decir que no. ¿Es bueno?

—Esencial, diría yo.

—Lo incluiré en mi lista de la biblioteca —aseguró Rory—. ¿Es de Agatha Christie, verdad?

Mónica había completado sus cálculos.

—Novena… Me parece que se trata de lady Barbara, la tunante más célebre del reinado de Carlos II.

La señora Spottsworth quedó impresionada.

—Supongo que debería llamarte lady Barbara y preguntarte acerca de tu último enredo amoroso.

—Ojalá pudiera recordarlo. Por lo que he oído decir de ella, sería toda una historia.

—¿Dejaba que el sol la bronceara de pies a cabeza? —preguntó Rory—. ¿Ó era más bien una chica muy de su casa?

La señora Spottsworth había cerrado otra vez los ojos.

—Noto influencias —dijo—. Incluso oigo leves murmullos. ¡Qué extraño es llegar a una casa que una visitó hace trescientos años! Piensen en todas las existencias vividas entre estas antiquísimas paredes. Y aquí están todas, a nuestro alrededor, creando un aura intrigante para esta casa tan antigua y deliciosa.

Mónica captó la mirada de Bill.

—Es cosa hecha, Bill —murmuró.

—¿Qué? —dijo Rory en voz alta—. ¿Qué es cosa hecha?

—Oh, cállate ya…

—Pero ¿qué es la…? ¡Ay! —Se frotó la espinilla que acababa de recibir un magistral puntapié—. Oh, ah, sí, desde luego. Sí, comprendo lo que quieres decir.

La señora Spottsworth se pasó una mano por la frente. Parecía sumida en una especie de trance mediúmnico.

—Me parece recordar una capilla. ¿Hay una capilla aquí?

—En ruinas —contestó Mónica.

—No es necesario que se lo digas, muchacha —la reconvino Rory.

—Lo sabía. ¿Y hay una Galería Larga?

—Eso es —dijo Mónica—. En el siglo dieciocho hubo un duelo en ella. Todavía se pueden ver los agujeros de las bajas en las paredes.

—Y manchas oscuras en el suelo, sin duda. Este lugar ha de estar lleno de fantasmas.

Ésta era una idea que convenía desalentar desde un buen principio, pensó Mónica.

—¡Oh, no, eso no debe preocuparte! —exclamó—. Nada de ese estilo en Rowcester Abbey —añadió, y le sorprendió observar que su huésped la estaba mirando con unos ojazos lastimeros, como el crío al que se informa que el postre de la cena no llevará mantecado.

—¡Pero es que yo quiero fantasmas! —alegó la señora Spottsworth—. Debo tener fantasmas. ¿No iréis a decirme que no hay ninguno?

Rory volvió a mostrarse útil.

—En la planta baja hay lo que nosotros llamamos un retrete embrujado —explicó —. De vez en cuando, siempre que no haya nadie cerca de él, la taza se llena de repente, y cuando se espera una muerte en la familia el agua no deja de manar. Pero no sabemos si se trata de un espectro o es tan sólo un defecto de fontanería.

—Probablemente un *poltergeist* —dijo la señora Spottsworth, que parecía algo decepcionada—. Pero ¿no hay manifestaciones visuales?

—No lo creo.

—No digas tonterías, Rory —le reprendió Mónica—. Lady Agatha. La señora Spottsworth se mostró intrigada.

—¿Quién era lady Agatha?

—La esposa de sir Caradoc, el Cruzado. Ha sido vista varias veces en las ruinas de la capilla.

—Fascinante, fascinante —dijo la señora Spottsworth—. Y ahora permitidme que os conduzca a la Galería Larga. No me digáis dónde está. Dejadme ver si sé encontrarla por mi cuenta.

Cerró los ojos, se oprimió las sienes con las puntas de los dedos, hizo una pausa momentánea, abrió los ojos y echó a andar. Al llegar a la puerta, hizo su aparición Jeeves.

—Perdone, milord.

—¿Sí, Jeeves?

—Con respecto al perro de la señora Spottsworth, milord, agradecería instrucciones acerca de su horario de comidas y su dieta.

—Pomona es muy tolerante con sus apetencias —indicó la señora Spottsworth—. Suele cenar a las cinco, pero no tiene nada de remilgada.

—Gracias, señora.

—Y ahora debo concentrarme. Esto es una prueba.

La señora Spottsworth se aplicó de nuevo las puntas de los dedos a las sienes.

—Sígueme, por favor, Mónica. Tú también, Billiken. Voy a conduciros directamente a la Galería Larga.

La procesión cruzó la puerta y Rory, tras contemplarla plácida y detenidamente, se volvió hacia Jeeves encogiéndose de hombros.

—¿Una chiflada, verdad?

—La señora parece apartarse un tanto de las normas generalmente aceptadas, sir Roderick.

—Está más loca que una cabra. Le diré una cosa, Jeeves. Una cosa así no se toleraría en Harrige's.

—¿No, señor?

—Ni por un momento. Si esa señora Dogsbody, o como diablos se llame, entrase en la sección de, por ejemplo, Pastelería, Galletas y Repostería en General, y empezara a comportarse de este modo, los detectives de la casa la agarrarían por el asiento de los pantalones y se encontraría en medio de la calle antes de que el primer disparate saliera de sus labios.

—¿De veras, sir Roderick?

—Se lo digo yo, Jeeves. Yo mismo pasé por una experiencia similar poco después de entrar en la casa. Me encontraba una mañana en mi puesto (en aquel entonces yo estaba en Jarros, Botellas y Artículos para Comidas Campestres) cuando entró una mujer. Bien vestida, de aspecto refinado y nada que objetar en ella, excepto que llevaba un casco de bombero. Empecé a ofrecerle nuestro servicio cortés. «Buenos días, señora —dije—. ¿Qué puedo hacer por usted, señora? ¿Algo para merendar en el campo? ¿Una jarra? ¿Una botella?». Me miró fijamente. «¿Le interesan las botellas, gárgola?», me preguntó, calificándome de gárgola por alguna razón. «Pues sí, señora», repliqué. «Entonces, ¿qué le parece ésta?», dijo, y al mismo tiempo se apoderó de una enorme garrafa y la descargó con fuerza en el punto exacto donde se hubiera encontrado mi hueso frontal de no haber retrocedido yo de golpe, como una ninfa sorprendida en pleno baño. La garrafa se hizo trizas contra el mostrador. Fue más que suficiente. Hice una señal a los detectives de los almacenes y éstos le echaron el guante.

—Muy desagradable, sir Roderick.

—Sí, confieso que me hizo pasar un mal rato. A punto estuve de dejar mi trabajo. Resultó que recientemente le había legado una fortuna un tío riquísimo en Australia, y que esto le había hecho perder la razón. Creo que el problema de esa señora Dogsbody viene a ser el mismo. Según me ha contado mi mujer, heredó un puñado de millones de todo un pelotón de maridos muertos, y ese hecho ha motivado que perdiera la chaveta. El dinero no ganado, Jeeves, siempre sienta mal. No hay nada como tener que bregar para ganarse la vida. Yo soy dos veces el hombre que era desde que me he sumado a las filas de los trabajadores de la tierra.

—Coincide usted exactamente con el Bardo, sir Roderick. «Son las obras las que deben ganar el premio».

—Exactamente. Eso es. Y hablando de ganar premios, ¿qué hay de mañana?

—¿Mañana, sir Roderick?

—El Derby. ¿Sabe usted algo?

—Me temo que no, sir Roderick. Parece que se tratará de un certamen excepcionalmente abierto. Según tengo entendido, el favorito es *Voleur*, de Monsieur Boussac. Quince a dos al cerrar ayer por la noche, y el precio probablemente se reducirá a seises o incluso cincos para el S. P. Pero el animal en cuestión es algo pequeño y de frágil osamenta para una prueba tan dura. Es verdad, desde luego, que hemos visto superar un handicap como éste. El nombre de Manna, el ganador de 1925, acude a la mente, e Hiperión, otro caballo más bien pequeño, batió el récord de la carrera, previamente detentado por Flying Fox, cubriendo la distancia en dos minutos y treinta y cuatro segundos.

Rory le miró con estupefacción.

—¡Por Júpiter! ¿Conoce usted bien el paño, verdad?

—A uno le agrada mantenerse *au courant* en estas cuestiones, señor. Son, podríamos decir, parte esencial de una educación.

—Pues sin la menor duda tendré otra charla con usted mañana, antes de hacer mi apuesta.

—Me agradará muchísimo poder serle útil, sir Roderick —dijo Jeeves cortésmente, y abandonó quedamente la habitación dejando a Rory con la sensación, tan universal entre aquellos que trababan conocimiento con ese gran hombre, de que habían establecido contacto con un espíritu tan sabio como amable en cuyas manos podía depositar sus asuntos sin la menor inquietud.

Unos momentos después, entró Mónica con aspecto de estar algo fatigada.

—Hola, muchacha —le saludó Rory—. ¿De regreso de tus correrías? ¿Ha encontrado la maldita galería?

Mónica asintió con la cabeza.

—Sí, después de hacerme recorrer toda la casa. Ha dicho que por un rato había perdido su influencia. Sin embargo, no creo que esté nada mal después de trescientos

años.

—Le estaba diciendo a Jeeves hace un momento que esa mujer está más loca que una cabra. Aunque, a propósito de ello, ¿cómo se han ganado las cabras esa reputación de desequilibrio mental? Ahora que ya se ha instalado en este país, espero que pronto recibirá toda clase de ofertas halagüeñas por parte de Colney Hatch y otros establecimientos similares. ¿Y qué se ha hecho de Bill?

—No ha hecho todo el recorrido. Desapareció. Supongo que fue a vestirse.

—¿En qué estado se encontraba?

—Ojos vidriosos y sobresaltado al oír cualquier ruido repentino.

—¡Ah, todavía nervioso! Desde luego, nuestro William se muestra muy excitable. Pero yo tengo otra teoría referente al viejo Bill —dijo Rory—. Yo no creo que su nerviosismo se deba a sentirse acosado por la policía. Ahora lo atribuyo a haber conseguido ese empleo con el Consejo Agrícola y, como todos estos novatos, haberse tomado las cosas demasiado a pecho al principio. Nosotros, los que no estamos acostumbrados a trabajar, tenemos que aprender a controlar nuestras fuerzas, a mantener algo en reserva, si comprendes lo que quiero decir. Esto es lo que les estoy predicando siempre a los muchachos más nuevos que yo. En su mayoría me escuchan, pero hay un chico (Ropas para Tallas Pequeñísimas) cuyo empuje es algo que no se ha visto nunca. Ese muchacho se quemará antes de haber cumplido los cincuenta. ¡Hola, mira a quién tenemos aquí!

Miró, desconcertado a una joven alta y agraciada que acababa de entrar, y descartó la momentánea impresión de que se tratase del espectro de lady Agatha que, harto ya de la capilla en ruinas, se presentara para sumarse a la reunión. Sin embargo, no logró situarla. Mónica vio con mayor claridad de qué se trataba. Observando la cofia y el delantal, dedujo que debía de tratarse de aquella figura casi legendaria, la camarera.

—¿Ellen? —probó.

—Sí, milady. Estaba buscando a su señoría.

—Creo que está en su habitación. ¿Algo que yo pueda hacer?

—Se trata de este caballero que acaba de llegar y que desea ver a su señoría, milady. Le he visto llegar en su coche y, por estar el señor Jeeves atareado en el comedor, yo he abierto la puerta y le he hecho pasar al salón de mañanas.

—¿Quién es?

—Un tal capitán Biggar, milady. Rory dejó escapar una risita.

—¿Biggar? Me recuerda aquel juego que tanto nos divertía cuando éramos pequeños, Moke: la Familia Bigger[1].

—Lo recuerdo.

—¿De veras? Entonces ¿quién es mayor, el señor Bigger, o la señora Bigger?

—Realmente, Rory…

—El señor Bigger, porque él es el papá Bigger. ¿Y quién es mayor, el señor Bigger o su tía solterona?

—Acuérdate de que ahora ya no eres un niño.

—¿Usted puede decírmelo, Ellen?

—No, señor.

—Tal vez pueda hacerlo la señora Dogsbody —sugirió Rory, al entrar dicha dama con notable ímpetu.

Había una expresión de modesto triunfo en el hermoso rostro de la señora Spottsworth.

—¿Se lo habéis contado a sir Roderick? —quiso saber.

—Yo se lo he dicho —contestó Mónica.

—He encontrado la Galería Larga, sir Roderick.

—Tres calurosos hurras —dijo Rory—. Continúe con esta práctica y pronto encontrará bombos en las cabinas telefónicas. Pero archivemos esto por un momento; ¿usted sabe quién es mayor, si el señor Bigger o su tía solterona?

La señora Spottsworth pareció perpleja.

—¿Cómo dice?

Rory repitió la pregunta y la perplejidad de ella fue en aumento.

—Pero es que no lo entiendo…

—Rory dedicado a uno de sus conjuros —dijo Mónica.

—La tía solterona —explicó Rory— porque, ocurra lo que ocurra, ella siempre es Bigger.

—No le hagas caso —recomendó Mónica—. En estas ocasiones es perfectamente inofensivo. Sólo se trata de que ha llegado un capitán llamado Biggar y eso le ha excitado. Dentro de unos momentos ya estará bien.

Los bellos ojos de la señora Spottsworth se habían abierto más de lo normal.

—¿El capitán Biggar?

—Hay otro —anunció Rory, con el entrecejo fruncido—, sólo que de momento se me escapa. Pronto lo recordaré. Es algo acerca del señor Biggar y su hijo.

—¿El capitán Biggar? —repitió la señora Spottsworth. Se volvió hacia Ellen—. ¿Es un caballero con una cara más bien colorada?

—Es un caballero con una cara muy colorada —contestó Ellen, que era una joven a la que le agradaba puntualizar las cosas.

La señora Spottsworth se llevó una mano al corazón.

—¡Es extraordinario!

—¿Le conoces? —preguntó Mónica.

—Es un antiguo, muy antiguo amigo mío. Le conocí cuando…

Oye, Mónica, ¿podrías…, querrías… podrías invitarle a quedarse aquí?

Mónica se sobresaltó como un caballo del ejército al oír el cornetín.

—¡Pues claro que si, Rosalinda! Cualquier amigo tuyo… Qué idea tan espléndida.

—Muchísimas gracias. —La señora Spottsworth se volvió hacia Ellen—. ¿Dónde está el capitán Biggar?

—En el salón de mañanas, señora.

—Acompáñeme allí ahora mismo. Tengo que verle.

—Si me hace el favor, por aquí, señora.

La señora Spottsworth salió impetuosamente, seguida por una Ellen de paso más mesurado. Rory meneó la cabeza con expresión dubitativa.

—¿Es prudente esto, Moke, muchacha? Probablemente se trata de algún espantoso entremetido con sombrero hongo y corbata de lazo hecho.

Los ojos de Mónica chispeaban.

—Me importa un pepino su aspecto. Es un amigo de la señora Spottsworth y eso es lo que más importa. ¡Oh, Bill! —gritó al entrar éste.

Bill llevaba su frac, con corbata y chaleco blancos, y su cabello resplandecía gracias a extraños ungüentos. Rory le contempló con estupefacción.

—¡Santo cielo, Bill! Pareces una edición de los Grandes Amantes a Través de las Edades. Si crees que yo voy a vestirme así, estás muy equivocado. Con ponerse la vieja corbata negra de los Carmoyle y una camisa de cuello blando, bastaba. Pero capto la idea, desde luego. Te empeñas en impresionar a la señora Spottsworth y remover recuerdos de aquellos días en Cannes, pero procura no pasarte, muchacho. Has de pensar en Jill. Si descubre eso tuyo con la Spottsworth…

Bill se estremeció.

—¿A qué demonios te refieres?

—Nada, nada. Sólo hacía una observación así, al azar.

—No le escuches, Bill —dijo Mónica—. Está bromeando. Pero Jill es sensible…

—Al fin y al cabo —observó Rory, buscando el aspecto más reconfortante—, todo ocurrió antes de que conocieras a Jill. —¿Y qué fue todo lo que ocurrió?

—Nada, muchacho, nada.

—Mis relaciones con la señora Spottsworth fueron puras hasta la última gota.

—Claro, claro.

—¿Vendéis bozales en Harrige's, Rory? —inquirió Mónica.

—¿Bozales? ¡Ya lo creo! En Gatos, Perros y Animales Domésticos.

—Voy a comprar uno para ti, a ver si te callas de una vez. Tú haz como si él no estuviera aquí, Bill, y escucha mientras te cuento las noticias. Acaba de ocurrir algo maravilloso. Ha aparecido un viejo amigo de la señora Spottsworth y yo le he invitado a quedarse.

—¿Un viejo amigo?

—Otro viejo enamorado, es de suponer.

—Cállate de una vez, Rory. ¿No entiendes lo maravilloso que es esto, Bill? La hemos puesto bajo una cierta obligación. ¡Piensa en lo suave y blanda que se mostrará después de esto!

Su entusiasmo contagió a Bill, que vio exactamente lo que ella quería decir.

—Tienes toda la razón. ¡Esto es formidable!

—Sí, ¿verdad que es un golpe de suerte? Ahora, ella será como arcilla en nuestras manos.

—Arcilla es la palabra. Moke, eres soberbia. La pensadora mejor y más rápida que haya conocido nunca. ¿Y quién es el tipo?

—Se llama Biggar. El capitán Biggar.

Bill buscó el soporte de una silla. Un matiz verdoso había invadido toda su cara.

—¿Qué? —gritó—. ¿El capitán B-b-b…?

—¡Aja! —exclamó Rory—. ¿Quién es mayor, el señor Bigger o el jovencito Bigger? Pues el joven Bigger, porque es un poquitín más Bigger[2]. ¡Sabía que me acordaría! —dijo, muy satisfecho.

VIII

Era uno de los dichos favoritos del malogrado A. B. Spottsworth, el cual, aunque enamorado de su esposa a su manera ausente, jamás hubiera podido ser descrito como hombre mujeriego o confundido con uno de aquellos *troubadours* de la Edad Media, que el secreto de una vida feliz y coronada por el éxito consistía en librarse de las mujeres en la primera oportunidad que se terciara. Procédase a la expulsión del sexo débil, solía decir, quitándose la chaqueta y buscando las fichas del póquer, y habrá llegado el momento de empezar a hacer algo práctico. A menudo había hecho la observación de que, como espectáculo bello y edificante, pocas visiones podían compararse con la de los miembros femeninos de una cena evacuando el comedor una vez concluido el ágape, y dejando a los hombres entregados a sus refrescantes conversaciones masculinas.

A Bill Rowcester, a las nueve de la noche de aquella inquietante jornada, semejante actitud mental le hubiera parecido incomprensible. La última cosa que deseaba en el mundo era la refrescante conversación masculina del capitán Biggar. Y mientras mantenía abierta la puerta del comedor para que pasaran la señora Spottsworth, Mónica y Jill, camino de la sala de estar, le oprimió una sensación de angustia y depresión, mezclada con inquietantes especulaciones acerca de lo que iba a ocurrir a continuación. De hecho, sus emociones eran similares en especie y en intensidad a las que hubiera experimentado una guarnición asediada por los salvajes, en el caso de haber llegado los Marines de Estados Unidos, sólo para dar media vuelta y alejarse en la dirección opuesta.

Verdad era que, por el momento, todo había marchado perfectamente. Incluso él, por muy afectada que se hallara su conciencia, hasta entonces nada había encontrado que pudiera marcar una excepción en la charla del capitán. A lo largo de la cena, comenzando por la sopa y continuando hasta los canapés de sardina, el Cazador Blanco se había ceñido a temas tan neutrales como los jefes caníbales a los que había tratado y a qué se debe hacer cuando uno se ve acorralado por cazadores de cabezas armados con cerbatanas de dardos envenenados. Había explicado dos historias más bien largas y francamente aburridas acerca de un par de amigos suyos a los que llamaba Tubby Frobisher y el Subahdar. Y había recomendado a Jill, en caso de que ella lo necesitara alguna vez, un ungüento excelente para usar en caso de mordedura de cocodrilo. A los corredores de apuestas fraudulentos, las persecuciones campo a través y las matrículas de automóviles no les había dedicado referencia alguna.

Pero ahora, al retirarse las mujeres y quedarse cara a cara dos hombres fuertes —o tres, si se contaba a Rory—, ¿quién podía decir cuánto duraría tan placentera situación? Y Bill no podía menos que confiar en que Rory no canalizara la conversación hacia el tema peligroso preguntándole al capitán si le interesaban las

carreras de caballos.

—¿Le interesan las carreras, capitán? —preguntó Rory, apenas se cerró la puerta.

De los labios del capitán Biggar se escapó un sonido muy semejante al último respingo de una cebra moribunda. Bill, que se había alzado más de medio palmo en el aire, lo diagnosticó correctamente como una risa hueca y melancólica. También él había alimentado la idea de proferir algo semejante.

—¿Carreras? —repitió el capitán Biggar con voz estrangulada—. ¿Que si me interesan las carreras? ¡Bueno, que me reduzcan a picadillo y me cocinen con cebollas!

Bill lo hubiera hecho con sumo gusto. Parecióle que semejante proeza culinaria hubiera resuelto todas sus dudas, y lamentó que la idea no se le hubiera ocurrido a uno de los jefes caníbales de los que su huésped había estado hablando.

—Esta noche hay la cena del Derby —prosiguió Rory—. Dentro de un rato iré a echar un vistazo al televisor de la biblioteca. Todos los propietarios principales aparecen en la pantalla para decir qué piensan acerca de sus oportunidades en la carrera de mañana. Claro está que todos esos tipos no tienen ni la más remota idea al respecto. ¿Ha estado usted en el Oaks esta tarde, por casualidad?

El capitán Biggar se expandió como uno de aquellos curiosos peces de Florida que se hinchan si uno los cosquillea.

—¿Que si he estado en el Oaks? *¡Chang suark!* Sí, señor, he estado. Y si alguna vez un hombre…

—Bonita esta campiña del Southmoltonshire, ¿no cree, capitán? —dijo Bill—. Pintoresca, como la llaman a veces. El pueblo más cercano a nosotros, Lower Snodsbury, posiblemente se habrá fijado en él cuando venía hacia aquí, tiene una…

—Si alguna vez un hombre ha tenido que tragar bilis en su condenada vida —prosiguió el capitán, cuya coloración era ahora de un rojo tan intenso que fue una suerte que, por una afortunada casualidad, no hubiera toros presentes en el comedor—, he sido yo en Epsom esta tarde. Pasé por el horno como Shadrach, Meshach y Nabucodonosor, o quienquiera que fuese. Mi alma ha quedado hecha tiras y ha pasado por la máquina para escurrir ropa.

Rory chasqueó la lengua compasivamente.

—¿Ha pasado un mal día, verdad?

—Déjeme que le cuente lo ocurrido.

—… iglesia normanda —continuó Bill, con voz débil pero perseverante— que, según tengo entendido, es muy…

—Debo empezar diciendo que desde mi vuelta a la patria me he relacionado con unos cuantos tipos listos, hombres que saben diferenciar los dos extremos de un caballo, como suele decirse, y que me han dado muy buenos consejos. Y hoy…

—… admirada por aquellos a quienes les gustan las iglesias normandas —dijo

Bill—. Yo no sé gran cosa al respecto, pero a juzgar por lo que se dice hay una especie de capilla…

El capitán Biggar explotó de nuevo:

—¡No me hable de pillos! *¡Yogi tulsiram jaginath!* Esta tarde he conocido al rey de todos ellos, malditas sean sus entrañas. Pues bien, como estaba diciendo, esos amigos míos me han estado dando un buen consejo de vez en cuando, y hoy recomendaron un doble. *Lucy Clitters* en la de las dos y media y *Madre de Whistler* para el Oaks.

—Extraordinaria la victoria de *Madre de Whistler* —comentó Rory—. El consenso de opinión en Harrige's indicaba que no tenía la menor posibilidad.

—¿Y qué ocurrió? Pues que *Lucy Glitters* corrió a cien contra seis y *Madre de Whistler*, como ya habrá oído decir, a treinta y tres contra uno.

Rory le miró con estupefacción.

—¿Quiere decir que su doble salió?

—Sí, señor.

—¿Con esas apuestas?

—Con esas apuestas.

—¿Y cuánto jugaba usted?

—Cinco libras por *Lucy Clitters* y lo que se consiguiera con ésta por *Madre de Whistler*.

Los ojos de Rory se desorbitaron.

—¡Dios mío! ¿Oyes eso, Bill? Ha debido de ganar una fortuna.

—Tres mil libras.

—Bueno, que me… ¿Ha oído eso, Jeeves?

Jeeves acababa de entrar con el café. Su porte era tan sereno como siempre. Al igual que Bill, consideraba inquietante la presencia del capitán Biggar en la casa, pero, en tanto que Bill balbuceaba y temblaba, él seguía pareciéndose a una estatua toda ella compostura.

—¿Señor?

—El capitán Biggar ganó tres mil librasen el Oaks.

—¿De veras, señor? Un resultado ciertamente envidiable.

—Sí —dijo el capitán, sombríamente—. Gané tres mil libras y el corredor se las piró.

—¡No! —exclamó Rory, boquiabierto.

—Se lo aseguro.

—¿Se largó con viento fresco?

—Exactamente.

Rory parecía abrumado.

—Nunca había oído algo tan monstruoso. ¿Usted ha oído alguna vez algo tan

monstruoso, Jeeves? ¿No te parece el colmo, Bill?

Pareció como si Bill saliera de un trance.

—Lo siento, Rory, pero estaba pensando en otra cosa. ¿Qué decías?

—El pobre Biggar consiguió un doble en Epsom esta tarde y el corredor, el muy cerdo, se largó, quedándole a deber tres mil libras.

Como es natural, Bill se mostró disgustado. Cualquier joven de buenos sentimientos lo hubiera estado, después de oír semejante historia.

—¡Cielos, capitán, esto que le ha ocurrido es terrible! —gritó—. ¿O sea que el corredor se las piró?

—Corriendo como un conejo, y conmigo pisándole los talones.

—No me extraña que se sienta indignado. Estos sinvergüenzas no debieran estar en libertad. A uno le hierve la sangre al pensar en ese…, ese… ¿cómo le hubiera llamado Shakespeare, Jeeves?

—Ese redomado pícaro, miserable y despreciable bellaco, milord.

—Sí. Shakespeare sabía cómo decir las cosas.

—Un mal nacido con cabeza de cucaracha, un orejudo pícaro, un bellaco, un granuja, un devorador de carnes averiadas; un miserable, repugnante, andrajoso…

—Sí, sí, Jeeves, eso es. Uno capta la idea. —Había una cierta agitación en la actitud de Bill—. No se retire, Jeeves. Atice bien el fuego.

—Estamos en junio, milord.

—Lo sé, lo sé, pero me he quedado helado al oír esta espantosa historia. ¿No quiere sentarse, capitán? ¡Ah, ya está usted sentado! Los cigarros, Jeeves. Un cigarro para el capitán Biggar.

El capitán alzó una mano.

—No, gracias. Nunca fumo cuando persigo a una pieza de caza mayor.

—¿Caza mayor? ¡Ah, ya entiendo lo que quiere decir! Se refiere a ese corredor de apuestas. Usted es un Cazador Blanco y ahora está dando caza a corredores blancos —dijo Bill, con una risa torturada—. ¿Bastante bueno, verdad, Rory?

—Buenísimo, muchacho. Me estoy retorciendo de risa. ¿Y ahora puedo ir abajo? Quiero ver la cena del Derby.

—Excelente idea —le aplaudió Bill—. Vayamos todos a ver la cena del Derby. Venga, capitán.

El capitán Biggar no hizo el menor movimiento para seguir a Rory. Se quedó en su asiento, con una cara que parecía más roja que nunca.

—Más tarde, quizá —respondió secamente—. De momento, me gustaría tener unas palabras con usted, lord Rowcester.

—Ciertamente, ciertamente, ciertamente, ciertamente, ciertamente —dijo Bill, aunque no jovialmente—. Usted quédese, Jeeves. Hay mucho que hacer aquí. Limpie un cenicero o algo por el estilo. Déle un cigarro al capitán Biggar.

—El caballero ya ha declinado la oferta de un cigarro hecha por su señoría.

—Es verdad, es verdad. ¡Bien, bien! —exclamó Bill—. ¡Bien, bien, bien, bien, bien! —Encendió uno él, con una mano que temblaba como un diapasón—. Sigamos hablando de ese corredor de apuestas, capitán.

El capitán guardó un momentáneo y sombrío silencio, del cual salió para expresar la sincera esperanza de que algún día pudiera darse el gustazo de ver el color de las entrañas del individuo en cuestión.

—Y ojalá —añadió— pudiera encontrar a esa rata en Kuala Lumpur.

—¿Kuala Lumpur?

Como siempre, Jeeves supo demostrar su utilidad.

—Una localidad en las posesiones de los Estrechos, milord, una colonia de la corona británica en las Indias Orientales y que incluye Malaca, Penang y la provincia de Wellesley, primero establecida como dependencia separada de la corona británica en 1853 y colocada bajo el mando del gobernador general de la India. En 1887, las islas Cocos o Keeling fueron adscritas a la colonia, en 1889 se hizo lo mismo con la isla de Navidad. El señor Somerset Maugham ha escrito profundamente sobre la vida en estos lugares.

—Sí, claro que sí. Ahora lo recuerdo. Tengo entendido que allí se congrega un curioso grupo de pajarracos. El capitán Biggar admitió este punto.

—Un grupo muy curioso de pajarracos. Pero generalmente conseguimos ponerles sal en sus colas. ¿Sabe lo que le ocurre a un moroso en Kuala Lumpur, lord Rowcester?

—No, no creo haberlo oído nunca. No se vaya, Jeeves. Aquí hay un cenicero que le ha pasado por alto. ¿Qué le pasa a un moroso en Kuala Lumpur?

—Le damos al fulano tres días para que pague. Después le visitamos y le entregamos un revólver.

—Eso es todo un detalle por su parte. No hay como fomentar… ¿No querrá decir un revólver cargado?

—Con las seis cámaras cargadas. Miramos con fijeza al miserable, dejamos el revólver sobre la mesa y nos retiramos. Sin pronunciar una sola palabra. Él ya lo entiende.

Bill tragó saliva con cierta dificultad. La tensión de esa conversación empezaba a hacer mella en él.

—Quiere decir que se espera de él que… ¿No es un poco drástico?

Los ojos del capitán Biggar eran tan duros y fríos como huevos para un almuerzo campestre.

—Tal es el código, señor. ¡El código! Es una palabra muy importante entre los hombres que viven en las fronteras del Imperio. Allí, la moral se puede desmoronar con gran rapidez. Bebida, mujeres y deudas de juego que no se pagan, he aquí los

escalones que conducen al fondo —dijo—. Bebida, mujeres y deudas de juego que no se pagan —repitió, ilustrándolo con sacudidas de la mano.

—Y eso último ya es el fondo, ¿verdad? ¿Ha oído eso, Jeeves?

—Sí, milord.

—Muy interesante.

—Sí, milord.

—Ensancha un poco la mente.

—Sí, milord.

—Uno vive y aprende, Jeeves.

—Bien cierto, milord.

El capitán Biggar tomó una nuez de Brasil y la rompió con los dientes.

—Tenemos que dar un ejemplo, como portadores de las responsabilidades del hombre blanco. No podemos permitir que los dayaks nos aventajen en materia de código.

—¿Acaso lo intentan?

—Al dayak que deja de pagar una deuda se le corta la cabeza.

—¿Los otros dayaks?

—Sí, señor, los otros dayaks.

—Bien, bien…

—Y entonces se entrega la cabeza al acreedor principal.

Esto sorprendió a Bill. Posiblemente sorprendió también a Jeeves, pero la de Jeeves era una cara que no registraba fácilmente emociones tales como el asombro. Quienes le conocían bien aseguraban haber visto, en situaciones de estrés, cómo un músculo pequeñísimo en la comisura de su boca registraba una breve y ligera vibración, pero lo normal era que sus facciones conservaran una imperturbabilidad uniforme, como las de un indio piel roja de los que anuncian los estancos.

—¡Cielo santo! —exclamó Bill—. Aquí no podría solventarse así una cuestión como ésta. Por ejemplo, ¿quién decidiría quién era el principal acreedor? Imagine las discusiones que se producirían, ¿no es cierto, Jeeves?

—Indiscutiblemente, milord. El carnicero, el panadero…

—Ello sin mencionar a los anfitriones que hubieran agasajado al dayak los fines de semana, y de cuyas casas se hubiera largado él el lunes por la mañana, olvidando pagar lo perdido en el bridge de la noche del sábado.

—En caso de sobrevivir, ello haría que ese dayak se mostrase mucho más prudente en la subasta del bridge, milord.

—Cierto, Jeeves, cierto. ¿Verdad que sí? ¿Se lo pensaría dos veces antes de probar las llamadas jugadas psíquicas?

—Precisamente, milord. Y sin duda titubearía antes de sacar a su compañero de un doblado peligroso.

El capitán Biggar rompió otra nuez y, en medio del silencio, esta operación sonó como una de aquellas explosiones que causan una mortandad.

—Y ahora —dijo—, con su permiso me gustaría interrumpir el *ghazi havildar* e ir directamente al grano, lord Rowcester. —Hizo una pausa momentánea mientras ordenaba sus pensamientos—. Referente a ese corredor de apuestas.

Bill parpadeó.

—¡Ah, sí, ese corredor! Sé a qué corredor se refiere.

—Por el momento, se me ha escurrido entre las manos, y lamento decirlo, pero tuve la precaución de memorizar la matrícula de su coche.

—¿Sí? Una medida astuta, Jeeves.

—Muy astuta, milord.

—Y después hice indagaciones con la policía. ¿Y sabe lo que me dijeron? Dijeron que el número de la matrícula del coche, lord Rowcester, era el de usted.

Bill le miró estupefacto.

—¿El mío?

—El suyo.

—Pero ¿cómo podía ser el mío?

—Ése es el misterio que tendremos que resolver. Ese Honrado Patch Perkins, como decía llamarse, debió de agenciarse el coche de usted… con o sin su permiso.

—¡Incrédulo!

—Increíble, milord.

—Gracias, Jeeves. ¡Increíble! ¿Cómo iba yo a conocer a un Honrado Patch Perkins?

—¿No le conoce?

—Nunca he oído hablar de él en toda mi vida. Nunca le he puesto la vista encima. ¿Qué aspecto tiene?

—Es alto… más o menos de la talla de usted… y lleva un bigote rojizo y un parche negro sobre su ojo izquierdo.

—No, qué diablos, eso no es posible… ¡Ah, ya comprendo lo que quiere decir! Un parche negro sobre el ojo izquierdo y un bigote rojizo sobre el labio superior. Pensé por un momento…

—Y una americana a cuadros y una corbata carmesí con herraduras azules.

—¡Cielo santo! Debe de ofrecer un aspecto atroz, ¿no cree, Jeeves?

—Ciertamente, muy distante de *soigné*, milord.

—Muy distante de *soigné*. Y a propósito, Jeeves, eso me recuerda una cosa. Bertie Wooster me dijo que en cierta ocasión usted le hizo esa observación, y que ello le dio la idea para una balada que había de titularse «Bajando por el río *soigné*». ¿Sabe si salió algo de todo ello?

—Creo que no, milord.

—Supongo que Bertie no fue capaz de hacerlo, pero, en manos de la persona adecuada, aquí se puede ver un *hit* en el campo de la canción.

—Sin duda, milord.

—Cole Porter probablemente lo haría.

—Es totalmente concebible, milord.

—O bien Oscar Hammerstein.

—Entraría perfectamente en las posibilidades del talento del señor Hammerstein, milord.

No sin cierta impaciencia, el capitán Biggar impuso entonces orden en la reunión.

—¡Al diablo con los *hits* de la canción y todos los Cole Porter! —exclamó con una brusquedad ante la cual Emily Post hubiera fruncido el ceño—. Yo no estoy hablando de Cole Porter; estoy hablando de ese maldito corredor de apuestas que hoy ha utilizado su coche.

Bill meneó la cabeza.

—Mi estimado perseguidor de pumas y otras fieras, dice usted que está hablando de malditos corredores de apuestas, pero omite añadir que está usted hablando sin ton ni son. Bien dicho eso, ¿verdad, Jeeves?

—Sí, milord. Muy bien planteado.

—Evidentemente, lo que ocurrió fue que el amigo Biggar se equivocó de número.

—Sí, milord.

El color rojo de la faz del capitán Biggar se tornó purpúreo. Su orgulloso espíritu había sufrido una afrenta.

—¿Me está usted diciendo que no conozco el número de matrícula de un coche al que he seguido todo el trecho desde Epsom Downs hasta Southmoltonshire? Ese coche fue utilizado hoy por Honrado Patch Perkins y su empleado, y yo le estoy preguntando si usted se lo prestó.

—Mi querido amigo, ¿prestaría yo mi coche a un fulano con chaqueta de cuadros y una corbata carmesí, ello sin mencionar un parche negro y un bigote rojizo? Ello no es…, ¿qué, Jeeves?

—Factible, milord —repuso Jeeves con una tosecilla—. Es posible que la vista del caballero necesite atención médica.

El capitán Biggar se infló visiblemente.

—¿Mi vista? ¿Mi vista? ¿Sabe usted con quién está hablando? Soy Bwana Biggar.

—Lamento que el nombre me resulte extraño, señor. Pero sigo manteniendo que ha cometido usted el perdonable error de no haber leído correctamente el número de la matrícula.

Antes de hablar nuevamente, el capitán Biggar se vio obligado a tragar saliva un par de veces, a fin de recuperar la compostura. También tomó otra nuez.

—Mire —dijo, casi con suavidad—. Cabe que no esté usted al corriente de estas cosas. No ha sido informado de quién es quién y de qué es qué. Yo soy Biggar el Cazador Blanco, el más famoso Cazador Blanco en toda África e Indonesia. Puedo colocarme sin el menor temor en el camino de un rinoceronte lanzado a la carga… ¿y por qué? Porque mi visión ocular es tan soberbia que yo sé…, yo sé que puedo alcanzarle en un punto vulnerable antes de que se me haya acercado a sesenta pasos. Ésa es la clase de vista que yo poseo.

Jeeves mantuvo su férrea posición.

—Temo no poder cambiar mi postura, señor. Concedo que pueda haber adiestrado su visión para el tipo de contingencia que acaba de describir, pero, por más que yo esté escasamente informado sobre el tema de la fauna mayor en el Este, no creo que los rinocerontes estén provistos de números de matrícula.

Parecióle a Bill llegado el momento de verter aceite en aquellas aguas tempestuosas y de pronunciar unas palabras reconfortantes.

—Con respecto a ese corredor de apuestas, capitán, creo poder aportar una nota de esperanza. Concedo que tomó las de Villadiego con lo que fue, al parecer, la celeridad propia de una liebre acosada, pero yo creo que, cuando en el campo florezcan las margaritas, le pagará. Tengo la impresión de que simplemente trata de ganar tiempo.

—Yo le daré tiempo —dijo el capitán, ceñudo—. Procuraré que disponga de él en abundancia. Y cuando haya pagado su deuda con la Sociedad, yo me ocuparé de él personalmente. Es una verdadera lástima que no nos encontremos en Oriente. Allí entienden de estas cosas. Si a uno se le conoce como un buen tirador y el otro es todo lo contrario… bueno, no se hacen demasiadas preguntas.

Bill se estremeció como un cervatillo asustado.

—¿Preguntas acerca de qué?

—«De buena pieza nos hemos librado», es la expresión que viene a resumir la actitud de aquella gente. Cuantos menos haya de esa calaña, tanto mejor para el prestigio anglosajón.

—Supongo que no deja de ser una manera de enfocar las cosas.

—No me importa contarles que en mi fusil hay un par de muescas que nada tienen que ver con búfalos… ni con leones… ni con antílopes… ni con rinocerontes.

—¿Sí? ¿Qué indican, pues?

—Bellacos[3].

—Ah, sí, son esos bichos parecidos a leopardos y que corren como caballos de carreras.

Jeeves se vio obligado a introducir una corrección.

—Son algo más rápidos, milord. Media milla en cuarenta y cinco segundos.

—¡Cielos, es asombroso! Eso es correr, ¿no cree, Jeeves?

—Sí, milord.

—Viene un guepardo y… ya se aleja, podríamos decir. El capitán Biggar emitió un resuello de impaciencia.

—Bellacos, he dicho yo. No estoy hablando de guepardos…, aunque también haya tumbado a unos cuantos.

—¿También?

—También.

—Comprendo —dijo Bill, tragando saliva—. También.

Jeeves tosió discretamente.

—¿Puedo ofrecer una sugerencia, milord?

—Claro que sí, Jeeves. Ofrezca unas cuantas.

—Acaba de pasar una idea por mi mente, milord. Se me ha ocurrido que es muy posible que ese individuo del hipódromo contra el cual el capitán Biggar nutre un justificable rencor, hubiera sustituido su matrícula por otra falsa…

—¡Por Júpiter, Jeeves, ha dado usted en el clavo!

—… y que por una extraña coincidencia hubiese elegido para esa matrícula falsa el número de la del coche de su señoría.

—Exactamente. Ésa es la solución. Es extraño que no pensáramos antes en ella. Eso lo explica todo, ¿verdad, capitán?

El capitán Biggar guardaba silencio. Su entrecejo arrugado indicaba que estaba evaluando la idea.

—Pues claro que sí —prosiguió Bill, alegremente—. Jeeves, su voluminoso cerebro, con su sólida reserva de pescado, ha solucionado lo que sin usted hubiera quedado como uno de esos misterios históricos acerca de los cuales a veces leemos algo. Si llevara puesto un sombrero, me descubriría ante usted.

—Me satisface haber sido útil, milord.

—Siempre lo es, Jeeves, siempre lo es. Eso es lo que le hace merecedor de una estimación tan general.

El capitán Biggar asintió con la cabeza.

—Sí, supongo que bien pudo haber ocurrido así. No parece que haya otra explicación.

—Es bueno aclarar estas cosas —dijo Bill—. ¿Un poco más de oporto, capitán?

—No, gracias.

—Entonces creo que podríamos reunimos con las señoras. Probablemente se estarán preguntando qué diablos ha podido ocurrimos y estén diciendo: «Él no viene», como… ¿como quién, Jeeves?

—Mariana, la de la Granja del Foso, milord. Sus lágrimas caen al anochecer con el rocío; sus lágrimas caen allí donde el rocío se ha secado. No puede contemplar el dulce cielo ni por la mañana ni al caer la tarde.*

—Bueno, no creo que nuestra ausencia les haya afectada tan profundamente. No obstante, sería conveniente… ¿Viene, capitán?

—Antes tendría que hacer una llamada por teléfono.

—Puede hacerla desde la sala de estar.

—Una llamada privada.

—Ah, perfectamente… Jeeves, acompañe al capitán Biggar a sus dominios y muéstrele el teléfono.

—Muy bien, milord.

Una vez a solas, Bill se entretuvo por unos momentos, ya que las prisas por reunirse con las damas en el salón competían con el deseo de apurar otro vasito de oporto a guisa de celebración. Tenía la impresión de que el Honrado Patch Perkins había dejado atrás una fea situación.

El único pensamiento que mitigaba su contento tenía que ver con Jill, pues no estaba muy seguro sobre su posición con respecto a esa estrella polar de su vida. Durante la cena, la señora Spottsworth, sentada a su derecha, se había mostrado más amistosa de cuanto hubieran podido hacer esperar sus más negras aprensiones, y él creía haber detectado en los ojos de Jill una de aquellas miradas frías y pensativas que son lo último que, en cuestión de miradas, desea ver un joven enamorado en los ojos de su adorada.

Afortunadamente, la camaradería de la señora Spottsworth había menguado a medida que transcurría la cena y el capitán Biggar empezaba a monopolizar la conversación. Dejó de hablar de los lejanos días en Cannes y guardó profundo silencio mientras el Cazador Blanco disertaba sobre vastas selvas y solitarios desiertos, y acerca de los caníbales que se comen unos a otros, los antropófagos, y de hombres cuyas cabezas les llegaban a ellos más abajo de los hombros.

Estas explicaciones tocaron la faceta seria de la señora Spottsworth, eliminando por completo el tema Cannes, de modo que nunca hay mal que por bien no venga.

Jeeves regresó y Bill le saludó efusivamente, como al hombre que ha librado una buena pelea.

—Fue un buen chispazo de su cerebro, Jeeves.

—Gracias, milord.

—Alivió considerablemente la situación. ¿No cree que sus sospechas han quedado mitigadas?

—Uno estaría dispuesto a creerlo así, milord.

—Sepa, Jeeves, que incluso en esos tiempos tan alborotados de la posguerra, con la revolución social asomando la nariz en cada esquina y con la Civilización, como diría usted, en un crisol de razas, todavía es una ventaja figurar en letras de molde en el *Debrett's Peerage*.

—Indiscutiblemente, milord. Confiere a un caballero una cierta categoría.

—Exacto. La gente da por sentado que uno es respetable. Tomemos un conde, por ejemplo. Va por ahí y la gente dice: «Ah, un conde», y ya no se fija en nada más. Lo último que se les ocurriría pensar es en la posibilidad de que, en sus momentos de ocio, se ponga parches y bigotes falsos y de pie sobre un cajón de madera, con una chaqueta a cuadros y una corbata con herraduras azules, grite: «¡Cinco a uno la apuesta, primera carrera!».

—Precisamente, milord.

—Una situación satisfactoria.

—Altamente satisfactoria, milord.

—No me importa confesar, Jeeves, que en el día de hoy ha habido momentos en que he tenido la impresión de que sólo me quedaba reconocer que había llegado al final de todo, pero ahora me falta muy poco para ponerme a cantar como los querubines y los serafines. ¿Eran los querubines y los serafines los que cantaban, verdad?

—Sí, milord. Hosanna, principalmente.

—Me siento como un hombre nuevo. La desagradable sensación de haberme tragado un puñado de mariposas, que me asaltó cuando se encendieron las luces rojas, redoblaron los tambores y aquel Cazador Blanco disparó desde su foso junto a mi hombro, ha desaparecido por completo.

—Me alegra mucho oírlo, milord.

—Sabía que sería así, Jeeves, lo sabía. La compasión y la comprensión son dos de sus virtudes. Y ahora —dijo Bill—, voy a reunirme con las señoras en el salón y aliviar a las pobrecillas de tanto suspense.

IX

Al llegar a la sala de estar, descubrió que el número de damas disponible para acoger su compañía había quedado reducido a una, que, leyendo de izquierda a derecha, era Jill. Estaba sentada en el sofá, sosteniendo una taza de café vacía y mirando ante ella con aquellos ojos que a veces se describen como no videntes. Su aspecto era el de la muchacha que está cavilando acerca de algo, una muchacha a la que recientes acontecimientos le han dado buena base para pensar.

—¡Hola, cariño! —exclamó Bill, con la animación del marinero náufrago al avistar una vela.

Después de aquella agotadora sesión en el comedor, prácticamente todo lo que no fuese el capitán Biggar le hubiera parecido agradable, y el aspecto de ella lo era muy en particular.

Jill levantó la vista.

—Ah, hola —dijo.

Parecióle a Bill que su porte era más bien reservado, pero siguió hablando con la misma exuberancia.

—¿Dónde se han metido todos?

—Rory y Moke están en la biblioteca, viendo la cena del Derby.

—¿Y la señora Spottsworth?

—Rosie —contestó Jill con una voz monótona— ha ido a la capilla en ruinas. Creo que espera cambiar unas palabras con el espectro de lady Agatha.

Bill se sobresaltó. También tragó algo de saliva.

—¿Rosie?

—Creo que así la llamas tú, ¿no es verdad?

—Pues… sí.

—Y ella te llama a ti Billiken. ¿Es una amistad muy antigua?

—No, no, la conocí muy por encima un verano, en Cannes.

—Por lo que le he oído decir a ella durante la cena, acerca de paseos en coche a la luz de la luna y baños en el Edén Roe, he obtenido la impresión de que habíais intimado bastante.

—¡Cielos, no! Ella no era más que una conocida, y además meramente casual.

—Comprendo. Reinó un silencio.

—Me pregunto si recuerdas —dijo Jill, rompiéndolo por fin— lo que yo decía esta noche antes de cenar acerca de las personas que no se ocultan cosas unas a otras, si es que piensan casarse.

—Pues sí… sí…, lo recuerdo.

—Estábamos de acuerdo en que era la única manera.

—Sí… sí, eso es. Lo estábamos.

—Yo te hablé de Percy, ¿verdad? Y de Charles y Squiffy y Tom y Blotto —prosiguió Jill, mencionando otras figuras idílicas del ya extinto pasado—. Jamás soñé en ocultar el hecho de que había estado prometida antes de conocerte a ti. Por tanto, ¿por qué me ocultaste tú la existencia de esa Spottsworth?

Bill tuvo la impresión de que, por tratarse de un excelente joven que no deseaba dañar a nadie y que siempre procuraba hacer lo debido, en aquel día de verano el Hado le estaba tratando bastante mal. El fulano —Shakespeare era de suponer, aunque tendría que consultarlo con Jeeves— que había hablado de las hondas y las saetas de la extravagante fortuna, había conocido bien el paño. Hondas y saetas describían perfectamente la situación.

—¡Yo no te oculté la existencia de esa Spottsworth! —gritó con apasionamiento —. Simplemente no acudió a mi mente. A fe mía que cuando uno está sentado con la chica a la que ama, sosteniendo su manita y susurrándole palabras dulces al oído, no puede llevar súbitamente la conversación a un tema del todo diferente y decir: «Ah, a propósito, conocí hace unos años en Cannes a una mujer sobre la cual me gustaría hablar ahora un poco. Voy a contarte lo de aquella vez en que fuimos en coche hasta Saint-Tropez».

—A la luz de la luna.

—¿Fue culpa mía que hubiese luna? Nadie me consultó. Y en cuanto a bañarse en el Edén Roc, hablas como si ese maldito Edén Roc sólo lo hubiéramos poblado nosotros, sin ningún otro ser humano a la vista. Y no fue así, sino todo lo contrario. Cada vez que nos bañábamos, el agua estaba llena de grandes duques exiliados y de matronas de la más rígida respetabilidad.

—Sin embargo, sigue pareciéndome extraño que no la mencionaras nunca.

—Pues a mí no.

—A mí sí. Y creo que es todavía más extraño que, cuando Jeeves te dijo esta tarde que venía una tal señora Spottsworth, tú contestaras tan sólo: «Oh, ah», o algo por el estilo y fingieras no haber oído antes el nombre. ¿No hubiera sido lo más natural decir: «¿La señora Spottsworth? ¡Vaya, vaya, vaya, a ver si resultará ser la mujer con la que tuve un mero conocimiento casual en Cannes, hace un par de años! ¿No te he hablado nunca de ella, Jill? Solía pasear con ella en coche a la luz de la luna, aunque, claro está, de un modo muy distante»?

Fue la ocasión para Bill.

—¡No! —bramó—. No hubiera sido lo más natural decir: «¿La señora Spottsworth? Vaya, vaya, vaya…», etcétera, y te diré el porqué. Cuando yo la conocí… por encima, tal como he dicho, que es como se conoce a la gente en lugares como Cannes… su nombre era Bessemer.

—¿Sí?

—Precisamente. Una be seguida por una e con una ese y otra ese, otra e con una

eme y una e, y por último una ere. Bessemer. Todavía ignoro de dónde ha salido eso de Spottsworth.

Entró Jeeves. El deber le pedía aproximadamente a esta hora retirar las tazas de café y el deber nunca pedía nada en vano a ese gran hombre.

Su llegada rompió lo que podríamos llamar el encanto. Jill, que tenía algo más que decir acerca del tema, se contuvo y, levantándose, se dirigió a la ventana cristalera.

—Bien, yo tengo que ponerme en marcha —anunció, hablando todavía sin tono alguno.

Bill se sobresaltó.

—¿No te irás ya?

—Sólo voy a casa para recoger unas cuantas cosas. Moke me ha pedido que me quede aquí esta noche.

—¡Entonces que el cielo bendiga a Moke! ¡Premio para la mujer inteligente!

—¿Te agrada la idea de que yo me quede a pasar la noche aquí?

—Me entusiasma.

—¿Estás seguro de que no interfiero en nada?

—¿Qué demonios estás diciendo? ¿Quieres que vaya contigo?

—Claro que no. Se supone que tú eres el anfitrión.

Salió y Bill, que la vio marcharse con una mirada de afecto, se quedó de pronto petrificado. Como una bomba de acción retardada, las palabras: «¿Estás seguro de que no interfiero en nada?» acababan de hacer impacto en él. ¿Habían sido meras palabras, o habían contenido un siniestro significado?

—Las mujeres son extrañas, Jeeves —dijo.

—Sí, milord.

—Y no digamos peculiares. ¿Verdad que no es posible saber lo que quieren decir cuando dicen algo?

—Muy rara vez, milord.

Bill meditó por unos instantes.

—¿Estaba usted observando a la señorita Wyvern cuando se ha largado?

—No con especial atención, milord.

—¿Cree que su actitud era rara?

—No podría decírselo, milord. Me estaba concentrando en las tazas de café.

Bill volvió a su meditación. Tanta incertidumbre estaba haciendo mella en sus nervios. «¿Estás seguro de que no interfiero en nada?» ¿Había existido un ominoso retintín en su voz al pronunciar estas palabras? Todo giraba alrededor de este punto. Si no hubo retintín, magnífico. Pero si lo hubo, las cosas ya no tenían tan buen aspecto. La pregunta, más el retintín, sólo podía indicar que su razonada explicación de la secuencia Spottsworth-Cannes no había conseguido el resultado esperado y que

ella todavía alimentaba sospechas, por más indignas de ella que éstas pudieran ser.

La irritabilidad que los hombres de bien notan en tales ocasiones le invadió de pies a cabeza. ¿De qué servía ser tan puro como la nieve recién caída, o tal vez más puro, si las chicas habían de acosarle a uno con retintines?

—Todo el problema con las mujeres, Jeeves —dijo, y el filósofo Schopenhauer le hubiera dado unas palmadas en la espalda y le hubiera dicho que sabía exactamente cómo se sentía—, es que prácticamente todas ellas están majaretas. Fíjese en la señora Spottsworth. Loca de atar. Acechando en una capilla ruinosa, con la esperanza de vera lady Agatha.

—¿De veras, milord? ¿A la señora Spottsworth le interesan los espectros?

—Se los come vivos. ¿Y es ésta una conducta equilibrada?

—Es frecuente que la investigación psíquica atraiga al otro sexo, milord. Mi tía Emily…

Bill le lanzó una mirada que era una señal de peligro.

—¿Recuerda lo que dije acerca de Plinio el Joven, Jeeves?

—Sí, milord.

—Ello es aplicable también a su tía Emily.

—Muy bien, milord.

—No me interesa su tía Emily.

—Lo comprendo, milord. Durante su larga existencia interesó a muy pocas personas.

—¿Ya no está con nosotros?

—No, milord.

—Bien, algo es algo —concedió Bill.

Jeeves flotó fuera de la habitación y Bill se acomodó en una butaca. Pensaba de nuevo en aquella frase críptica, y ahora su talante había adquirido un cariz totalmente pesimista. Ya no era cuestión de si hubo retintín o no lo hubo. Estaba virtualmente cierto de que las palabras «¿Estás seguro de que no interfiero en nada?» habían sido pronunciadas entre dientes apretados y acompañadas por una mirada de infinito significado. Habían sido las palabras de una joven dispuesta a producir una desagradable ruptura.

Bill se pasaba las manos por el cabello con un gesto febril, cuando entró Mónica, procedente de la biblioteca. Había encontrado a los participantes en la cena del Derby algo extensos en su verborrea. Rory seguía bebiendo todas sus palabras, pero ella necesitaba un intermedio.

Miró con asombro cómo su hermano se mesaba los cabellos.

—Cielos, Bill, ¿a qué viene esta desesperación? ¿Qué ocurre?

Bill la miró de modo muy poco fraternal.

—¡No ocurre nada, maldita sea mi estampa! ¡Nada, nada, nada, nada, nada!

Mónica alzó las cejas.

—Bueno, tampoco es necesario encresparse así. Hacía tan sólo de hermana compasiva.

Con un duro esfuerzo, Bill recuperó la caballerosidad de los Rowcester.

—Lo siento, Moke, hermanita. Tengo jaqueca.

—¡Mi pobre corderito!

—Se me pasará en seguida.

—Lo que necesitas es un poco de aire fresco.

—Tal vez sí.

—Y una compañía agradable. Mamá Spottsworth está en las ruinas de la capilla. Plántate allí y charla un rato con ella.

—¿Qué?

Mónica adoptó un tono apaciguador.

—Anda, no te pongas difícil, Bill. Sabes tan bien como yo lo importante que es contentarla en todo momento. Un poco de diligencia por tu parte, ahora, puede significar la venta de la casa. La idea en general consistía en que, además de mis argumentos comerciales, tú hicieras algún aparte con ella y recurrieras a tu encanto. ¿Has olvidado lo que dijiste acerca de ser como el macho de la tórtola arrullando a su pareja? Pues ponte en seguida en marcha y arrulla como no has arrullado nunca.

Por un largo momento pareció como si Bill, llegadas sus frágiles fuerzas al límite de su resistencia, estuviera a punto de padecer algo así como una combustión espontánea. Sus ojos se desorbitaron, su cara se sonrojó y candentes palabras temblaron en sus labios. Después, de pronto, como si la Razón hubiera intervenido con un suave «Vamos, vamos», bajó la vista y sus mejillas recuperaron poco a poco su tonalidad normal. Había visto que la sugerencia de Mónica era buena y sensata.

En el torbellino de los acontecimientos recientes, la cuestión vitalmente urgente de conseguir la venta de su hogar ancestral había quedado relegada al fondo de la mente de Bill, pero ahora resurgía como lo que era, el único salvavidas existente que flotaba en el mar de problemas en el que se hallaba sumergido. Agarrarse a él significaba la salvación. Cuando uno vende casas, recordó, uno cobra anticipos, pagados en metálico. Semejante depósito sería suficiente para ahuyentar la amenaza de Biggar, y si el único medio de conseguirlo era buscar a Rosalinda Spottsworth y arrullar, iría y arrullaría.

Simultáneamente, se le ocurrió el pensamiento tranquilizador de que si Jill había ido a su casa para proveerse de cosas para pasar la noche, pasaría al menos media hora antes de que volviera, y en media hora un hombre decidido puede arrullar lo suyo.

—Moke —dijo—. Tienes razón. Mi lugar está a su lado.

Salió apresuradamente y un momento después apareció Rory en la puerta de la

biblioteca.

—Oye, Moke —dijo—, ¿tú hablas el español?

—No lo sé. No lo he intentado nunca. ¿Por qué?

—Hay un español o un argentino, o uno de por allí que nos habla de su caballo en su lengua nativa. Probablemente no dirá nada del otro mundo, pero de todos modos me agradaría conocer sus puntos de vista. ¿Dónde está Bill? ¿No irás a decirme que todavía está allí con el Cargante Hombre Blanco?

—No. Hace un momento estaba aquí, pero ha ido a charlar con la señora Spottsworth.

—Quiero conferenciar contigo acerca del bueno de Bill —anunció Rory—. ¿Estamos solos y nadie nos observa?

—A no ser que alguien se haya escondido en esa cómoda. ¿Qué pasa con Bill?

—Le ocurre algo, muchacha, y tiene que ver con ese Biggar. ¿Observaste a Bill durante la cena?

—No en particular. ¿Qué hacía? ¿Comer guisantes con el cuchillo?

—No, pero cada vez que captaba la mirada de Biggar temblaba como una de esas Ouled Nai'l especializadas en la danza del vientre. Por algún motivo, Biggar le afecta de mala manera. ¿Por qué? Esto es lo que yo quiero saber. ¿Quién es ese hombre misterioso? ¿Por qué ha venido aquí? ¿Qué hay entre él y Bill que obliga a éste a sobresaltarse, estremecerse y temblar cada vez que le mira? Esto a mí no me gusta nada, querida. Cuando te casaste conmigo, nunca dijiste nada acerca de extraños arrebatos en la familia, y juzgo haber sido tratado mezquinamente. Quiero decir que es un poco fuerte eso de correr con todas las contrariedades y gastos que supone conquistar a la chica amada, sólo para descubrir poco después de la luna de miel que uno es el cuñado de un tipo que padece el mal de San Vito.

Mónica reflexionó.

—Bien pensado —dijo—, recuerdo que, cuando le dije que había venido un capitán Biggar, pareció algo trastornado. Vuelvo a ver claramente una palidez verdosa y una mandíbula inferior colgante. Y ahora he entrado aquí y le he encontrado mesándose los cabellos. Estoy de acuerdo contigo. La cosa es siniestra.

—Y yo te diré algo más —añadió Rory—. Cuando salí del comedor para ir a ver la cena del Derby, Bill se disponía a ir también. «¿Qué le parece?», le dijo a Biggar, y éste, con cara muy solemne, contestó: «Más tarde, quizás. De momento, me gustaría tener unas palabras con usted, lord Rowcester». Con una voz fría y metálica, como un magistrado dispuesto a multarte con cinco libras por haberle robado el casco a un policía la noche de las regatas. Y Bill se atragantó como un ternerillo atropellado y contestó: «Sí, claro, claro», o algo muy parecido. Está bien claro que ese Biggar tiene algo sobre el pobre Bill.

—Pero ¿qué puede tener?

—Ésa es también la pregunta que me he hecho yo, vieja compinche de alegrías y pesares, y creo tener la solución. ¿Recuerdas aquellas historias que leíamos en nuestra adolescencia? El *Strand Magazine* solía publicarlas en abundancia.

—¿Qué historias?

—Aquellas historias del ojo del ídolo. Aquellas en las que una pandilla va a la India para robar la enorme gema que es el ojo del ídolo. Consiguen la joya, pero despojan a uno de la banda de su parte en el botín, con lo que él, como es lógico, se enfada de mala manera y años más tarde pesca a los otros compinches, uno por uno, en sus respetables mansiones inglesas, y los elimina a todos, a fin de desquitarse. Fíjate en lo que te digo: al bueno de Bill le está acosando ese Bigger porque le dejó sin su parte en los ingresos procedentes del ojo verde del pequeño dios amarillo en el templo de Vishnú, y mucho me sorprenderá que al bajar mañana para desayunar no le encontremos bañado en su propia sangre, con una daga de diseño oriental clavada en la rabadilla.

—¡Burro!

—¿Te refieres a mí?

—Sí, y lo repito. Bill nunca ha estado más al este de Frinton.

—Estuvo en Cannes.

—¿Está en el este Cannes? Nunca lo sé. Pero, desde luego, jamás se ha acercado tan siquiera a un ojo de ídolo indio.

—Eso no se me había ocurrido —confesó Rory—. Sí, admito que eso debilita hasta cierto punto mi argumento. —Caviló intensamente por unos instantes—. ¡Aja! ¡Ahora lo tengo! Lo veo todo. La hostilidad entre Bill y Biggar se debe al bebé.

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Qué bebé?

—El de Bill, trabajando en estrecha colaboración con la hija de Biggar, la niña del ojo de su padre, una pobre e imprudente chiquilla que amó, no sensatamente pero sí con sinceridad. Y si te dispones a decirme que hoy todas las chicas son sensatas, yo te contestaré: «No la que se educó en la escuela misionera de Squalor Lumpit». En esas escuelas misioneras explican los hechos de la vida contándoles a los críos lo de las abejas y las flores, hasta que las pobres bestezuelas ya no saben qué es cada cosa.

—Por todos los cielos, Rory.

—Fíjate en cómo funciona todo con el carácter inevitable de la tragedia griega, o lo que fuese y que resultase tan asquerosamente inevitable. La chica llega a Inglaterra, sin madre para orientarla, conoce a un apuesto joven inglés… ¿y qué ocurre? El primer desliz. El remordimiento… demasiado tarde. El pequeño fardo. La violenta entrevista con el padre. El padre hecho una fiera. Lanza unos cuantos juramentos en algún dialecto de los nativos, enfunda su rifle para matar elefantes y le hace una visita el pobre Bill. «¡Caramba!», como probablemente está diciendo en este momento aquel español en la pantalla del televisor. No obstante, no hay motivo para

preocuparse. No creo que él pueda obligarle a casarse con ella. Todo lo que Bill tendrá que hacer será ocuparse de la educación de su retoño. Mandarlo a la escuela y cosas por el estilo. Si es un chico, a Eton. Si es chica, a Roedean.

—Cheltenham.

—Sí, claro. Había olvidado que tú eras una antigua cheltoniana. Pero ahora surge otra pregunta: ¿hay que decirle todo esto a la joven Jill? No me parecería justo permitirle que se case incautamente con un libertino tan fenomenal como William, conde de Rowcester.

—¡No quiero que le llames a Bill libertino fenomenal!

—Es tal como lo describiríamos en Harrige's.

—De hecho, es probable que estés totalmente equivocado con Bill y Biggar. Ya sé que el pobre chico está muy nervioso, pero lo más seguro es que eso nada tenga que ver con el capitán Biggar. Se debe a que está en vilo, preguntándose si la señora Spottsworth comprará o no la casa. Y a propósito de ello, Rory, cabezota, ¿no puedes hacer nada para ayudar a cerrar el negocio, en vez de dedicarte a meter palos en las ruedas?

—No capto tu orientación.

—Seguiré insistiendo. Desde que llegó la señora Spottsworth, no has hecho más que señalar los defectos de Rowcester Abbey. Sé constructivo.

—¿En qué sentido, reina mía?

—Pues haz que se fije en alguna de las cosas buenas que hay en el lugar.

Rory asintió obedientemente, pero con aire de duda.

—Haré cuanto pueda —repuso—, pero tendré muy poca materia prima con la que trabajar. Y ahora, muchacha, como es de suponer que aquel español se habrá callado ya, unámonos de nuevo a los comensales del Derby. Por alguna razón u otra (el porqué lo ignoro) me hace cierto tilín un animal llamado *Oratorio*.

X

La señora Spottsworth había abandonado la capilla en ruinas. Tras unos veinticinco minutos de vigilancia, se había cansado de esperar que lady Agatha se manifestara. Como muchas mujeres muy ricas, tendía a mostrarse impaciente y a exigir servicios rápidos. Cuando deseaba espectros, quería que se los sirvieran en el acto. Al volver al jardín, había encontrado un banco rústico y se había sentado en él para fumar un cigarrillo y disfrutar de la belleza de la noche.

Era una de aquellas noches espléndidas que se dan de vez en cuando en un junio inglés, mitigando los rigores del verano isleño y obligando a los fabricantes de impermeables y paraguas a preguntarse, intranquilos, si se equivocaron al suponer que Inglaterra era un paraíso terrenal para los hombres de su profesión.

Una luna de plata cabalgaba en el cielo y desde el oeste soplaba una leve brisa que traía consigo el conmovedor aroma del ganado y de las plantas de tabaco. Tímidas criaturas nocturnas merodeaban entre las matas a su lado y, para completar las cosas, en algún lugar del bosque, más allá del río, un ruiseñor había empezado a cantar con todo el potente celo del pájaro consciente de haber sido objeto de la alabanza del poeta Keats y, sólo un par de noches antes, haber ocupado un lugar estelar en el programa de la BBC.

Era una noche hecha para la aventura romántica y la señora Spottsworth la reconoció como tal. Aunque en sus días de *vers libre* en Greenwich Village había tratado casi exclusivamente temas de austeridad e incluso pobreza, ya entonces había sido en el fondo de su corazón una sentimental. Por su propio albedrío, ella habría producido un material rico en lunas, junios, amores, tórtolas, deseos y besos. Pero lo que ocurría era que los directores de las revistas de poesía parecían tener preferencia por desvanes poblados por las ratas, olores de col en la cocina y desesperación general, y una chica bien tenía que comer.

Poseedora ahora de una solidez financiera que podía envidiarle cualquier mujer en América, y libre de la necesidad de doblegarse ante los gustos de los directores de revistas, se sentía capaz de reunir los restos de su personalidad romántica y, sentada en el banco rústico, contemplando la luna y escuchando al ruiseñor, un estilista como el difunto Gustave Flaubert, incansable en su búsqueda del *mot juste*, no hubiera titubeado en calificar su talante como blandamente sentimental.

Y a esta nota sentimental había contribuido ampliamente la conversación del capitán Biggar a lo largo de la cena. Hemos dado ya alguna indicación acerca de su tendencia, al decir que versó libremente sobre jefes caníbales y cazadores de cabezas lanzadores de dardos, y que pasó de cazadores de cabezas a cocodrilos, y su efecto sobre la señora Spottsworth había sido muy similar al de las reminiscencias de Otelo acerca de Desdémona. En resumen, mucho antes de haber comido la última fresa y de

haber consumido la postrera nuez, estaba ya convencida de que aquel era el compañero para ella y resuelta a no regatear esfuerzos en cuanto a llevar adelante la cosa. En la cuestión de casarse otra vez, tanto A. B. Spottsworth como Clifton Bessemer le habían dado luz verde, y por consiguiente no había ningún obstáculo en su camino.

Sin embargo, parecía como si hubiese uno en el camino que conducía al banco rústico, pues en aquel momento flotó hasta ella, a través de la noche silente, el ruido de un hombre fuerte al tropezar con una maceta. Fue seguido por unas cuantas observaciones contundentes en swahili, y el capitán Biggar apareció, cojeando y frotándose la espinilla.

La señora Spottsworth fue toda ella femenina conmiseración.

—¡Vaya! ¿Se ha hecho daño, capitán?

—Un mero arañazo, estimada señora —le aseguró él.

Habló con tono retador y sólo alguien como un Sherlock Holmes o un Monsieur Poirot hubiera podido adivinar que, al oír el sonido de la voz de ella, su alma había pegado un doble salto mortal, dejándole un temblor casi tan intenso como el de Bill Rowcester.

Concluida su conversación telefónica, el Cazador Blanco había decidido prudentemente evitar el salón y encaminarse directamente hacia los grandes espacios abiertos, donde pudiera estar solo. Había razonado que unirse a las damas equivalía a someterse a la atroz tortura de tener que sentarse y contemplar a la mujer a la que adoraba, proceso que no haría sino destacar el hecho de cuan inalcanzable era ella. Reconoció en su propia persona la desventajosa posición de la mariposa nocturna que en el célebre poema de Shelley se deja atraer por una estrella, y le pareció que la acción más inteligente que podía emprender una mariposa nocturna consistía en minimizar el ansia esquivando la proximidad del objeto de su adoración. Era —pensó— lo que Shelley hubiera aconsejado.

Y aquí estaba ahora, solo con ella en la noche, una noche completa con claro de luna, ruiseñores, brisas suaves y los aromas del ganado y la planta del tabaco.

Fue un tenso y nervioso capitán Biggar, un capitán Biggar que se decía a sí mismo que debía ser fuerte, quien aceptó la invitación para reunirse con ella en el banco rústico. Las voces de Tubby Frobisher y del Subahdar parecían resonar en sus oídos. «Barbilla levantada, muchacho», decía Tubby junto a su oído derecho. «Recuerda el código», decía el Subahdar en su oído izquierdo.

Se preparó para el inminente *téte-á-téte*.

La señora Spottsworth, conversadora por naturaleza, comenzó diciendo que hacía una noche hermosa, a lo cual el capitán replicó: «Es el no va más». «La luna», dijo la señora Spottsworth, señalándola y añadiendo que siempre había pensado que una noche con luna llena era mucho más agradable que la noche en que no había luna

llena. «Ya lo creo», asintió el capitán. Y seguidamente, tras haber especulado la señora Spottsworth acerca de la posibilidad de que la brisa les estuviera susurrando nanas a las flores dormidas, y haber lamentado el capitán su incapacidad para informarla sobre este punto, ya que él era forastero en aquellos parajes, reinó el silencio.

Fue roto por la señora Spottsworth, al soltar un gritito de disgusto.

—¡Vaya!

—¿Qué ocurre?

—Se me ha caído un colgante. El cierre está tan flojo… El capitán Biggar supo comprender su emoción.

—Malo —comentó—. Debe de estar en el suelo, en alguna parte. Echaré un vistazo.

—Se lo agradeceré. No es una pieza valiosa (no creo que costara más de diez mil dólares), pero tiene un interés sentimental. Me lo regalo uno de mis maridos, nunca recuerdo cuál. Oh, ¿lo ha encontrado? Muchísimas gracias. ¿Quiere ponérmelo?

Al hacerlo, los dedos, así como los músculos de la espalda y el estómago del capitán, temblaron. Es casi imposible colocar un colgante en el cuello de su propietaria sin tocar ese cuello en algún que otro lugar y él tocó el de su interlocutora en varios. Y cada vez que lo hacía, parecía como si algo le atravesara a semejanza de un cuchillo. Era como si la luna, el ruiseñor, la brisa, el ganado y las plantas de tabaco le pidieran que cubriera de ardientes besos el cuello de ella.

Sólo Tubby Frobisher y el Subahdar le contuvieron, formando un sólido bloque opositor.

—¡Siempre recto, muchacho! —dijo Tubby Frobisher.

—Recuerda que eres un hombre blanco —dijo el Subahdar. Apretó los puños y fue él mismo otra vez.

—Debe de ser agradable —comentó, recuperando su arrogancia— tener tanto dinero como para creer que diez mil dólares no son nada sobre lo cual merezca la pena hablar.

La señora Spottsworth se sintió como la actriz a la que ceden la palabra.

—¿Usted cree que las mujeres ricas son felices, capitán Biggar?

El capitán repuso que todas aquellas a las que él había conocido —y en su cargo de Cazador Blanco había conocido a no pocas de ellas— le habían parecido más que satisfechas.

—Llevaban puesta la máscara.

—¿Cómo?

—Sonreían para ocultar el dolor latente en sus corazones —explicó la señora Spottsworth.

El capitán explicó que recordaba a una de ellas, una rubia alta y llamada Fish,

bailando el cancán una noche sólo con su ropa interior, y la señora Spottsworth dijo que, sin la menor duda, ella sólo trataba de mostrarle al mundo una fachada valerosa.

—Las mujeres ricas están tan solas, capitán Biggar…

—¿Usted está sola?

—Muy, pero que muy sola.

—Oh, ah —dijo el capitán.

No fue lo que él hubiera deseado decir. Él hubiera preferido exponer su alma en un torrente de palabras apasionadas, pero ¿qué podía hacer, con Tubby Frobisher y el Subahdar vigilando todos sus movimientos?

La mujer que ha asegurado a un hombre a la luz de la luna, con ruiseñores cantando desesperadamente en segundo término, que se siente muy, pero que muy sola, y que ha recibido como respuesta un «Oh, ah», difícilmente puede ser criticada por sentir un momentáneo desaliento. La señora Spottsworth había tenido un gran perro de caza de temperamento letárgico, al que sólo se le podía inducir a efectuar su salida nocturna mediante una serie de rápidos puntapiés. Ahora, ella comenzaba a sentir lo mismo que había sentido cuando su pie chocaba con la parte posterior de aquel lánguido animal. La misma y deprimente sensación de tratar en vano de mover una masa inmóvil. Amaba al Cazador Blanco. Le admiraba. Pero cuando una se disponía a prender en él la chispa de la pasión, se encontraba con una dura tarea entre manos. Y en un momento de amargura se dijo que había conocido ostras en su cascarón que contenían en su interior algo más del divino fuego.

No obstante, perseveró.

—Es extraño que nos hayamos encontrado de nuevo así —dijo suavemente.

—Muy extraño.

—Nos separaba más de medio mundo, y coincidimos en una posada inglesa.

—Es toda una coincidencia.

—Una coincidencia, no. Estaba predestinado. ¿Quiere que le diga lo que le llevó a usted a aquella posada?

—Quería una cerveza.

—El hado —dijo la señora Spottsworth—. El destino. ¿Cómo dice?

—Sólo decía que, a propósito de ello, no hay cerveza como la cerveza inglesa.

—El mismo Hado, el mismo Destino —continuó la señora Spottsworth, que en otros momentos hubiera combatido enérgicamente esta aseveración, pues juzgaba la cerveza inglesa como imbebible— que nos reunió en Kenia. ¿Recuerda el día en que nos conocimos en Kenia?

El capitán Biggar se retorció. Era como preguntarle a Juana de Arco si por casualidad recordaba el día en que tuvo aquella visión celestial.

—¿Qué os parece esto, muchachos? —inquirió silenciosamente, mirando implorante de derecha a izquierda—. ¿No podríais aflojar un poco?

Pero Tubby Frobisher y el Subahdar denegaron con la cabeza.

—El código, amigo —dijo Tubby Frobisher.

—Has de seguir el juego, chico —dijo el Subahdar.

—¿Lo recuerda? —insistió la señora Spottsworth.

—Ya lo creo —contestó el capitán Biggar.

—Yo tuve la extraña sensación, cuando le vi aquel día, de que nos habíamos conocido en alguna existencia anterior.

—Algo improbable, ¿no le parece? La señora Spottsworth cerró los ojos.

—Me pareció vernos a los dos en una oscura edad prehistórica, íbamos vestidos con pieles. Usted me golpeó en la cabeza con su garrote y me arrastró por los pelos hasta su cueva.

—¡Oh, no, a fe mía que yo no haría una cosa como ésa!

La señora Spottsworth abrió los ojos y, dándoles su máxima abertura, permitió que explorasen los de él como si fuesen reflectores.

—Lo hizo porque me amaba —dijo, en un suave murmullo vibrante—. Y yo…

Se interrumpió. Una silueta alta y esbelta se acababa de perfilar contra el cielo y una voz, en la que tal vez había un rastro de nerviosismo, decía: «Hola, hola, hola, hola…».

—Te he estado buscando en todas partes, Rosie —dijo Bill—. Al descubrir que no estabas en la capilla en ruinas… ¡Ah, hola, capitán!

—Hola —repuso el capitán sombríamente, y se alejó.

Perdido entre las sombras, unos pasos más allá en el camino, se detuvo y se enjugó las gotas de sudor que se habían formado en su frente.

Respiraba pesadamente, como un búfalo en la época de celo. La cosa había estado muy cerca, pero que muy cerca de producirse. De haberse retrasado esa interrupción tan sólo otro minuto, sabía que habría pecado contra el código y dado el paso irrevocable que hubiera hecho de su nombre una mofa y una palabra a evitar en el Club Anglo-Malayo de Kuala Lumpur. Un muerto de hambre con unas pocas libras en su cuenta bancaria había propuesto matrimonio a una mujer poseedora de millones.

Con el transcurrir del tiempo, se había sentido cada vez más inseguro sobre sus pies, cada vez más sordos sus oídos ante las advertencias que le murmuraban Tubby Frobisher y el Subahdar. Habría podido resistir los ojos de ella, y lo mismo cabía decir de su voz y de la piel que tanto le había agradado tocar. Pero al tratarse de ojos, voz, piel, luz de la luna, suaves brisas del oeste y ruiseñores, la mezcla era demasiado rica.

Sí, pensó mientras se encontraba allí, agitado como un mar de decorado teatral, se había salvado, y cualquiera hubiera supuesto que su emoción predominante había de ser una ferviente gratitud al Hado o al Destino por su rápida acción, pero

curiosamente no era así. El primer espasmo de alivio se había extinguido con rapidez, para ser seguido por una creciente sensación de náusea. Y lo que causaba esta náusea era el hecho de que, por encontrarse todavía relativamente cerca del banco rústico, podía oír lo que estaba diciendo Bill. Y Bill, después de sentarse junto a la señora Spottsworth, había empezado a arrullar.

Demasiado poco es lo que se ha dicho en esta crónica acerca de las habilidades del noveno conde Rowcester en este sentido. Cuando le oímos prometer a su hermana Mónica que se pondría en contacto con la señora Spottsworth y que la arrullaría como una tórtola, probablemente formamos en nuestras mentes la imagen de una de aquellas tórtolas más bien corrientes cuyo arrullo, aunque adecuado, en realidad no vale gran cosa. Mejor hubiéramos hecho imaginando algo más bien semejante a una tórtola de calidad estelar, a la que pudiéramos denominar la Tórtola Suprema. Joven limitado en varios aspectos, cuando se hallaba en forma, mediada la temporada, Bill Rowcester podía alcanzar grandes alturas en lo referente al arrullo y dejar a su audiencia, por poco impresionable que fuera ésta, literalmente boquiabierta.

Estas alturas las tocaba ahora, puesto que el pensamiento de que esa mujer tuviera el poder de quitarle de las manos aquella carga inútil y onerosa, estabilizando con ello su posición y permitiéndole liquidar honorablemente las obligaciones del Honrado Patch Perkins, le prestaba una elocuencia que no había conseguido desde las fiestas de mayo en Cambridge. Las palabras dulces brotaron de sus labios como si fueran un sirope.

Al capitán Biggar no le agradaban los siropes y tampoco le gustaba pensar que la mujer a la que él amaba se viera sometida a tanta zalamería. Por unos momentos acarició la idea de plantarse allí y romper la columna vertebral de Bill por tres lugares, pero una vez más sus aspiraciones se vieron bloqueadas por el código. Había comido la carne de Bill y bebido los vinos de Bill —ambas cosas excelentes, en especial el pato asado— y eso hacía que aquel fulano se pudiera considerar inmune a todo ataque. Pues cuando un fulano ha aceptado la hospitalidad de otro fulano, un fulano no puede romperle el espinazo a ese fulano, por más que el fulano lo tenga merecido. El código es rígido en este punto.

Goza de la libertad, sin embargo, de clasificar mentalmente al fulano en cuestión como un vil cazador de fortunas, hijo de lo que ustedes quieran, y así clasificó el capitán Biggar a Bill mientras se encaminaba de nuevo hacia la casa. Y así fue, sustancialmente, como lo describió ante Jill cuando, al atravesar la puerta-ventana, encontró a la joven cruzando la sala de estar, camino de ir a depositar sus cosas en su dormitorio.

—¡Cielos! —exclamó Jill, intrigada por su aspecto—. Parece usted muy disgustado, capitán Biggar. ¿Qué ocurre? ¿Acaso le ha mordido un cocodrilo?

Antes de proceder a una explicación, el capitán quiso aclarar este punto.

—No hay cocodrilos en Inglaterra —dijo—. Excepto, claro está, en los zoos. No, lo que ocurre es que algo me ha revuelto el interior hasta lo más profundo de las entrañas.

—¿Un wombat?

De nuevo el capitán se vio obligado a corregir el malentendido de ella, no sin pensar que se trataba de una chica extrañamente ignorante.

—Tampoco hay wombats en Inglaterra. Lo que me ha revuelto el interior hasta lo más profundo de mis entrañas ha sido escuchar a un aristócrata inglés, un vil cazador de fortunas, ejecutando su número —explicó con amargura—. Lord Rowcester se hace llamar él, pero yo le llamo lord Gigoló.

Jill experimentó tan fuerte sobresalto que dejó caer su maletín.

—Permítame —dijo el capitán, apresurándose a recogerlo.

—No lo entiendo —dijo Jill—. ¿Insinúa que lord Rowcester…? Una de las reglas del código es la de que un hombre blanco debe resguardar a las mujeres, y especialmente a las muchachas jóvenes e inocentes, de las facetas desagradables de la vida, pero el capitán Biggar estaba demasiado acalorado para pensar ahora en eso. Parecíase a Otelo, no sólo en su afición a las vastas cavidades y los despoblados desiertos, sino también por su tendencia, en momentos de tensión, a dejarse invadir por una extrema perplejidad.

—Le estaba diciendo palabras amorosas a la señora Spottsworth, a la luz de la luna —explicó sucintamente.

—¿Cómo?

—Yo mismo le he oído. La estaba arrullando como una tórtola. Va detrás de su dinero, claro. Esos aristócratas decadentes de nuestro país son todos ellos lo mismo. Basta con que una mujer se dé a conocer como una viuda rica en cualquier lugar de Inglaterra, y salen todos los duques, condes y vizcondes, aullando como lobos. Ratas, los llamaríamos en Kuala Lumpur. Debería oír a Tubby Frobisher hablar de ellos en el club. Recuerdo que un día les decía a Doc y a Squiffy (si no recuerdo mal, el Subahdar no estaba presente, tal vez estuviera de viaje): «Doc», dijo…

Probablemente iba a ser una historia extraordinariamente buena, pero el capitán Biggar no la continuó porque vio que su audiencia se batía en retirada. Jill había dado una brusca media vuelta y atravesaba la puerta. Observó que llevaba gacha la cabeza y pensó que ello era muy adecuado después de una revelación de aquel calibre. Cualquier buena chica había de sentirse anonadada por tan asombroso *exposé* de las debilidades morales de la aristocracia británica.

Sentóse y tomó el diario vespertino, pero lo arrojó lejos de sí, reprimiendo una exclamación, cuando las palabras *Madre de Whistler* bailaron ante sus ojos desde la primera página. No deseaba que le recordaran a *Madre de Whistler*. Pensaba sombríamente en el Honrado Patch Perkins y se preguntaba con anhelo si el Destino

(o el Hado) volvería alguna vez a juntar sus caminos, cuando Jeeves entró flotando, y simultáneamente Rory hizo lo mismo desde la biblioteca.

—Ah, Jeeves —dijo Rory—, ¿quiere traerme un botellón de una bebida potente? Estoy sediento.

Con un respetuoso movimiento de la cabeza, Jeeves indicó la bandeja de la que era portador, cargada con todo lo debido, y Rory le acompañó hasta la mesa, relamiéndose los labios.

—¿Algo para usted, capitán? —preguntó.

—Whisky, si me hace el favor —respondió el capitán Biggar, que, después de aquella odisea en el jardín bañado por la luz de la luna, necesitaba un tonificante.

—¿Whisky? Muy bien. ¿Y para usted, señora Spottsworth? —dijo Rory, al aparecer esta dama en la puerta-ventana, acompañada por Bill.

—Nada, muchas gracias, sir Roderick. En una noche como ésta, me basta la luz de la luna. La luz de la luna y tu maravilloso jardín, Billiken.

—Yo le contaré algo acerca de ese jardín —dijo Rory—. En los meses de verano…

Se interrumpió al aparecer Mónica en la puerta de la biblioteca, y la visión de ella no sólo atajó sus observaciones sobre el jardín, sino que además le recordó el ruego de ésta en el sentido de que alabara el dichoso lugar ante la Spottsworth. Y al mirar a su alrededor en busca de algo que pudiera ser alabado en el dichoso lugar, sus ojos se posaron en el arca de novia colocada en la esquina y recordó los comentarios laudatorios que en el pasado había oído acerca de ella. Pareciōle que podía constituir un buen *point d'appui*.

—Sí —prosiguió—, el jardín es fantástico, y además no se puede olvidar que Rowcester Abbey, aunque un tanto deteriorada y a punto de reventar por las costuras, contiene más de un *objet d'art* calculado para que el conocedor pegue un brinco y diga: «¿Qué es esto?». Échele un vistazo a esa arca de novia, señora Spottsworth.

—La admiré apenas entré aquí. Es preciosa.

—Sí, es bonita, ¿verdad? —dijo Mónica, dirigiendo a su esposo una mirada de aprobación conyugal. No era frecuente que Rory diera tales muestras de casi humana inteligencia—. Duveen solía rogar que se le permitiera comprarla, pero esto es, desde luego, una herencia inalienable y no es posible venderla.

—Va con la casa —añadió Rory.

—Está llena de maravillosas ropas antiguas.

—Que también van con la casa —dijo Rory, en lo cual probablemente erraba pero seguía mostrando su celo.

—¿Le gustaría verlas? —preguntó Mónica, avanzando la mano hacia la tapa.

Bill profirió un grito de agonía.

—¡No están aquí!

—Claro que están. Siempre han estado. Y sé que a Rosalinda le encantará verlas.

—¡Ya lo creo!

—Hay una historia muy romántica relacionada con este mueble, Rosalinda. El lord Rowcester de aquella época (hace siglos) no permitía que su hija se casara con el hombre al que ella amaba, un famoso explorador y descubridor.

—Al viejo le caían mal los descubridores —explicó Rory—. Temía que llegaran a descubrir América. Ja, ja, ja, ja, ja. Oh, usted perdone.

—El enamorado envió su arca a la chica, llena de valiosos bordados que él se había traído de sus viajes a Oriente, y su padre no dejaba que se la quedase. Dijo incluso al enamorado que se la llevara. Así lo hizo el joven, y dentro del arca estaba, desde luego, su novia. Sabiendo lo que iba a ocurrir, se había escondido en ella.

»Y la parte divertida de la historia es que el viejo siguió al chico hasta las puertas de la casa, gritando: "¡Saca de aquí ese maldito trasto!".

La señora Spottsworth se manifestó encantada.

—Es una historia deliciosa. Ábrela, Mónica.

—En seguida. No está cerrada.

Bill se hundió en su butaca, anonadado.

—¡Jeeves!

—¿Milord?

—¡Brandy!

—Muy bien, milord.

—¡Por todos los cielos! —exclamó Mónica.

Contemplaba con los ojos desorbitados una americana a cuadros, de dibujo chillón, y una corbata tan carmesí y tan llena de herraduras azules que Rory meneó la cabeza con aire de censura.

—Por favor, Bill, supongo que no irás a decirme que te paseas por ahí con una chaqueta como ésta… Tendrías todo el aspecto de un corredor de apuestas dado a la fuga. ¿Y la corbata? ¡La corbata! ¡Válgame el cielo! Vale la pena que pases por Harrige's y veas al encargado de nuestro departamento de artículos para caballeros. Hay venta de oportunidades.

El capitán Biggar dio un paso adelante. Había en su rostro ceñudo una expresión tensa, dura incluso.

—Déjenme que vea esto.

Alzó la americana, palpó un bolsillo y extrajo un parche negro—. ¡Ajá! —exclamó con una voz pletórica de significados.

Rory escuchaba junto a la puerta de la biblioteca.

—Un momento —dijo—. Alguien habla en francés. Debe de ser Boussac. No quiero perderme a Boussac. Ven, Moke. Esta chica —explicó Rory, rodeándole un hombro con un brazo afectuoso— habla el francés por los codos. ¿Viene usted,

señora Spottsworth? Dan la cena del Derby por televisión.

—Tal vez más tarde —contestó la señora Spottsworth—. He dejado a Pomona en el jardín y es posible que se sienta muy sola.

—¿Y usted, capitán?

El capitán Biggar denegó con la cabeza. Su rostro estaba más ceñudo que nunca.

—Antes quiero cambiar unas palabras con lord Rowcester. ¿Podrá concederme unos minutos, lord Rowcester?

—Pues claro —respondió Bill con voz débil.

Jeeves volvió con el brandy, y Bill se lanzó hacia él como *Madre de Whistler* hacia el último poste.

XI

Pero en realidad el brandy, administrado en uno de aquellos vasitos reservados para después de la cena, nunca puede hacer nada constructivo para un hombre cuyos asuntos han llegado al punto de darle la ilusión momentánea de haber sido golpeado, allí donde la espalda pierde su nombre, por toda la Twentieth Century Limited. Una barrica o un tonel de aquel líquido tal vez hubiese permitido a Bill hacer frente a la entrevista con una animosa sonrisa, pero el mero sorbo que se le concedió le dejó tan pálido y flojo como si hubiera sido zarzaparrilla. Mientras miraba al capitán Biggar a través de una especie de niebla, se parecía muchísimo al tipo de hombre para el que la policía tiende trampas, como preparación antes de proceder a interrogarle sobre el reciente robo con tirón en la joyería Bon Tom, propiedad de Marks y Schoenstein, en la Octava Avenida. Su cara había adquirido el matiz de la parte inferior de un pescado muerto, y Jeeves, mientras le miraba con respetuosa conmiseración, deseó que fuera posible devolver un par de rosas a sus mejillas citándole un par de buenos fragmentos que habían acudido a su mente, procedentes de las *Obras Completas de Marco Aurelio*.

Incluso visto a través de una neblina, el capitán Biggar ofrecía un espectáculo que bien hubiera podido intimidar al hombre más valiente. Parecíale a Bill como si sus ojos lanzaran largas y retorcidas llamaradas, y la razón de que se le llamara Cazador Blanco a un hombre con una cara tan roja como aquella era algo que quedaba más allá de los límites de su comprensión. Una fuerte emoción había intensificado, como siempre, el bermellón de la faz del capitán, confiriéndole algo de la apariencia de un superviviente de una explosión en una planta envasadora de tomates.

Y tampoco el timbre de su voz, cuando habló, era el apto para mitigar cualquier aprensión que su aspecto pudiera haber inspirado. Era la voz de un hombre que sólo necesitaba un poco de comprensión y estímulo para inducirle a sacar un revólver y empezar a disparar con él.

—¡Ajá! —dijo.

No hay buenas respuestas para la palabra «¡Ajá!», en particular cuando es proferida en el tono de voz que acabamos de describir, y Bill no intentó encontrar una.

—¿Conque usted es el Honrado Patch Perkins?

Jeeves intervino, esmerándose como era usual en él.

—Pues bien, sí y no, señor.

—¿Qué quiere decir con eso de sí y no? ¿No es éste el parche del maldito? —gritó el capitán, blandiendo la Prueba A—. ¿No es esto el bigote rojizo del canalla? —preguntó, exhibiendo la Prueba B—. ¿Y cree que yo no reconozco esa chaqueta y esa corbata?

—Lo que yo intentaba manifestar con la expresión «sí y no», señor, era el hecho de que su señoría se ha retirado del negocio.

—Y no me extraña. Lástima que no lo hiciera antes.

—Sí, señor. Oh, Yago, qué gran lástima, Yago.

—¿Cómo?

—Citaba al Cisne del Avon, señor.

—Pues deje ya de citar al maldito Cisne del Avon.

—Ciertamente, señor, si usted así lo desea.

Bill había recuperado sus facultades hasta cierto punto. Decir que ahora se sentía fresco como una rosa sería una exageración, pero al menos era capaz de hablar.

—Capitán Biggar —dijo—, le debo a usted una explicación.

—Me debe usted tres mil cinco libras con dos chelines y medio —replicó el capitán, fríamente correctivo.

Eso redujo a Bill nuevamente al silencio y el capitán aprovechó este hecho para dirigirle epítetos derogatorios.

Jeeves asumió la tarea de la defensa, ya que Bill todavía se tambaleaba bajo el impacto del undécimo epíteto.

—Es imposible disimular el hecho de que, dadas las circunstancias, su emoción es comprensible, señor, ya que cualquiera estaría dispuesto a admitir que las recientes actividades de su señoría son de tal naturaleza que se prestan a una crítica adversa. Sin embargo, ¿cabe culpar justamente a su señoría de lo ocurrido?

Esta pregunta le pareció al capitán muy fácil de contestar.

—Sí —dijo.

—Observará que he empleado el adverbio «justamente», señor. Su señoría llegó a Epsom Downs esta tarde con las mejores intenciones y con un capital adecuado para hacer frente a cualquier contingencia razonable. Difícilmente podía esperarse de él que previera que dos animales tan parcamente favorecidos como *Lucy Glitters* y *Madre de Whistler* salieran victoriosos en sus respectivas pruebas de velocidad. Su señoría no es clarividente.

—Hubiera podido negarse a aceptar las apuestas.

—Aquí coincido con usted, señor. *Rem acu tetigisti*.

—¿Eh?

—Una expresión en latín que podría traducirse al inglés mediante el coloquialismo americano: «Has dado en el clavo». Yo le rogué a su señoría que así lo hiciera.

—¿Usted?

—Yo oficiaba como dependiente de su señoría.

El capitán le miró con fijeza.

—¿Era usted el tipo del mostacho rosado?

—Precisamente, señor, aunque yo preferiría describirlo como castaño antes que como rosado.

El capitán pareció animarse.

—¿O sea que usted era su empleado? Pues entonces, cuando él vaya a la cárcel, usted irá con él.

—Esperemos que no haya un final tan penoso, señor.

—¿Qué quiere decir con eso del final «penoso»? —quiso saber el capitán Biggar.

Hubo una pausa muy desagradable, que al final rompió el capitán.

—Bien, vayamos otra vez al grano —dijo—. No tiene ningún sentido perder el tiempo. De hecho, yo debería cargarle a ese cara de oveja, ese lamentable producto de los infiernos…

—Su nombre es lord Rowcester, señor.

—No, no lo es. Es Patch Perkins. De hecho, Perkins, viscoso reptil, debería cargarle la gasolina consumida en mi viaje hasta aquí desde Epsom, las reparaciones en mi coche, que no se hubiera averiado si yo no lo hubiera tenido que forzar tanto al procurar atraparle a usted… y —añadió, asaltado por una nueva idea— las dos cervezas que tomé en El Ganso y el Pepinillo mientras esperaba que efectuaran esas reparaciones. Pero no soy tan cerdo. Me conformo con las tres mil cinco libras con dos chelines y seis peniques. Extiéndame un cheque.

Bill se pasó una mano febril por los cabellos.

—¿Cómo voy a extenderle un cheque?

El capitán Biggar hizo chasquear la lengua, impaciente ante tanta irresolución.

—Tiene usted una pluma, ¿verdad? Y supongo que habrá tinta en la casa, ¿no? ¿Verdad que es usted un hombre fuerte y joven, en plena posesión del uso de su mano derecha? ¿Nada de parálisis? ¿Ningún reuma en las articulaciones? Y si —prosiguió, haciendo una concesión— lo que le preocupa es el hecho de haber terminado el papel secante, eso no importa. Yo mismo soplaré en él.

Jeeves acudió en ayuda de su joven amo, que todavía se daba masaje en lo alto de la cabeza.

—Lo que su señoría trata de expresar en palabras, señor, es que si bien, como usted dice con tanta razón, goza de competencia física para extender un cheque por valor de tres mil cinco libras dos chelines y seis peniques, ese cheque, una vez presentado en su banco, no sería satisfecho.

—Exactamente —intervino Bill, muy satisfecho de este lúcido planteamiento—. Rebotaría como un derviche saltador y volvería aquí como una paloma mensajera.

—Dos imágenes muy acertadas, milord.

—No tengo ni dónde caerme muerto.

—Fondos suficientes es la expresión técnica, milord. Su señoría, si se me permite emplear el argot, señor, no tiene ni cinco.

El capitán Biggar le miró estupefacto.

—¿Quiere decir que es el propietario de un lugar como éste, todo un palacio diría yo, y no puede extender un cheque por tres mil libras? Jeeves asumió todo el peso de la explicación.

—En estos días, una casa como Rowcester Abbey no es un activo, señor, sino una carga. Temo que su prolongada residencia en Oriente no le haya permitido ponerse al día en cuanto a las diferentes condiciones que hoy predominan en su país nativo. La legislación socialista ha mermado lamentablemente los recursos de la aristocracia hereditaria de Inglaterra. Vivimos ahora en lo que se conoce como el Estado del Bienestar, lo cual significa (a grandes rasgos) que todo el mundo se halla completamente empobrecido.

Le hubiese parecido increíble a cualquiera de los porteadores nativos, hipopótamos, rinocerontes, pumas, cebras, cocodrilos y búfalos con los que había entrado en contacto en el transcurso de su larga carrera en plena naturaleza, que la vigorosa mandíbula del capitán Biggar pudiera caer como un manojo de espárragos abandonado a sus medios, pero acababa de hacerlo y exactamente de dicha manera. Hubo una nota casi desgarradora en la manera en que sus ojos azules, muy abiertos y llenos de desaliento, registraron los rostros de los dos hombres ante él.

—¿Quiere decir que no puede apoquinar?

—No ha podido decirlo con mayor exactitud, señor. Quien robe la bolsa de su señoría, roba basura.

Perdido su férreo dominio de sí mismo, el capitán Biggar se transformó en un semáforo humano. Hubiera podido ser perfectamente un Cazador Blanco haciendo sus ejercicios físicos diarios.

—Pero yo debo tener ese dinero, y debo tenerlo antes de mañana al mediodía. —Su voz se alzó en lo que en un hombre de menor enjundia hubiera sido un quejido—. Oigan. Me veo obligado a hablarles de algo que es vitalmente secreto, y si le cuentan una sola palabra a alguien les descuartizaré a los dos con mis manos, les convertiré en picadillo y saltaré sobre los restos, calzado con botas de clavos. ¿Ha quedado entendido?

Bill consideró este punto.

—Sí, a mí me parece perfectamente claro. ¿No es así, Jeeves?

—No ofrece lugar a dudas, milord.

—Prosiga, capitán.

El capitán Biggar bajó la voz hasta reducirla a un ronco murmullo.

—¿Recuerdan aquella llamada telefónica que he hecho después de cenar? He hablado con aquellos conocidos míos, los mismos que esta tarde me dieron la doblete vencedora. Bueno, cuando digo «vencedora» —aclaró el capitán Biggar, levantando un tanto la voz—, eso es lo que hubiera sido de no mediar la vil estafa de un

despreciable y vergonzante…

—Sí, sí —se apresuró a decir Bill—. ¿Dice que habló con aquellos conocidos suyos?

—Deseaba saber si todo había quedado resuelto.

—¿Qué había de quedar resuelto?

El capitán Biggar volvió a bajar la voz, tanto esta vez que sus palabras sonaron como gas que se escapara de una tubería.

—Algo se está cociendo. Como dice Shakespeare, tenemos un proyecto de gran importancia.

Jeeves parpadeó.

—«Proyectos de gran fuerza y peso» es la cita exacta, señor.

—Esos hombres tienen una grandiosa oportunidad para el Derby de mañana. Es el informe más colosal en la historia de esta carrera. *Ballymore*, el caballo irlandés. Jeeves enarcó las cejas.

—No muy bien considerado en general, señor.

—Bueno, ¿verdad que a *Lucy Glitters* y *Madre de Whistler* tampoco se les consideraba muy bien en general? Esto es lo que hace que esta operación sea tan estupenda. *Ballymore* es un desconocido por el que pocos apostarán. Nadie sabe nada acerca de él. Se le ha mantenido más oculto que un gato negro en una noche sin luna. Pero yo les diré que ha hecho dos pruebas en secreto en Epsom y que las dos veces batió el récord.

A pesar de su agitación, Bill se permitió un silbido.

—¿Está usted seguro?

—Sin la menor posibilidad de duda. He visto correr el animal con mis propios ojos y es como si fuera un rayo. Sólo se ve una especie de borrosa mancha marrón. Vamos a meter nuestro dinero en el último momento, cuidadosamente distribuido entre una docena de corredores a fin de no alterar el precio. ¡Y ahora —gritó el capitán Biggar, alzando una vez más la voz— va usted y me dice que no dispondré de dinero alguno!

Su dolor impresionó a Bill. Por lo poco que había visto de él, no pensaba que el capitán Biggar fuera un hombre con el que él pudiera constituir una de aquellas hermosas amistades que encontramos en la literatura, como la existente entre Damón y Pitias, David y Jonathan o Swan y Edgar, pero podía comprender su pesar y compadecerle por él.

—Admito que es mala pata —dijo, dirigiendo al exasperado cazador una mirada afectuosa y fraternal, y casi dándole una palmada en el hombro, aunque no llegara a hacerlo—. Esta situación es muy lamentable y no exagero al decir que el espectáculo de su aflicción me hiere como una cuchillada. Pero mucho me temo que lo máximo que pueda hacer yo es una serie de pagos mensuales, que comenzarían, digamos,

dentro de seis semanas.

—Eso no me saca del apuro.

—Ni a mí —dijo Bill con franqueza—. Echará a rodar todo mi presupuesto y me obligará a reducir las necesidades de la vida a un mínimo estricto. Dudo de que pueda permitirme otra comida digna de este nombre hasta 1954. Adiós, un largo adiós… ¿a qué, Jeeves?

—A toda su grandeza, milord. Tal es la condición del hombre: hoy brotan en él las tiernas hojas de las esperanzas, mañana florece y reúne a su alrededor sus ufanos y copiosos honores. El tercer día llega una helada, una helada mortífera, y cuando piensa, buen hombre tranquilo, que con toda seguridad su grandeza está madurando, ella muere ya en sus raíces.

—Gracias, Jeeves.

—De nada, milord. Bill le miró y suspiró.

—Para empezar, sepa que usted tendrá que marcharse. No me será posible pagarle su sueldo.

—Me encantará servir a su señoría sin ningún tipo de emolumento.

—Es todo un gesto por su parte, Jeeves, y yo se lo agradezco. La mejor exhibición de espíritu feudal que haya visto nunca. Sin embargo —preguntó Bill con vehemencia—, ¿cómo podré mantener su dieta de pescado?

El capitán Biggar interrumpió este cortés diálogo. Por unos momentos sus sentimientos se habían estado exacerbando, si exacerbarse es la palabra adecuada para describir a un Cazador Blanco a punto ya de soltar espumarajos por la boca. Dijo algo tan enérgico acerca del pescado de Jeeves que Bill se quedó sin habla y se limitó a mirar con ojos muy abiertos y la sorda consternación del hombre alcanzado de repente por un rayo.

—¡He de tener ese dinero!

—Su señoría ya le ha informado de que, debido a la circunstancia de hallarse fiscalmente incapacitado, eso es imposible.

—¿Y por qué no puede pedirlo prestado?

Bill recuperó el uso de sus cuerdas vocales.

—¿A quién? —inquirió, malhumorado—. Habla usted como si pedir prestado dinero fuese algo tan sencillo como cortar leña.

—El punto que su señoría trata de sentar —explicó Jeeves— es la tendencia casi universal de los caballeros a mostrarse muy poco cooperativos cuando se hace el intento de montar una operación de crédito a sus expensas.

—Especialmente si el sablazo que se les pretende dar es por la más que respetable suma de tres mil cinco libras con dos chelines y medio.

—Precisamente, milord. Frente a estas cifras, se vuelven como la serpiente sorda que ya no atiende a la voz del encantador y nunca más vuelve a mostrar prudente

encantamiento.

—Por lo tanto, queda descartada la estocada en mi círculo social —dijo Bill—. No puede hacerse. Lo siento.

Pareció como si el capitán Biggar estuviera a punto de lanzar llamaradas por la nariz.

—Pues aún lo sentirá más —aseguró— y le diré cuándo. Cuando usted y este valioso dependiente suyo se encuentren en el banquillo del Old Bailey, con el juez mirándoles a través de sus bifocales y yo en la sala haciéndoles muecas. Entonces sí que lo sentirá de veras… entonces y poco después, cuando el juez pronuncie sentencia, acompañada por unas enérgicas observaciones desde su tribuna, y a continuación se los lleven a Wormwood Scrubs para comenzar sus dos años de trabajos forzados, o cualquiera que sea la sentencia.

Bill le miró boquiabierto.

—¡Oiga, por favor! —protestó—. No llegará usted a… ¿a qué, Jeeves?

—A tan terribles extremos, milord.

—¿Verdad que no llegará a tan terribles extremos?

—¡Ya lo creo que sí!

—No desearía un final tan desagradable.

—Lo que uno desea y lo que uno acaba por conseguir son dos cosas diferentes —dijo el capitán Biggar, y salió, rechinando los dientes, para refrescarse un poco en el jardín.

Dejó detrás de sí uno de aquellos silencios a menudo calificados como tensos. Bill fue el primero en hablar.

—Estamos en un buen lío, Jeeves.

—Ciertamente, parece haberse producido una crisis más bien aguda en nuestros asuntos, milord.

—Ese hombre quiere su libra de carne.

—Sí, milord.

—Y nosotros no tenemos carne alguna.

—No, milord. Se trata de una situación de lo más desagradable.

—Ese Biggar es duro de pelar. Parece un gorila con dolor de estómago.

—Hay, quizás, una semejanza con dicho animal, aquejado como sugiere su señoría.

—¿Se fijó en él durante la cena?

—¿A qué aspecto de su actitud durante la misma alude su señoría?

—Estaba pensando en su manera siniestra de atacar el pato asado. Se abalanzó sobre él como un tigre sobre su presa. Me dio la impresión de un hombre sin piedad ni contemplaciones.

—Es, indiscutiblemente, un caballero carente de las emociones más suaves,

milord.

—Hay una palabra que le describe con exactitud. Comienza con una V. No es vaporoso. Ni tampoco vermífugo. Vengativo. Ese tipo es vengativo. Puedo comprender que le duela no conseguir su dinero, pero ¿qué bien le hará arruinarme a mí?

—Indudablemente, obtendrá de ello una cierta y caprichosa satisfacción, milord.

Bill meditó unos instantes.

—Supongo que realmente no hay nadie a quien se le pudiera pedir prestado algo de dinero.

—Nadie que acuda inmediatamente al pensamiento, milord.

—¿Y aquel financiero que vive cerca de Ditchingham… sir Nosécuantos Nosequé?

—¿Sir Oscar Wopple, milord? Se pegó un tiro el viernes pasado.

—Vaya, entonces mejor será no molestarle.

Jeeves tosió brevemente.

—¿Puedo hacer una sugerencia, milord?

—¿Qué es, Jeeves?

Un débil rayo de esperanza había surgido en los ojos sombríos de Bill. Su voz, aunque todavía no fuera posible describirla como animosa, ya no se parecía a la de un cadáver hablando desde su tumba.

—Se me ha ocurrido en un pensamiento fugaz, milord, que si obrase en nuestro poder el billete del capitán Biggar, nuestra posición se estabilizaría notablemente.

Bill meneó negativamente la cabeza.

—No le sigo, Jeeves. ¿Billete? ¿Qué billete? Habla usted como si esto fuese una estación del ferrocarril.

—Me refiero al boleto que, en mi calidad de empleado de su señoría, yo entregué al caballero como comprobante de su apuesta por *Lucy Glitters* y *Madre de Whistler*, milord.

—Ah, ¿se refiere a su billete? —exclamó Bill, al hacérsele la luz.

—Exactamente, milord. Puesto que abandonó el hipódromo tan bruscamente, todavía debe de llevarlo sobre su persona, y es la única prueba existente de que hubo apuesta. Una vez le hayamos despojado de él, su señoría estará en condiciones de efectuar el pago a su antojo.

—Entiendo. Sí, eso estaría muy bien. O sea que le quitamos el comprobante, ¿verdad?

—Sí, milord.

—¿Puedo decir una palabra, Jeeves?

—Desde luego, milord.

—¿Cómo?

—Mediante lo que yo describiría como acción directa, milord.

Bill le miró fijamente. Eso abría una nueva línea de pensamiento.

—¿Echarnos sobre él, quiere decir? ¿Agarrotarle? ¿Hacerle soltar el papelito?

—Su señoría ha interpretado exactamente el significado de mis palabras.

Bill seguía mirándole con los ojos muy abiertos.

—Pero, Jeeves, ¿se ha fijado usted en él? ¿Ha visto aquel pecho abombado, aquellos músculos como cables?

—Admito que el capitán Biggar está bien nutrido, milord, pero nosotros tendríamos la ventaja de la sorpresa. El caballero ha salido al jardín. Cuando vuelva, cabe suponer que lo hará a través de la misma puerta-ventana por la que ha efectuado su salida. Si corro las cortinas, le será necesario entrar pasando entre ellas. Le veremos tratar de apartarlas y, en aquel momento, un seco tirón hará que las cortinas desciendan sobre él, envolviéndole como si fueran una especie de red.

Bill se sintió impresionado.

—¡Por Júpiter, Jeeves! Eso sí que es hablar. ¿Y cree que la cosa funcionará?

—Indiscutiblemente, milord. El método es el mismo del retiarius romano, con cuya técnica su señoría se halla sin duda familiarizado.

—¿Era el fulano que peleaba con red y tridente?

—Precisamente, milord. Por lo tanto, si su señoría lo aprueba…

—Pues claro que lo apruebo.

—Muy bien, milord. Entonces, ahora correré las cortinas y nos apostaremos a cada lado de ellas.

Bill examinó con una profunda satisfacción los preparativos ya completados. Tras un pésimo comienzo, el sol empezaba a atravesar los nubarrones.

—¡Ya está en el saco, Jeeves!

—Una imagen muy apta, milord.

—Si chilla, sofocaremos sus gritos con el… ¿cómo le llaman a esa tela?

—Terciopelo, milord.

—Sofocaremos sus gritos con el terciopelo. Y mientras él se retuerce en el suelo, tendré una oportunidad para darle un buen puntapié allí donde termina la espalda.

—Existe esa atracción adicional, milord. Y es que siempre les esperan bendiciones a las acciones virtuosas, como nos informa el dramaturgo Congrave.

Bill respiró profundamente.

—¿Estuvo en la primera guerra mundial, Jeeves?

—Tuve una cierta intervención en ella, milord.

—Yo todavía no había nacido, pero en la última estuve en los Comandos. ¿Verdad que eso es algo así como esperar la hora cero?

—La sensación presenta una cierta similitud, milord.

—No puede tardar mucho.

—No, milord.

—¡En guardia, Jeeves!

—Sí, milord.

—¿Todo a punto?

—Sí, milord.

—Oigan —dijo el capitán Biggar en su retaguardia inmediata—. Quiero tener unas palabras más con ustedes dos.

Toda una vida de enfrentamiento con las amenazas y peligros que la naturaleza desarrolla con los años, en esos Cazadores Blancos, una especie de sexto sentido que les advierte de los peligros que puedan acecharles. Allí donde el hombre corriente, al encontrarse con una trampa para tigres en plena selva, caería directamente en ella, el Cazador Blanco, salvado por su sexto sentido, la soslaya mediante un rodeo.

Con diabólica astucia, el capitán Biggar, en vez de entrar, como era de esperar, a través de la puerta-ventana, había rodeado la casa y efectuado su entrada por la puerta principal.

XII

Aunque el tiempo real transcurrido desde la partida del capitán Biggar y su regreso había sido de tan sólo cinco minutos, escasamente suficientes para una docena de evoluciones arriba y abajo del césped, haciendo una pausa en el curso de una de ellas para patear con petulancia una rana transeúnte, había sido amplio para sus propósitos. De habérsele preguntado, mientras atravesaba la puerta-ventana: «¿Tiene alguna idea, capitán?», se hubiera visto obligado a contestar: «Ni una sola», pero ahora su vista brillaba y su porte era decidido. Había visto el camino.

En momentos de intenso tumulto espiritual, el cerebro trabaja con rapidez. Una pasión desatada estimula las pequeñas células grises, y aquella penosa escena en el banco rústico, cuando el amor chocó tan desastrosamente con el código que gobierna las acciones de los hombres que viven en las fronteras del Imperio, había excitado las del capitán Biggar hasta el punto de que, si se hubiera radiografiado su cráneo, habría sido posible verlas saltando y danzando como arroz en una sartén. Apenas treinta segundos después de que la rana, frotándose la cabeza, hubiese ido a advertir a las otras ranas que tuvieran cuidado con las bombas atómicas, viose recompensado con lo que reconoció inmediatamente como una inspiración.

Ésta era, en pocas palabras, su posición. Amaba. Bien. Diría todavía más: amaba como un loco. Y a no ser que hubiera interpretado de manera totalmente errónea las palabras de ella, su actitud y la luz de sus ojos, el objeto de su pasión le amaba a él. Una mujer, razonaba, no se molesta en canalizar la conversación hacia aquellos tiempos entrañables en que un fulano solía darle en la cabeza con su garrote y arrastrarla a cuevas, a no ser que pretenda causar una cierta impresión. Verdad era que un par de minutos más tarde ella había estado riéndose y bromeando con aquella espantosa excrecencia llamada Rowcester, pero eso —parecíale ahora después de haber tenido tiempo para enfriarse— había sido meramente la cortesía convencional de un huésped con su anfitrión. Descartó al vil Rowcester como insignificante. Estaba convencido de que, si todo transcurría como era debido, le bastaba con depositar su corazón a sus pies, para que ella lo recogiera.

Hasta aquí, todo muy bien, pero en este punto la cosa empezaba a hacerse más complicada. Ella era rica y él era pobre. Eso era lo malo. Ése era el obstáculo. Eso era lo que vertía la arena en la maquinaria.

El pensamiento que martirizaba su alma y que había conferido vigor adicional al puntapié dirigido a la rana era el de que, a no ser por los deplorables métodos financieros de aquel infame corredor de apuestas llamado Honrado Patch Rowcester, todo hubiera sido más que sencillo. Tres mil libras apostadas por *Ballymore* a tenor de cincuenta a una hubieran significado un ingreso de ciento cincuenta mil, así por las buenas, y seguramente incluso Tubby Frobisher y el Subahdar, por rígidos que fuesen

sus principios, difícilmente podían acusar a un hombre de no jugar con el bate recto si se casaba con una mujer, por rica que fuera, poseyendo él ciento cincuenta mil libras contantes y sonantes.

Gruñó para sus adentros. Una manera de calmar las penas es recordar cosas más felices, y por tanto procedió a torturarse con la remembranza del tacto del cuello de ella bajo sus dedos mientras él le abrochaba el col…

El capitán Biggar lanzó una exclamación breve pero contundente. La profirió en swahili, idioma que siempre acudía con rapidez a sus labios en momentos de emoción, pero su significado era tan claro como lo hubiera sido el «¡Eureka!» de Arquímedes.

¡Su colgante! Sí, ahora lo veía todo tan claro como la luz del día. Ahora podía empezar a enfocar la situación tal como debía ser enfocada.

Dos minutos más tarde se encontró ante la puerta principal. Dos minutos y veinticinco segundos después, hizo acto de presencia en la sala de estar, contemplando las espaldas de Honrado Patch Rowcester y su empleado mientras ambos se encontraban —por alguna absurda razón que sólo ellos conocerían— agazapados junto a las cortinas que habían corrido ante la puerta-ventana.

—¡Oigan! —exclamó—. Quiero tener unas palabras más con ustedes dos.

El efecto de esta observación sobre su audiencia fue inmediato e impresionante. Siempre resulta desconcertante, cuando se espera a un hombre por el noreste, oírle ladrar súbitamente desde el sudoeste, sobre todo si lo hace de tal modo que recuerda la hora del rancho en un hospital para perros, y Bill reanudó sus tembleques y saltitos con la facilidad que consigue una práctica continuada. Incluso Jeeves, si bien sus facciones no perdieron su acostumbrada imperturbabilidad, pareció —si es posible juzgar por el hecho de que su ceja izquierda viró por un momento, como a punto de alzarse— haber experimentado un considerable sobresalto.

—Y no se me quede aquí, con ese aspecto de pato moribundo —dijo el capitán, dirigiéndose a Bill, que, forzoso es admitirlo, estaba ofreciendo una acertada imitación de dicha ave *in articulo mortis*—. Desde la última vez que les vi a ustedes dos, tunantes —prosiguió, sirviéndose otro whisky con soda—, he estado pensando en la situación, y ahora creo haber reunido todos los cabos. De pronto se me ocurrió, con la rapidez del rayo. Me dije: «¡El colgante!».

Bill parpadeó débilmente. Su corazón, que había chocado contra la parte posterior de sus dientes frontales, regresaba lentamente a su base, pero tenía la impresión de que el susto que acababa de recibir le había afectado el oído. Había sonado exactamente como si el capitán hubiera dicho: «¡El colgante!», lo cual, desde luego, no tenía el menor sentido.

—¿El colgante? —repitió, en una prueba a tientas.

—La señora Spottsworth lleva un colgante de brillantes, milord —explicó Jeeves

—. A él alude, sin duda, el caballero.

Era una explicación detallada, pero Bill distó de sentirse convencido.

—¿Usted cree?

—Sí, milord.

—¿Alude a esto, en su opinión?

—Sí, milord.

—Pero ¿por qué alude a ello, Jeeves?

—Cabe imaginar, milord, que ello se dilucidará cuando el caballero haya reanudado sus observaciones.

—¿Cuando siga hablando, quiere decir?

—Precisamente, milord.

—Si usted lo dice… —dijo Bill, con expresión dubitativa—. Pero parece una… ¿cuál es aquella expresión que usted siempre utiliza?

—¿Contingencia remota, milord?

—Eso es. Parece una contingencia muy remota.

El capitán Biggar había estado acumulando su ira en silencio, y ahora habló con no poca aspereza.

—Si ha acabado de barbullar, Patch Rowcester…

—¿Acaso barbullaba?

—Desde luego que barbullaba. Barbullaba como un… como un…, bueno, como una cualquiera de esas malditas cosas que barbullan…

—Algunas veces se describe así a los arroyos, señor —le ayudó Jeeves—. En su bien conocido poema con ese nombre, el llorado lord Tennyson pone las palabras «Oh, arroyo, oh barbullante arroyo» en boca del personaje Edmund, y más tarde describe el arroyuelo hablando por su cuenta y observando: «Charlo sobre pétreos caminos en leves agudos y trémolos, burbujeo en suaves remansos, barbullo sobre los guijarros».

El capitán Biggar frunció el ceño.

—*Ai deng hahp kamoo* para el llorado lord Tennyson —dijo con impaciencia—. Lo que a mí me interesa es ese colgante.

Bill le miró con un asomo de esperanza.

—¿Se dispone a explicar lo del colgante? ¿A arrojar un poco de luz sobre él, como si dijéramos?

—Así es. Vale cerca de tres mil libras y —dijo el capitán Biggar, soltando esta observación como quien no quiere la cosa— usted va a choricearlo, Patch Rowcester.

Bill le miró estupefacto.

—¿Choricearlo?

—Esta misma noche.

Siempre le es difícil al hombre que se siente como si le acabaran de golpear en el

occipucio con un instrumento contundente alzarse en toda su estatura y mirar a alguien con expresión de censura, pero Bill consiguió hacerlo.

—¿Cómo? —gritó, profundamente conmovido—. ¿Usted, un baluarte del Imperio, un hombre que se empeña en ser un ejemplo para los dayaks, me sugiere en serio que robe a uno de mis huéspedes?

—También yo soy uno de sus huéspedes, y bien que me robó.

—Sólo temporalmente.

—Y va usted a robar a la señora Spottsworth sólo temporalmente. No debería haber utilizado la palabra «choricear». Lo único que quiero que haga es tomar prestado ese colgante hasta mañana por la tarde, momento en que será devuelto.

Bill se mesó los cabellos.

—¡Jeeves!

—¿Milord?

—Écheme una mano, Jeeves. Mi cerebro vacila. ¿Le encuentra usted algún sentido a lo que está diciendo este devorador de rinocerontes?

—Sí, milord.

—¿Sí? Entonces es usted mejor hombre que yo, Gunga Din.

—Los procesos mentales del capitán Biggar me parecen razonablemente claros, milord. El caballero necesita urgentemente dinero con el que respaldar al caballo *Ballymore* en el Derby de mañana, y su propuesta, tal como yo la interpreto, es la de que el colgante sea sustraído y empeñado, y el ingreso procedente de esa operación empleado con dicha finalidad. ¿He descrito correctamente su sugerencia, señor?

—Lo ha hecho.

—Es de suponer que, una vez concluida la carrera, el objeto en cuestión sería recuperado, traído de nuevo a la casa, descubierto, posiblemente por mí, en algún lugar donde con toda probabilidad la dama lo hubiese dejado caer, y debidamente restituido a su propietario. ¿Yerro al avanzar esta teoría, señor?

—No yerra.

—Entonces, de poder tener la certeza, sin la menor sombra de duda, de que *Ballymore* ganará…

—Ya lo creo que ganará. Ya les he dicho que batió por dos veces el récord de la carrera.

—¿Y eso es oficial, señor?

—Noticia directa desde el establo.

—Entonces debo confesar, milord, que poca objeción, por no decir ninguna, se le puede oponer a este plan.

Bill meneó la cabeza, sin dejarse convencer.

—Sigo diciendo que es robar.

El capitán Biggar chasqueó la lengua.

—No es nada parecido, y le diré por qué. En cierto modo, podría decirse que en realidad ese colgante era mío.

—Ese colgante era… ¿cuál ha sido la última palabra?

—Mío. Deje que le cuente una breve historia —dijo el capitán Biggar.

Caviló durante unos instantes. Saliendo de su ensueño y al descubrir con un sobresalto que su vaso estaba vacío, volvió a llenarlo. Su actitud era la del hombre que, aunque nada saliera de la transacción comercial que acababa de proponer, intentara salvar algo del naufragio bebiendo la mayor cantidad posible del whisky de su anfitrión. Cuando la bebida refrescante hubo finalizado su viaje a través de la escotilla, se secó los labios con el dorso de la mano y comenzó su historia.

—¿Alguno de ustedes conoce el Long Bar de Shanghai? ¿No? Pues es el Café de la Paix en Oriente. Siempre se ha dicho que, si uno se sienta el tiempo suficiente en la terraza del Café de la Paix en París, puede tener la seguridad de encontrar más tarde o más temprano a todas sus amistades, y lo mismo ocurre con el Long Bar. Hace unos años, hallándome yo en Shanghai, me dejé caer por allí, sin soñar ni por un momento que Tubby Frobisher y el Subahdar pudieran encontrarse a menos de mil millas de aquel lugar, y que reviente si la primera cosa que vi no fueron los dos viejos compinches sentados, tan campantes, en sus taburetes. «Hola, bwana, muchacho», me dijeron cuando me acerqué, y yo contesté: «Hola, Tubby» y «Hola Subahdar, viejo amigo», y Tubby me preguntó: «¿Qué tomarás, chico?», y yo dije: «¿Qué tomáis vosotros, muchachos?», y me contestaron que tomaban *stingahs*, y yo les dije que me parecía muy bien, en vista de lo cual Tubby pidió una ronda de *stingahs* y empezamos a hablar de *chowluangs* y de *nai bahn rot fais*, y de dónde nos habíamos encontrado la última vez y de qué había sido del *poognien* Lampang y todas esas cosas. Y cuando terminamos los *stingahs*, yo dije: «La próxima ronda es la mía. ¿Qué quieres tomar, Tubby, muchacho?», y me contestó que continuaba con los *stingahs*. «¿Y para ti qué, Subahdar, muchacho?», quise saber, y el Subahdar dijo que él también repetiría el *stingah*, en vista de lo cual llamé al camarero y pedí *stingahs* para todos, y, para abreviar la historia, llegaron los *stingahs*: un *stingah* para Tubby, un *stingah* para el Subahdar y un *stingah* para mí. «¡Salud, muchachos!», dijo Tubby. «¡Salud, muchachos!», dijo el Subahdar. «¡Por vosotros, muchachos!», dije yo, y nos bebimos los *stingahs*.

Jeeves tosió. Fue una tos respetuosa, pero firme.

—Perdone, señor.

—¿Eh?

—Me duele interrumpir el caudal de su narrativa, pero ¿conduce esto a alguna parte?

El capitán Biggar se sonrojó. Al hombre que está contando una historia intrigante y bien tramada no le agrada que se le pregunte si ésta conduce a alguna parte.

—¿Que si conduce a alguna parte? ¿Qué quiere decir con eso de si conduce a alguna parte? Claro que conduce a alguna parte. Ahora llego al *quid de* la cosa. Apenas habíamos dado fin a esa segunda ronda de *stingahs*, cuando a través de la puerta, y olfateando el aire como el que espera que de un momento a otro le suelten un puntapié en salva sea la parte, entró aquel tipo con la camisa andrajosa y los pantalones de tela de lo más ordinario.

La introducción de un nuevo e inesperado personaje pilló a Bill por sorpresa.

—¿Qué tipo con la camisa andrajosa y los pantalones de tela de lo más ordinario?

—Ese tipo del que le estoy hablando.

—¿Y quién era?

—Buena pregunta. Yo no tenía la menor idea de quién pudiera ser, y pude ver que Tubby Frobisher tampoco tenía la menor idea de quién pudiera ser. Ni tampoco el Subahdar. Pero se acercó a nosotros y lo primero que dijo, dirigiéndose a mí, fue: «Hola, Bimbo, muchacho», y yo le miré con curiosidad y pregunté: «¿Quién demonios eres, muchacho?», porque nadie me había llamado Bimbo desde que dejé el colegio. Todos me llamaban así en él, Dios sabrá por qué, pero en Oriente siempre se me ha conocido como «Bwana». Y él fue y me dijo: «¿No me reconoces, muchacho? Soy Sycamore, muchacho». Y yo le miré de nuevo, de arriba abajo, y dije: «¿Cómo, muchacho? ¿Sycamore? ¿Sycamore? ¿No serás el Beau Sycamore que estuvo conmigo en el curso militar en Uppingham, muchacho?». Y él me contestó: «El mismo, muchacho. Sólo que ahora soy Hobo Sycamore».

El recuerdo de aquel enojoso encuentro debilitó momentáneamente al capitán Biggar, que se vio obligado a llenar de nuevo su vaso con el whisky de Bill antes de poder continuar.

—Si me hubieran pinchado no me habría salido sangre —dijo, resumiendo—. Aquel Sycamore había sido el tipo más gallardo y marcial que jamás hubiera adornado un curso militar, incluso en un lugar como Uppingham.

Bill seguía ahora con atención la narración.

—Son gallardos, ¿verdad?, los del curso militar en Uppingham.

—Muy gallardos, y ese Sycamore, como he dicho, el más gallardo de todos. Su gallardía era legendaria. Y allí estaba ahora con una camisa andrajosa y unos pantalones de tela basta, sin llevar siquiera una corbata del colegio. —El capitán Biggar suspiró—. Comprendí enseguida lo que debía de haber pasado. Era la vieja historia de siempre. Allí, en Oriente, la moral se puede derrumbar con gran facilidad. Bebida, mujeres y deudas de juego impagadas…

—Sí, sí —dijo Bill—. Se había hundido, ¿verdad?

—Del todo. Era penoso. Aquel tipo no era más que un miserable vagabundo.

—Recuerdo un cuento de Maugham acerca de un tipo así.

—Apuesto a que su amigo Maugham, sea quien sea, nunca se topó con una ruina

como Sycamore. Había tocado fondo y el problema consistía en qué podía hacerse al respecto. Tubby Frobisher y el Subahdar, desde luego, al no haber sido presentados, miraban a otra parte y no tomaban parte en la conversación, de modo que todo recaía sobre mí. Sepan que poca cosa puede hacerse por esos tipos que han permitido que Oriente les mine la moral, excepto darles algo para tomar unas copas, y ya empezaba yo a buscar en mi bolsillo un *bahto* un *tical*, cuando aquel Sycamore extrajo de sus andrajosa camisa algo que me obligó a soltar un respingo. Hasta Tubby Frobisher y el Subahdar, aunque no hubieran sido presentados, tuvieron que dejar de fingir que allí no había nadie y se enderezaron en sus asientos. *«¡Sabaiga!»*, dijo Tubby. *«¡Pom bahoo!»*, dijo el Subahdar. Y no me extraña que se quedaran sorprendidos. Era ese colgante que han visto ustedes esta noche en el cuello… —por unos momentos, al capitán Biggar le falló la voz, pues acababa de recordar el tacto de aquel cuello bajo sus dedos—… en el cuello —prosiguió, recurriendo a todo su coraje— de la señora Spottsworth.

—¡Caray! —exclamó Bill, e incluso Jeeves, a juzgar por el hecho de que el músculo junto a su boca vibró por un instante, pareció considerar que, después de un comienzo más bien lento, la historia había empezado a cobrar ímpetu.

Cabía comprender ahora que toda aquella disertación sobre los *stingahs* había sido meramente el hábil establecimiento de una atmósfera, la preparación del decorado para la gran escena.

—«Supongo que a lo mejor te interesa comprar esto, Bimbo, muchacho», me dijo aquel Sycamore, moviendo la joya para hacerla brillar. Y yo dije: «Que me frían en aceite de oliva, Beau, muchacho, pero ¿de dónde has sacado eso?».

—Es lo que iba a preguntar yo —dijo Bill, todavía estupefacto—. ¿De dónde lo había sacado?

—Sólo Dios lo sabe. No debí habérselo preguntado, pues fue una verdadera grosería. Eso es algo que se aprende muy pronto al este de Suez. No hagas nunca preguntas. Sin duda, detrás de aquello había alguna historia sórdida… robo… posiblemente asesinato. No se lo pregunté. Todo lo que dije entonces fue: «¿Cuánto?», y él nombró un precio mucho más allá de los recursos de mi cartera, y pareció como si todo fuera a quedarse en nada. Pero afortunadamente Tubby Frobisher y el Subahdar —para entonces ya les había presentado— se ofrecieron para contribuir y entre los tres reunimos la cantidad. Y él se retiró, para volver a las lóbregas sombras de las que había salido. Una pena, una verdadera pena. Recuerdo haber visto a ese Sycamore lograr un ciento cuarenta y seis en un partido de criquet del colegio, antes de un pase bajo y demasiado tardío. Un *home* muy discutible, además —explicó el capitán Biggar, y durante un rato guardó silencio, perdidos sus pensamientos en el pasado.

Finalmente, volvió al presente.

—Y eso es todo —dijo, con el aire de quien acaba de explicar un cuento bien tramado.

—Pero ¿cómo se hizo usted con él? —quiso saber Bill.

—¿Eh?

—El colgante. Ha dicho usted que era suyo, pero, tal como lo veo yo, quedó en posesión de un sindicato.

—Ah, bueno, sí, eso no se lo he contado, ¿verdad? Nos lo jugamos a los dados y yo gané. Tubby nunca tuvo suerte con los dados. Y el Subahdar tampoco.

—¿Y cómo lo consiguió la señora Spottsworth?

—Yo se lo di.

—¿Que usted se lo dio?

—¿Por qué no? Aquel trasto a mí no me servía de nada y yo había sido objeto de muchas atenciones por parte de la señora Spottsworth y de su marido. Al pobre hombre lo mató un león y lo que de él quedó fue enviado a Nairobi, y cuando la señora Spottsworth se marchaba del campamento el día siguiente, pensé que sería cortés entregarle un recuerdo, por lo que saqué el colgante y le pregunté si le agradaría tenerlo. Contestó que sí, yo se lo di y ella se marchó con él. Eso es lo que yo quería decir cuando aseguré que bien podía afirmarse que el maldito objeto era en realidad mío —concluyó el capitán Biggar, y procedió a servirse otro whisky.

Bill quedó impresionado.

—Eso arroja una luz muy diferente sobre la situación, Jeeves.

—Muy distinta, milord.

—Después de todo, como dice Papá Biggar, el colgante es prácticamente propiedad suya, y él tan sólo pretende tomarlo prestado por un par de horas.

—Precisamente, milord.

Bill se volvió hacia el capitán. Había tomado su decisión.

—Trato hecho —anunció.

—¿Lo hará?

—Lo intentaré.

—¡Así me gusta!

—Esperemos que salga bien.

—Saldrá perfectamente. El cierre está flojo.

—Me refiero a que espero que no falle nada.

El capitán Biggar desechó abiertamente esta idea. Era todo él alegría y optimismo.

—¿Fallar? ¿Qué iba a poder fallar? Dos tipos inteligentes como ustedes bien pueden pensar en cien maneras distintas de hacerse con ese objeto. Bien —dijo el capitán, terminando su whisky—, voy a salir para hacer mis ejercicios.

—¿A estas horas de la noche?

—Ejercicios respiratorios —explicó el capitán Biggar—. Yoga. Y con él, claro esté, comunión con el Jivatma o alma. Hasta la vista, muchachos.

Corrió las cortinas y cruzó la puerta-ventana.

XIII

Un largo y profundo silencio siguió a su partida. La habitación parecía muy tranquila, como siempre ocurría con las habitaciones cuando el capitán Biggar se ausentaba de ellas. Bill estaba sentado con la barbilla apoyada en su mano, como el *Penseur* de Rodin. Después miró a Jeeves y, tras haberle mirado, meneó la cabeza.

—No, Jeeves —dijo.

—¿Milord?

—Puedo ver en sus ojos aquel brillo feudal, Jeeves. Está usted tirando de la correa, toda disposición a prestarle al joven señor una mano que le ayude. ¿Estoy en lo cierto?

—Ciertamente, estaba pensando, milord, que en vista de nuestra relación entre señor y vasallo era mi deber proporcionar a su señoría toda la asistencia que me fuera posible.

Bill meneó de nuevo la cabeza.

—No, Jeeves, eso queda descartado. Nada me inducirá a permitir que se mezcle usted en una empresa que, de no funcionar las cosas tal como se han planeado, culmine posiblemente en una estancia de cinco años en una de nuestras prisiones más populares. Manejaré este asunto yo solo, y en este punto no admito réplica alguna.

—Pero, milord…

—Nada de réplicas he dicho, Jeeves.

—Muy bien, milord.

—Cuanto requiero yo de usted son sus consejos y recomendaciones. Revisemos la actual situación. Tenemos un colgante con brillantes que, en el momento de ponerse esto en prensa, se encuentra sobre la persona de la señora Spottsworth. La tarea a la que yo me enfrento (y digo yo, Jeeves) consiste en desprender el colgante de esa persona-y largarme con él sin ser observado. ¿Alguna sugerencia?

—El problema presenta indudablemente ciertos puntos de interés, milord.

—Sí, eso lo admito.

—Es de suponer que se descarta todo lo que tenga que ver con la violencia, y que se confía totalmente en el disimulo y la habilidad.

—Ciertamente. Descarte toda idea acerca de que me propongo golpear a la señora Spottsworth en la cocorota con una porra de caucho.

—Entonces yo me inclinaría a decir, milord, que los mejores resultados probablemente se obtendrían con lo que podría denominar la secuencia de la araña.

—No le sigo, Jeeves.

—Permítame que me explique, milord. ¿Su señoría se reunirá con la dama en el jardín?

—Probablemente en un banco rústico.

—Entonces, tal como yo lo veo, milord, las condiciones se adaptarán admirablemente al plan que yo propongo. Si poco después de trabar conversación con la señora Spottsworth, su señoría finge observar la presencia de una araña en los cabellos de ella, la secuencia de la araña seguirá como la noche al día. Nada más natural que su señoría se ofrezca para expulsar el bicho, lo cual permitirá a su señoría operar con los dedos muy cerca del cuello de la dama. Y si el cierre, como nos asegura el capitán Biggar, está flojo, será de lo más sencillo desabrochar el colgante y hacer que caiga al suelo. ¿Me explico con claridad, milord?

—Hasta el momento, no hay dificultad. Pero ¿no lo recogerá ella?

—No, milord, porque en realidad se encontrará en el bolsillo de su señoría. Su señoría organizará una búsqueda a través del césped circundante, pero sin resultado, y finalmente la busca será abandonada hasta el día siguiente. El objeto será descubierto por fin mañana, ya avanzada la tarde.

—¿Después de que Biggar haya regresado?

—Precisamente, milord.

—¿Oculto debajo de un matorral?

—O entre la hierba, a cierta distancia. Habrá rodado.

—¿Ruedan los colgantes?

—Éste lo habrá hecho, milord.

Bill, pensativo, se mordisqueó el labio.

—¿Y ésta es la secuencia de la araña?

—Esta es la secuencia de la araña, milord.

—No es, ni mucho menos, una mala idea.

—Tiene el mérito de la simplicidad, milord. Y si su señoría experimenta alguna inquietud al pensar en actuar en frío, como dice la expresión teatral, yo sugeriría que procediéramos a lo que también en léxico de la escena se llama una rápida revisión.

—¿Un ensayo, quiere decir?

—Precisamente, milord. Permitiría a su señoría perfeccionarse en el texto y la acción. En el barrio neoyorquino de Broadway, donde está centrada la industria teatral de Estados Unidos, tengo entendido que a esto se le llama planchar las chinches.

—Planchar las arañas.

—Ja, ja, milord. Pero permítame decirle que es improcedente perder tan preciosos momentos con chanzas verbales.

—¿El tiempo es esencia?

—Exactamente, milord. ¿Le agradaría a su señoría entrar en escena?

—Sí, creo que sí, si usted dice que eso me va a tranquilizar el sistema nervioso. Me siento como si una *troupe* de pulgas amaestradas practicaran un zapateado a lo largo de mi columna vertebral.

—He oído al señor Wooster quejarse de un malestar parecido en momentos de tensión y dura prueba, milord. Se le pasará.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como su señoría se haya introducido en pleno en su papel. ¿Un banco rústico, ha dicho su señoría?

—Allí estuvo ella la última vez.

—Escena: un banco rústico —murmuró Jeeves—. Tiempo: una noche de verano. En escena, al levantarse el telón, la señora Spottsworth. Entra lord Rowcester. Yo haré de señora Spottsworth, milord. Empezamos con un poco de diálogo para establecer ambiente y a continuación pasamos a la secuencia de la araña. Habla su señoría.

Bill trató de ordenar sus pensamientos.

—Ejem… Dime, Rosie…

—¿Rosie, milord?

—Sí, Rosie, maldita sea mi estampa. ¿Alguna objeción?

—Absolutamente ninguna, milord.

—La conocí en Cannes.

—¿Sí, señor? No lo sabía. ¿Decía usted, milord?

—Dime, Rosie, ¿te dan miedo las arañas?

—¿Por qué lo pregunta su señoría?

—Es que hay un ejemplar de muy respetable tamaño paseándose por tu pescuezo. —Bill pegó un salto de unos quince centímetros en dirección al techo—. ¿Por qué demonios ha hecho eso? —preguntó irritado.

Jeeves conservó su calma.

—Mi razón para gritar, milord, era meramente la de añadir verosimilitud. He supuesto que así es como se inclinaría a reaccionar una dama delicadamente acostumbrada al recibir semejante información.

—Pues ojalá no lo hubiera hecho. He tenido la impresión de que se me abría la cabeza.

—Lo siento, milord. Pero es que así era como veía yo la escena. Lo sentía, lo sentía aquí —dijo Jeeves, con un golpecito en la parte izquierda de su chaleco—. Si su señoría tiene la bondad de darme mi entrada de nuevo…

—Es que hay un ejemplar de muy respetable tamaño paseándose por tu pescuezo.

—Agradecería a su señoría la amabilidad de quitármelo de él.

—Es que no puedo verlo ahora. Ah, ahí está. En tu cuello.

—Y eso —dijo Jeeves, abandonando el sofá en el que se había acomodado en su papel de señora Spottsworth— es la señal para entrar en acción, milord. Su señoría admitirá que en realidad resulta bastante sencillo.

—Supongo que lo es.

—Estoy seguro de que, después de este breve ensayo, las pulgas amaestradas a las que su señoría aludía hace un momento, habrán modificado sustancialmente sus actividades.

—Se han calmado un poco, sí. Pero todavía estoy nervioso.

—Cosa inevitable en vísperas de un estreno, milord. Creo que su señoría debería poner manos a la obra lo antes posible. Si hay que hacer una cosa, mejor hacerla sin tardanza. Nuestras medidas las hemos tomado pensando en un jardín como escenario y resultaría desconcertante que la señora Spottsworth regresara a la casa, obligando con ello a su señoría a adaptar su técnica a un interior.

Bill asintió.

—Lo comprendo perfectamente. De acuerdo, Jeeves. Hasta la vista.

—Hasta la vista, milord.

—Si algo sale mal…

—Nada saldrá mal, milord.

—Pero si sale… ¿Me escribirá de vez en cuando a Dartmoor, Jeeves? ¿Sólo una carta un poco extensa en alguna que otra ocasión, dándome las últimas noticias acerca del mundo exterior?

—Ciertamente, milord.

—Eso me reconfortará mientras rompa mi ración de roca diaria. Según me han dicho, en esas prisiones modernas las condiciones de vida son mucho mejores que en otros tiempos.

—Así lo tengo entendido, milord.

—Tal vez encuentre en Dartmoor como un segundo hogar. Un lugar de sólida comodidad, quiero decir.

—Es perfectamente concebible, milord.

—No obstante, esperemos que no se llegue a ese punto.

—Sí, milord.

—Sí… Está bien, adiós una vez más, Jeeves.

—Adiós, milord.

Bill cuadró los hombros y abandonó la sala con una actitud toda ella gallardía. Había llamado en su ayuda el orgullo de los Rowcester y esto le había animado. Con aquel mismo sereno valor, un Rowcester del siglo XVII había subido al patíbulo en Tower Hill, saludando afablemente al verdugo y dirigiendo más saludos a sus amigos y conocidos entre el público. Cuando llega el momento de la prueba, la sangre siempre se delata.

Llevaba ausente unos pocos momentos cuando entró Jill.

Parecióle a Jeeves que en el transcurso de las últimas horas la prometida de su joven señor había perdido gran parte de la animación que normalmente le confería tanto atractivo, y no se equivocaba. Su reciente entrevista con el capitán Biggar había

dejado a Jill pensativa y con una cierta inclinación a doblar hacia abajo las comisuras de la boca y a mirar con tristeza.

En ese preciso momento miraba con tristeza.

—¿Ha visto a lord Rowcester, Jeeves?

—Su señoría acaba de dirigirse al jardín, señorita.

—¿Dónde están los demás?

—Sir Roderick y la señora se encuentran todavía en la biblioteca, señorita.

—¿Y la señora Spottsworth?

—Se dirigió hacia el jardín poco antes de hacerlo su señoría. Jill se envaró.

—¿Sí? —dijo, y entró en la biblioteca para reunirse con Mónica y Rory.

Las comisuras de su boca descendían más que nunca y su mirada había registrado un aumento en tristeza superior al veinte por ciento. Tenía todo el aspecto de la muchacha que piensa lo peor, y eso era precisamente lo que estaba pensando.

Dos minutos más tarde, irrumpió en la sala el capitán Biggar con una canción en los labios. Al parecer, el yoga y la comunión con el Jivatma o alma le habían sentado muy bien. Le brillaban los ojos y mostraba una actitud alerta. Cuando llega el momento de la acción es cuando estos Cazadores Blancos se muestran en su mejor forma.

—Manos blancas amé junto al Shalimar, ¿dónde estáis, dónde estáis ahora? —cantaba el capitán Biggar—. Yo… ¿cómo diablos es la letra?… Yo me rindo ante vuestro encanto. La, la, la… La, la, la, la. ¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis ahora? Y es que esta mañana ahorcan a Danny Deever —entonó, cambiando de canción.

Vio entonces a Jeeves y suspendió su lamentable actuación.

—Hola —dijo—. *Quai hai*, buen hombre. ¿Cómo van las cosas?

—Las cosas se mantienen en un estado razonablemente satisfactorio, señor.

—¿Dónde está Patch Rowcester?

—Su señoría se encuentra en el jardín, señor.

—¿Con la señora Spottsworth?

—Sí, señor. Poniendo a prueba su sino, dispuesto a vencer o perderlo todo.

—¿Pensó usted en algo, pues?

—Sí, señor. La secuencia de la araña.

—¿La qué?

El capitán Biggar escuchó atentamente mientras Jeeves explicaba la secuencia de la araña, y cuando hubo terminado le dedicó un espléndido cumplido.

—Usted se defendería bien en Oriente, muchacho.

—Es usted extremadamente amable, señor.

—Siempre y cuando este plan sea suyo.

—Lo es, señor.

—Entonces usted es la clase de hombre que necesitamos en Kuala Lumpur.

Necesitamos tipos como usted, tipos que sepan usar sus cerebros. No podemos dejar que los cerebros los pongan los dayaks. Hace que los tíos se crezcan demasiado.

—¿Los dayaks son excepcionalmente inteligentes, señor?

—¿Que si lo son? Déjeme que le cuente una cosa que nos ocurrió a Tubby Frobisher y a mí un día cuando…

Se interrumpió y el mundo se vio privado de otra excelente historia. Bill entraba a través de la puerta-ventana.

En los breves minutos transcurridos desde su partida por aquella misma ventana, se había producido un cambio notable en el noveno conde, que había salido de allí como un joven con animoso espíritu y dispuesto a la aventura. Como hemos indicado, había cuadrado los hombros, pero ahora se combaban como los del que carga con un peso excesivo. Bajo una frente arrugada, sus ojos estaban apagados. Parecía como si el orgullo de los Rowcester hubiera hecho sus maletas y retirado su colaboración. Ya no había en su porte ninguna sugerencia de aquel antepasado del siglo XVII que había infundido un espíritu tan jocoso a su decapitación en Tower Hill. El antepasado al que más se parecía ahora era el que fue sorprendido en 1782 haciendo trampas con los naipes por Charles James Fox, en Wattier's.

—¿Y bien? —gritó el capitán Biggar.

Bill le dirigió una larga, triste y silenciosa mirada, y se volvió hacia Jeeves.

—¡Jeeves!

—¿Milord?

—Aquella secuencia de la araña…

—¿Sí, milord?

—La he intentado.

—¿Sí, milord?

—Y por un momento, ha parecido como si todo fuera bien. He desprendido el colgante.

—¿Sí, milord?

—El capitán Biggar tenía razón. El cierre estaba flojo. Ha cedido. El capitán Biggar profirió una exclamación de satisfacción en swahili.

—Démelo —dijo.

—No lo tengo. Resbaló desde mi mano.

—¿Y cayó?

—Y cayó.

—¿Quiere decir que ahora se encuentra entre la hierba?

—No —contestó Bill, con una expresión sombría—.

No se encuentra entre la condenada hierba. Descendió por la parte delantera del vestido de la señora Spottsworth y ahora se encuentra en alguna parte en las interioridades de su ropa.

XIV

No es frecuente ver a tres hombres de pro fulminados simultáneamente, pero quien hubiera entrado por casualidad en la sala de estar de Rowcester Abbey en aquel momento habría podido presenciar este espectáculo. Decir que el boletín de noticias tuvo un efecto devastador sobre sus oyentes sería minimizar los hechos. El capitán Biggar expresó su preocupación recorriendo la habitación y describiendo molinetes con los brazos, mientras que el hecho de que dos de los pelos de su ceja derecha se estremecieran visiblemente mostró hasta qué punto se sentía impresionado Jeeves. En cuanto a Bill, aplastado finalmente por los golpes del Destino, parecía haber abandonado formalmente la lucha. Derrumbado en un sillón, daba toda la impresión de un ser paralizado por la desesperación. Necesitaba solamente una larga barba blanca para que su semejanza con el rey Lear en una de sus mañanas aciagas fuese completa.

Jeeves fue el primero en hablar.

—Una situación más que inquietante, milord.

—Sí —reconoció hoscamente Bill—. Un contratiempo de órdago, ¿no? ¿No dispone por casualidad de algún veneno asiático poco conocido, Jeeves?

—No, milord.

—Qué lástima —dijo Bill—. Me hubiera servido de él.

El disgusto de su joven señor apenaba a Jeeves, y puesto que siempre había sido de la opinión de que para el humano espíritu lesionado no había calmante como unas palabras de Marco Aurelio, buscó en su cabeza alguna cita adecuada procedente de las obras de este emperador. Y estaba titubeando precisamente entre «Sea lo que sea lo que te ocurra, te estaba predestinado desde siempre», y «A ningún hombre le ocurre nada para soportar lo cual la naturaleza no le haya dotado debidamente», ambas excelentes, cuando el capitán Biggar, que había estado disparando rápidamente una serie de interjecciones en algún dialecto nativo, volvió de pronto al inglés.

—*¡Doi wieng lek!* —gritó—. ¡Ya lo tengo! Que me sirvan en *fricassé* con una guarnición de setas al horno si no veo lo que debe hacer.

Bill alzó la vista, vidriosos los ojos y alicaída su expresión.

—¿Hacer? —repitió—. ¿Yo?

—Sí, usted.

—Lo siento —dijo Bill—. No estoy en condiciones de hacer nada, excepto tal vez expirar, llorado por todos.

El capitán Biggar lanzó un resuello y, una vez lanzado, profirió un «tchah», un «pah» y un «bah».

—*¡Mun py nawn lap lao!* —exclamó con impaciencia—. Sabe bailar, ¿no?

—¿Bailar?

—Preferiblemente el charlestón. Es todo lo que yo le pido: unos cuantos pasos corrientes de charlestón.

Bill se estremeció ligeramente, como un cadáver que se moviera bajo su sudario. La causa fue un agudo espasmo de generosa indignación. Le llenaba lo que, en su opinión, era un justificable resentimiento. Allí estaba él, en pleno naufragio y yéndose a pique por tercera vez, y aquel hombre le invitaba a bailar delante de él, como David bailó ante Saúl. Suponiendo que aquello fuera meramente la parte estrecha de la cuña, uno obtenía la impresión de que al poco tiempo el Cazador Blanco, si se le alentaba, exigiría canzonetas cómicas, números de prestidigitación e imitaciones de figuras famosas del mundo del espectáculo. ¿Qué se había creído aquel individuo?, preguntóse amargamente. ¿Que se encontraba en un teatro de varietés? ¿O tal vez en un concierto de pueblo, para recaudar fondos con destino a la reparación del órgano de la iglesia?

Mientras buscaba palabras con las que expresar tales pensamientos, descubrió que el capitán empezaba a contar otra de sus historias. Al igual que Marco Aurelio, el hijo predilecto de Kuala Lumpur siempre parecía tener oculto en su manga algo a propósito con el tema que se estuviera tratando, cualquiera que pudiera ser este tema. Pero en tanto que el emperador romano, una especie de Bob Hope o de Groucho Marx en versión primitiva, se había contentado con unos comentarios llenos de agudeza, el capitán Biggar prefería la forma narrativa.

—Sí, el charlestón —insistía el capitán Biggar—, y les explicaré por qué. Estoy pensando en el episodio de Tubby Frobisher y la esposa del cónsul griego. Este recuerdo ha acudido de pronto a mí como un rayo de luz desde lo alto.

Hizo una pausa. Una sensación de omisión, de haber dejado algo por hacer, le estaba atormentando. Y entonces vio a qué se debía. El whisky. Avanzó hacia la mesa y llenó su vaso.

—Temo no poder decirles si era Esmirna, Joppa o Estambul el lugar donde Tubby estaba destinado en la época a la que me refiero —aclaró, apurando la mitad del contenido del vaso y regresando con el resto—. Con el paso de los años, uno tiende a olvidar estos detalles. Pudo incluso haberse tratado de Bagdad o de media docena de otros lugares. Admito francamente haberlo olvidado. Pero lo cierto es que se trataba de algún lugar no sé dónde y que una noche asistió a una reunión o una *soirée*, o como quiera que les llamen a aquellos guateques en una de las embajadas. Ya saben a qué me refiero. Mujeres hermosas y hombres decididos, todos ellos vestidos de gala y bailando como poseídos. Y en un determinado momento ocurrió que Tubby se encontró bailando el charlestón con la esposa del cónsul griego como pareja. No sé si alguno de ustedes ha visto alguna vez a Tubby Frobisher bailar el charlestón.

—Ni su señoría ni yo hemos tenido el privilegio de conocer al señor Frobisher, señor —le recordó Jeeves cortésmente.

El capitán Biggar se atiesó.

—El mayor Frobisher, maldición.

—Le ruego que me perdone, señor. El mayor Frobisher. Debido a no haber coincidido nunca con él, la técnica del mayor al ejecutar el charlestón es para nosotros como un libro cerrado.

—Claro. —El capitán Biggar rellenó su vaso—. Pues bien, su técnica, como usted la llama, es vigorosa. No repara en gasto de energías. Es lo que en otros tiempos era conocido como un bailarín consumado. Cuando Tubby Frobisher ha acabado de bailar el charlestón, su pareja tiene toda la impresión de haber participado en una lucha a brazo partido. Y así ocurrió en esta ocasión. Enganchó a la mujer del cónsul griego y le hizo dar saltos aquí y allá, la hizo girar como un trompo y la zarandeó de un lado a otro, y de pronto…, ¿qué cree que ocurrió?

—¿La señora sufrió un fallo cardíaco, señor?

—No, la señora no sufrió ningún fallo cardíaco, pero lo que ocurrió dejó atónitos a todos los presentes en aquella alegre ocasión. Pues, lo crean o no, se oyó una especie de tintineo y, del interior del vestido de ella, empezaron a bajar hasta el suelo tenedores de plata, cucharas de plata y, según me asegura Tubby, un juego completo de tocador en concha. Resultó que aquella mujer era una cleptómana declarada y había estado empleando el espacio entre su vestido y lo que llevara debajo de él (no soy un hombre casado y por tanto no puedo entrar en detalles) como caja fuerte.

—Muy embarazoso para el mayor Frobisher, señor. El capitán Biggar le miró fijamente.

—¿Para Tubby? ¿Por qué? Él no había estado choriceando aquellos objetos; él fue meramente el instrumento para recuperarlos. Pero no irá a decirme que se le ha escapado el punto principal de mi historia, que es el de que estoy convencido de que si Patch Rowcester aquí presente bailase el charlestón con la señora Spottsworth, con sólo un ápice de la determinación de Tubby Frobisher y con voluntad de victoria, pronto sacaríamos ese colgante de su escondrijo. Tubby lo pondría al descubierto antes de que la orquesta hubiera tocado una docena de notas. Y hablando de eso, necesitaremos música. ¡Ah, veo un gramófono allí, en el rincón! Excelente. ¿Y bien? ¿Comprende el plan?

—Perfectamente, señor. Su señoría baila con la señora Spottsworth y, a su debido tiempo, el colgante se desprende y cae como suave lluvia de los cielos sobre el suelo que la espera.

—Exactamente. ¿Qué le parece la idea? Jeeves pasó la pregunta a una instancia superior.

—¿Qué piensa su señoría acerca de ella? —inquirió con deferencia.

—¿Eh? —dijo Bill—. ¿Qué?

—¿Acaso no ha estado escuchando? —ladró el capitán Biggar—. ¡Por todos

los…!

—Dadas las circunstancias, creo, señor, que debe excusar a su señoría por su distracción —dijo Jeeves con un tono reprobatorio—. Puede ver por la ausencia de brillo en los ojos de su señoría que el matiz primitivo de su resolución se ha visto mitigado por el pálido velo de la reflexión. La sugerencia del capitán Biggar, milord, consiste en que su señoría invite a la señora Spottsworth a secundarle en la ejecución del baile conocido como el charlestón. Éste, si su señoría infunde suficiente vigor a los pasos, dará como resultado que el colgante sea desalojado y caiga al suelo, donde pueda ser rápidamente recuperado y guardado en el bolsillo de su señoría.

Pasó tal vez un cuarto de minuto antes de que la esencia de estas observaciones penetrara en la entumecida mente de Bill, pero cuando lo hizo el efecto fue eléctrico. Sus ojos se avivaron y su espinazo se enderezó. Era evidente que asomaba la esperanza y que una vez más se disponía a ocupar su lugar anterior. Al abandonar su asiento, gallardamente y con todo el aire del hombre dispuesto a todo, bien hubiera podido ser aquel apuesto antepasado suyo que, en los tiempos de la Restauración, se había ganado entre las damas de la segunda corte del rey Carlos el afectuoso apodo de Tabasco Rowcester, por su audacia y su galantería.

—¡Conducidme hasta ella! —pidió, y su voz se alzó clara y resonante—. Lo único que pido es que se me conduzca hasta ella, y lo demás correrá por mi cuenta.

Pero en realidad no fue necesario conducirle hasta la señora Spottsworth, pues en aquel momento ella entró desde el jardín con su perrita pequinesa Pomona entre los brazos.

Al ver aquella reunión, Pomona soltó una serie de ladridos penetrantes. Sonaron como si la estuvieran descuartizando con unas tenazas al rojo vivo, pero de hecho éste era su método para expresar alegría. En momentos de éxtasis, siempre chillaba en parte como un alma en pena y en parte como un gato escaldado.

Jill acudió corriendo desde la biblioteca, pero la señora Spottsworth calmó sus temores.

—No es nada, querida —dijo—. Sólo está algo excitada. Sin embargo, me gustaría que la dejara en mi habitación si va arriba. ¿Sería mucha molestia?

—En absoluto —contestó Jill.

Salió, llevándose a Pomona, y Bill avanzó hacia la señora Spottsworth.

—¿Bailamos? —dijo.

La señora Spottsworth se mostró sorprendida. En el banco rústico, hacía pocos momentos, y especialmente después de la desaparición del colgante, había constatado que la actitud de su anfitrión era acusadamente byroniana, y no le resultó fácil ajustarse a este nuevo espíritu de regocijo.

—¿Quieres bailar?

—Sí, contigo —dijo Bill, infundiendo a su actitud un aire de galantería propio de

la Restauración—. Será como en aquellos tiempos en Cannes.

La señora Spottsworth era una mujer muy lista. No había dejado de observar al capitán Biggar al acecho en segundo plano, y le pareció que se presentaba una oportunidad admirable para atizar al demonio que dormía en él… demasiado profundamente, en opinión de ella. Ignoraba qué era lo que reprimía al Cazador Blanco en su capacidad de pretendiente, pero lo que sí sabía era que nada enciende un fuego tan vivo debajo de un enamorado remolón como el espectáculo de la mujer a la que ama en brazos de otro hombre, particularmente cuando se trata de otro hombre tan apuesto como William, conde de Rowcester.

—¡Sí, ya lo creo! —exclamó, toda ella alegría y entusiasmo—. ¡Cómo recuerdo aquellos días! Lord Rowcester baila de maravilla —añadió, dirigiéndose al capitán Biggar y confiándole de primera mano una información de la que, desde luego, él hubiera prescindido gustosamente—. Me encanta bailar. Es el único placer permitido que nos queda en la tierra.

—¡Y que lo digas! —se sumó Bill a su alborozo—. El charlestón…, ¿lo recuerdas?

—No faltaría más.

—Ponga en el gramófono un disco con un charlestón, Jeeves.

—Muy bien, milord.

Cuando Jill regresó, después de depositar a Pomona en el dormitorio de la señora Spottsworth, sólo ésta, Jeeves y Bill estaban presentes en la sala de estar, ya que, apenas comenzó la acción, el capitán Biggar, incapaz de soportar la visión de lo que ocurría ante él, cruzó la puerta-ventana y desapareció en la noche silente.

El hecho de que precisamente él hubiese sugerido aquella disgustante exhibición, que en su opinión recordaba los peores excesos de la Carmagnole durante la Revolución Francesa, combinados con algunos de los rasgos más osados de las danzas nativas que él había visto en África ecuatorial, nada hizo para mitigar la negrura de su estado de ánimo. Las ranas del césped sobre el cual él caminaba ahora con una feroz mueca en su cara, empezaban a padecer la ilusión de que llovían botas del número cuarenta y cinco.

Su opinión sobre el charlestón, tal como lo ejecutaban su anfitrión y la mujer que él amaba, la compartía plenamente Jill. Presenciándola desde el umbral, experimentaba la misma creciente sensación de náusea que había afligido al Cazador Blanco mientras escuchaba aquella conversación en el banco rústico. Posiblemente, en la manera de comportarse de Bill no hubiera nada que en realidad le hiciera susceptible de arresto, pero la joven se sentía cada vez más convencida de que la policía hubiera debido emprender algún tipo de acción. En su opinión, tendría que existir una ley.

Nada tan difícil como describir en palabras un charlestón bailado, por una parte,

por una mujer a la que le entusiasma bailar el charlestón y se sume totalmente en el espíritu de esta danza, y por otra parte por un hombre deseoso de no dejar ni una piedra en su lugar con tal de desalojar de algún rincón de la anatomía de su pareja un colgante con brillantes que ha encontrado refugio allí. Tal vez baste con decir que si el mayor Frobisher hubiera entrado allí en aquel momento, al instante habría recordado los viejos tiempos de Esmirna, Joppa, Estambul o acaso Bagdad. A la señora Spottsworth la habría comparado favorablemente con la esposa del cónsul griego, en tanto que a Bill le habría dado unas palmadas en la espalda, reconociendo su actuación como igual, por no decir superior, a la suya propia.

Rory y Mónica, procedentes de la biblioteca, se mostraron francamente sorprendidos.

—¡Cielos! —exclamó Mónica.

—Tu hermano sabe lo que es mover el esqueleto, ¿no te parece? —dijo Rory—. Vamos, chica, sumémonos a la fiesta.

Rodeó con el brazo la cintura de Mónica y la acción se generalizó. Jill, incapaz de soportar por más tiempo aquel degradante espectáculo, dio media vuelta y se alejó en dirección de su cuarto y dedicando poco agradables pensamientos a su prometido. Para una joven idealista, nunca es agradable descubrir que ha unido su destino al de un libertino, y ahora estaba bien claro que William, conde de Rowcester, era un pervertido cuyo curso por correspondencia hubiera podido ser seguido ventajosamente por Casanova, don Juan y los más juerguistas emperadores romanos.

—Cuando bailo —dijo la señora Spottsworth, que, como su pareja, sabía lo que era mover el esqueleto— ignoro que tenga pies.

Mónica hizo una mueca.

—Si bailaras con Rory, sabrías que sí tienes pies. Su manera de saltar de un lado a otro te obliga a recordarlos.

—¡Uy! —exclamó de pronto la señora Spottsworth. Bill acababa de hacerla saltar y había descendido con un estruendo que hubiera provocado la generosa admiración de Tubby Frobisher. Se frotó la pierna y avanzó cojeando hacia una silla—. Me he torcido algo —dijo.

—No me sorprende, visto cómo bailaba Bill —observó Mónica.

—Espero que sea tan sólo una torcedura y no otro ataque de ciática. Padezco terriblemente de ciática, sobre todo cuando me encuentro en lugares donde hay mucha humedad.

Por increíble que ello pueda parecer, Rory no dijo: «Como Rowcester Abbey, ¿verdad?» para seguir hablando del jardín que, en los meses de verano, se encontraba en el fondo del río. Estaba mirando un objeto que yacía en el suelo.

—¡Hola! —dijo—. ¿Qué es esto? ¿Es suyo este colgante, señora Spottsworth?

—¡Oh, gracias! —dijo ella—. Sí, es mío. Debe de haber… ¡Uy! —exclamó, y

una vez más se retorció de dolor.

Mónica se mostró muy preocupada.

—Deberías ir en seguida a acostarte, Rosalinda.

—Creo que sí.

—Con una buena botella de agua caliente.

—Sí.

—Rory te ayudará a subir.

—Encantado —dijo Rory—. Pero ¿por qué la gente habla siempre de una «buena» botella de agua caliente? En Harrige's hablamos de la «desagradable» botella de agua caliente. Nuestras alfombrillas eléctricas han convertido en antigüedad la botella de agua caliente. Tres marchas… «Calor otoñal», «Tibia primavera» y «Mae West».

Avanzaron hacia la puerta, con la señora Spottsworth apoyándose firmemente en el brazo de él. Se alejaron y Bill, que les había seguido con ojos desorbitados, alzó las manos en un amplio gesto de desesperación.

—¡Jeeves!

—¿Milord?

—¡Esto es el fin!

—Sí, milord.

—Ha ido a acostarse.

—Sí, milord.

—Acompañada por el colgante.

—Sí, milord.

—Por consiguiente, a menos que tenga usted alguna sugerencia para hacerla salir de aquella habitación, estamos perdidos. ¿Tiene alguna sugerencia?

—De momento, no, milord.

—No creía que la tuviese. Después de todo es usted un ser humano, y este problema no se encuentra… ¿dónde, Jeeves?

—En el ámbito de las facultades humanas, milord.

—Exactamente. ¿Sabe lo que voy a hacer?

—No, milord.

—Irme a la cama, Jeeves. Irme a la cama y tratar de dormir y olvidar. No es que tenga ni la más remota posibilidad de conciliar el sueño, con todos los nervios de mi cuerpo sobresaliendo un par de centímetros y retorciéndose en los extremos.

—Es posible que si su señoría contara ovejas…

—¿Cree que eso serviría de algo?

—Es un específico de utilidad ampliamente reconocida, milord.

—Hummm —hizo Bill—. Bien, ningún daño puede haber en probarlo. Buenas noches, Jeeves.

—Buenas noches, milord.

XV

Excepto los chillidos de los ratones detrás de los arrimaderos y el ocasional rumor susurrante de uno de los murciélagos de la chimenea, presa de un sueño inquieto, en Rowcester Abbey reinaban la calma y el silencio. Era la hora encantada de la noche y, en el Cuarto Azul, Rory y Mónica, agradablemente fatigados después de las actividades del día, dormían pacíficamente. En el Cuarto Reina Isabel, la señora Spottsworth, con Pomona en su cesta a su lado, también se había entregado al sueño. En el Cuarto Ana Bolena, el capitán Biggar, un hombre honrado entregado a su descanso, soñaba con otros tiempos en el río Me Wang, que, como no ignorará nuestro público, es un afluente del Wang Me, más caudaloso y más infestado por los cocodrilos.

En el Cuarto de los Relojes, Jill seguía despierta, contemplando el techo con ojos ardientes, y Bill, contando ovejas en el Cuarto Enrique VIII, tampoco había podido hallar el olvido. El específico recomendado por Jeeves podía estar ampliamente reconocido, pero de momento nada había hecho para permitirle conciliar el sueño.

—Ochocientas veintidós —murmuraba Bill—. Ochocientas veintitrés. Ochocientas…

Se interrumpió, dejando a la oveja número ochocientas veinticuatro, un animal con una expresión más vacua que la corriente en su faz, suspendida en aquel aire a partir del cual había sido conjurada. Alguien había llamado a la puerta, con un golpecito tan leve y deferente que sólo podía proceder del nudillo de cierto hombre. Por consiguiente, un momento más tarde presenció sin la menor sorpresa la entrada de Jeeves.

—Su señoría me excusará —dijo Jeeves cortésmente—. No habría molestado a su señoría de no haber deducido, escuchando junto a la puerta y a juzgar por las observaciones de su señoría, que la estratagema que yo propuse no ha dado resultado.

—No, por el momento todavía no ha funcionado —admitió Bill—, pero entre, Jeeves, entre. —Le hubiera alegrado ver cualquier cosa que no fuese una oveja—. ¿No irá a decirme —inquirió con interés, al observar el brillo de la inteligencia en los ojos de su visitante— que ha pensado usted en algo?

—Sí, milord, me satisface decir que creo haber encontrado una solución para el problema al que nos enfrentamos.

—¡Jeeves, es usted maravilloso!

—Muchísimas gracias, milord.

—Recuerdo que una vez Bertie Wooster me dijo que no existía crisis que usted no fuera capaz de controlar.

—El señor Wooster siempre se ha excedido en sus lisonjas, milord.

—Nada de eso. Son lisonjas bien merecidas. Si realmente ha encontrado usted la

manera de superar las dificultades superhumanas existentes en nuestro camino…

—Estoy convencido de que así es, milord.

Bill se estremeció dentro de la chaqueta de su pijama color malva.

—Piense a fondo, Jeeves —rogó—. De un modo o de otro, tenemos que hacer salir a la señora Spottsworth de su habitación por un lapso de tiempo suficiente para permitirme entrar a mí, encontrar aquel colgante, hacerme con él y largarme en seguida, y todo ello sin que ningún ojo humano se pose en mí. A no ser que haya malinterpretado por completo sus palabras, debido al trastorno nervioso motivado por contar tantas ovejas, parece usted sugerir que es capaz de hacer eso. ¿Y cómo? Ésa es la pregunta que asoma a mis labios. ¿Mediante espejos?

Por unos momentos, Jeeves se abstuvo de hablar. Había aparecido una expresión apenada en su cara de facciones bien cinceladas. Era como si de pronto hubiera tenido una visión que le ocasionara un profundo disgusto.

—Excúseme, milord. Me cuesta tomarme lo que posiblemente sea una libertad por mi parte…

—Adelante, Jeeves. Soy todo oídos. ¿Qué le ocurre?

—Es su pijama, milord. De haber sabido que su señoría tenía el hábito de dormir con un pijama de color malva, yo habría dado mi recomendación en contra. El color malva no le sienta bien a su señoría. En una ocasión me vi obligado, obrando en su mejor interés, a hablarle de modo similar al señor Wooster, que en aquellos tiempos tamben era un adicto al pijama malva.

Bill se sintió desconcertado.

—¿Y cómo hemos ido a parar al tema del pijama? —preguntó con extrañeza.

—Él mismo se ha hecho bien patente, milord. Ese púrpura tan agresivo… Si su señoría se dejara guiar por mí y lo sustituyera por un azul tranquilo o acaso por un verde pistacho claro…

—¡Jeeves!

—¿Milord?

—No es momento para disertar sobre los pijamas.

—Muy bien, milord.

—En realidad, yo creo que el malva me sienta bien. Pero eso, como he dicho, no tiene ahora ningún objeto. Vamos a aplazar la discusión para un momento más adecuado. De todos modos, voy a decirle una cosa. Si realmente tiene usted algo que sugerir con referencia a aquel colgante y si este algo permite conseguir resultados, puede usted llevarse este pijama malva, enterrarlo bajo el suelo y sembrar el terreno con sal.

—Muchísimas gracias, milord.

—Sería un precio pequeño a cambio de sus servicios. Pero ahora, después de haberme intrigado, dígame algo más. ¿Cuál es la buena noticia? ¿Cuál es ese plan

suyo?

—Un plan muy sencillo, milord. Se basa en… Bill profirió un grito.

—¡No me lo diga! Déjeme adivinarlo. ¿La psicología del individuo?

—Precisamente, milord. Bill tragó saliva.

—Me lo figuraba. Algo me decía que se trataba de eso. Con cierta frecuencia, saboreando martinis secos con Bertie Wooster en el bar del Club de los Zánganos, le he oído, embelesado, hablar de usted y de la psicología del individuo. Me decía que, una vez hinca usted los dientes en la psicología del individuo, todo está hecho, excepto lanzar el sombrero al aire y bailar danzas de Primavera. Adelante, Jeeves. Me interesa usted profundamente. ¿El individuo cuya psicología ha estado usted estudiando en la presente coyuntura es, supongo la señora Spottsworth? ¿Me equivoco o no, Jeeves?

—Acierta plenamente, milord. ¿Se le ha ocurrido a su señoría cuál es el principal interés de la señora Spottsworth, la cosa que ocupa un lugar predominante en la mente de esa señora?

Bill le miró boquiabierto.

—¿No habrá venido usted aquí a las dos de la madrugada para sugerir que baile otra vez el charlestón con ella?

—Oh, no, milord.

—Pues cuando habla del principal interés de ella…

—Hay en el carácter de la señora Spottsworth otra faceta que a su señoría se le ha pasado por alto. Concedo que es una entusiasta practicante del charlestón, pero lo que principalmente ocupa sus pensamientos es la investigación psíquica. Desde su llegada a la Abadía, no ha cesado de expresar la esperanza de pasar por la experiencia de ver el espectro de lady Agatha. En eso pensaba yo cuando he informado a su señoría de que había formulado un plan para conseguir el colgante, basado en la psicología del individuo.

Bill se dejó hundir entre las almohadas, con expresión decepcionada.

—No, Jeeves —dijo—. No lo haré.

—¿Milord?

—Veo adonde quiere llegar. Desea que me ponga un miriñaque y un velo y que me meta en el cuarto de la señora Spottsworth, con la idea de que si se despierta y me ve, diga simplemente: «¡Ah, el fantasma de lady Adela!», y vuelva a dormirse. Eso no puede hacerse, Jeeves. Nada me inducirá a vestirme con ropas de mujer, ni siquiera en una causa tan merecedora como ésta. Puedo ceder un poco, eso sí, y ponerme aquel bigote y el parche negro.

—Yo no lo aconsejaría, milord. Incluso en el hipódromo he observado que algunos espectadores, al ver a su señoría, se sobresaltan visiblemente. Una dama, al descubrir semejante aparición en su dormitorio, bien podría llegar a proferir un grito

penetrante.

Bill alzó las manos con un gemido de impotencia.

—Pues ya ve usted. Queda descartada la propuesta. Su plan se viene abajo y queda totalmente anulado.

—No, milord. Si se me permite decirlo, su señoría no ha captado la sustancia del proyecto que le estoy exponiendo. Lo esencial del mismo consiste en inducir a la señora Spottsworth a abandonar su habitación, posibilitando con ello que su señoría entre y se apodere del colgante. Propongo ahora, con la aquiescencia de su señoría, llamar a la puerta de la señora Spottsworth y pedirle prestada una botella de sales aromáticas.

Bill se pasó las manos por los cabellos.

—¿Cómo ha dicho, Jeeves?

—Sales aromáticas, milord.

Bill meneó la cabeza.

—Contar aquellas ovejas en algo me ha afectado —dijo—. Mi oído se ha resentido. Me ha parecido que decía usted «sales aromáticas».

—Y lo he dicho, milord. Yo explicaría que las necesitaba a fin de hacerle recuperar el conocimiento a su señoría.

—Ya estamos otra vez. Juraría haberle oído decir «hacerle recuperar el conocimiento a su señoría».

—Precisamente, milord. Su señoría ha recibido una impresión muy fuerte. Encontrándose en las cercanías de la capilla en ruinas, más o menos a medianoche, su señoría vio el fantasma de lady Agatha y experimentó un serio trastorno. Cómo logró su señoría regresar a su habitación es algo que su señoría nunca sabrá, pero yo encontré a su señoría sumido en lo que parecía ser un estado de coma e inmediatamente recurrí a la señora Spottsworth para que me prestara sus sales de olor.

Bill seguía sintiéndose desorientado.

—No veo la punta, Jeeves.

—Permítame elucidar un poco más el significado de mi explicación, milord. La idea que ocupaba mi mente era la de que, al saber que lady Agatha, por así decirlo, rondaba por las inmediaciones, la reacción de la señora Spottsworth sería un deseo intenso de ir sin tardanza a las ruinas de la capilla a fin de observar personalmente la manifestación. Yo me ofrecería para acompañarla allí, y durante su ausencia…

Nunca se da el caso de que el hombre corriente, tras quedarse estupefacto ante una revelación del genio, logre encontrar palabras con las que expresar su emoción. Cuando Alexander Graham Bell, al encontrar un amigo una mañana del año 1876, dijo: «Hola, George, ¿te has enterado de la última noticia? Ayer inventé el teléfono», es probable que el amigo se limitara a mover nerviosamente los pies, guardando

silencio. Lo mismo le ocurrió ahora a Bill. No podía hablar. Se había quedado como embotado, mientras le invadía el remordimiento causado por haber llegado a dudar de aquel hombre. Era lo que tan a menudo había dicho Bertie Wooster. Bastaba con dejar que aquella mente magistral alimentada con pescado hincara sus dientes en la psicología del individuo para que todo se diera por hecho, excepto agitar el sombrero en el aire y ejecutar danzas de Primavera.

—Jeeves… —empezó a decir, al recuperar por fin el habla, pero Jeeves ya cruzaba de nuevo la puerta.

—Sus sales aromáticas, milord —explicó, volviendo la cabeza desde el umbral—. Si su señoría quiere excusarme…

Pasaron unos dos minutos, aunque a Bill se le antojó un tiempo más largo, antes de que regresara, portador de una botellita.

—¿Y bien? —inquirió Bill con afán.

—Todo ha transcurrido de acuerdo con el plan, milord. Las reacciones de la señora han sido, en sustancia, las que yo había previsto. Al recibir mi comunicación, la señora Spottsworth ha mostrado un interés inmediato. ¿Está familiarizado su señoría con la expresión «albricias»?

—No, no me suena. ¿No tiene nada que ver con «noticias»?

—No, milord. «¡Albricias!». Tal fue la observación de la señora Spottsworth al recibir la información de que el fantasma de lady Agatha había sido visto en la capilla en ruinas. Supuse que esta palabra pretendía expresar sorpresa y satisfacción. Me aseguró que necesitaría muy poco tiempo para ponerse una bata y que a continuación estaría en disposición de acompañarme, tras haberse recogido el pelo, según le oí decir. Debo regresar allí en seguida y acompañarla al escenario de la manifestación. Dejaré la puerta abierta unos centímetros, a fin de que su señoría, aplicando el ojo a esa abertura, pueda presenciar nuestra partida. Tan pronto hayamos bajado la escalera, yo abogaría por una acción inmediata, ya que no es necesario que recuerde a su señoría que el tiempo es…

—¿Esencia? No, desde luego no es necesario que me lo diga. ¿Recuerda lo que comentó acerca de los guepardos?

—¿Con referencia a su velocidad en la carrera, milord?

—Eso es. ¿Verdad que habló de media milla en cuarenta y cinco segundos?

—Sí, milord.

—Pues bien, pienso proceder de modo que el más veloz de los guepardos no tenga tiempo ni para tomar la salida.

—Eso será altamente satisfactorio, milord. Por mi parte, debo mencionar que sobre la mesa del tocador, en la habitación de la señora Spottsworth, he observado la presencia de un pequeño joyero que sin duda contiene el colgante. La mesa del tocador se encuentra inmediatamente debajo de la ventana. Su señoría no tendrá la

menor dificultad en localizarla.

Tenía razón, como siempre. Fue la primera cosa que vio Bill cuando, tras haber presenciado cómo aquella pequeña procesión de dos personas desaparecía por la escalera, corrió por el pasillo hacia el Cuarto Reina Isabel. Allí, tal como había manifestado Jeeves, había la mesa de tocador, y sobre ella el joyero que había mencionado. Y en el joyero, apenas lo abrió con manos temblorosas, Bill vio el colgante. Apresuradamente lo metió en el bolsillo de su pijama y ya daba media vuelta para marcharse cuando el silencio, que con la excepción de su dificultosa respiración había sido total, quedó truncado por una serie de gritos espantosos.

Antes se ha hecho referencia a la práctica de la perra Pomona en cuanto a ladrar estridentemente para expresar el éxtasis que siempre sentía al avistar a un amigo, o incluso a quien le pareciera un extraño con el que congeniar. Ese éxtasis le animó ahora. En el curso de aquella sesión en el banco rústico, cuando Bill procedió a sus arrullos, concibió una inmediata simpatía por su anfitrión, como les ocurría a todos los perros. Encontrarle ahora en aquella actitud informal, en el preciso momento en que ella había estado tratando de reconciliarse con la soledad que tanto le desagradaba, no hizo el menor intento para poner límites a sus manifestaciones.

Alaridos suficientes en número y volumen para equipar a una docena de *baronets* apuñalados por la espalda en bibliotecas, brotaron de sus labios y su efecto sobre Bill fue devastador. El autor de *La caza del aguilucho* dice de uno de sus protagonistas, en un vigoroso fragmento:

Tan inmenso fue su pavor
Que su chaleco adquirió súbito albor.

y la experiencia por la que atravesaba estuvo a punto de causar que al pijama malva de Bill le ocurriera lo mismo.

Aunque le tenía cariño a Pomona, no se detuvo para fraternizar con ella. Atravesó la puerta con una rapidez que hubiera obligado al guepardo más atlético a encogerse de hombros con impotencia, y llegó al pasillo en el preciso instante en que Jill, arrancada de su sueño por aquellos gritos espantosos, salía del Cuarto de los Relojes. La joven le vio entrar sigilosamente en el Cuarto Enrique VIII y pensó con amargura que difícilmente se le hubiera podido adjudicar un alojamiento más apropiado.

Como un cuarto de hora más tarde, mientras Bill, acostado, estaba murmurando: «Novecientos noventa y ocho… Novecientos noventa y nueve… Mil…», entró Jeeves.

Llevaba una pequeña bandeja.

En la bandeja había un anillo.

—He encontrado a la señorita Wyvern en el pasillo hace unos momentos, milord

—dijo—. Deseaba que entregara esto a su señoría.

XVI

Wyvern Hall, la residencia del coronel Aubrey Wyvern, padre de Jill y jefe de la policía del condado de Southmoltonshire, se encontraba al otro lado del río con respecto a Rowcester Abbey, y la tarde siguiente el coronel Wyvern, tras haber dado cuenta rezongando de un almuerzo más que mediocre, abandonó el comedor, entró en su estudio y llamó al mayordomo. Y en su debido momento el mayordomo entró, no sin tropezar con la alfombra y proferir una exclamación sofocada, práctica en él invariable cuando cruzaba cualquier umbral.

El coronel Wyvern era bajo y rechoncho y eso le molestaba, ya que él hubiera preferido ser alto y esbelto. Pero si su apariencia personal le ocasionaba de vez en cuando una incómoda desazón, eso no era nada en comparación con la desazón que le procuraba la apariencia personal de su criado. En la actual Inglaterra, el propietario rural ha de aceptar lo que encuentre en materia de ayuda doméstica, y todo lo que el coronel Wyvern había podido conseguir era el desecho y la escoria de la escuela parroquial local. Bulstrode, el mayordomo de Wyvern Hall, era un jovenzuelo flacucho de unos dieciséis abriles, al que la Naturaleza, en su generosidad, había dotado de tantos granos que en su cara apenas quedaba sitio para la sonrisa bobalicona que generalmente la adornaba.

Sonreía ahora y una vez más, como siempre ocurría en esas conferencias de trabajo, su patrono se sintió impresionado por la semejanza del muchacho con un pez rojo que le mirase, alelado, desde una pecera.

—Bulstrode —dijo, con una nota imperiosa en su voz.

—¿Eh? —replicó el mayordomo afablemente.

En otro momento, el coronel Wyvern hubiera tenido algo que decir acerca de este planteamiento verbal tan poco convencional, pero hoy iba detrás de piezas de caza de mayor talla. Su estómago todavía dirigía a la oficina principal quejas referentes al almuerzo, y el coronel deseaba ver a la cocinera.

—Bulstrode —dijo—, tráeme a la cocinera.

Una vez conducida a su presencia, la cocinera resultó ser también un elemento de la joven generación. Tenía quince años. Entró con sus trenzas balanceándose tras ella, y el coronel Wyvern le dirigió una mirada aviesa.

—¡Trelawny! —exclamó.

—¿Eh? —repuso la cocinera.

Esta vez no hubo reticencia por parte del jefe de la policía local. Como norma, los Wyvern no guerreaban contra mujeres, pero hay veces en que la caballerosidad resulta imposible.

—No digas «¿Eh?», miserable excrecencia humana —rugió con voz de trueno—. Di: «¿Sí, señor?», y dilo de una manera respetuosa y castrense, en una airosa posición

de firmes con los pulgares en las costuras del pantalón. Trelawny, ese almuerzo que hoy has tenido la temeridad de servir ha sido un insulto para mí y una vergüenza para toda persona que se atreva a proclamarse cocinera, y te he mandado llamar para informarte de que si sigue habiendo ese espíritu de negligencia y *laissez faire* de tu parte… —El coronel Wyvern hizo una pausa. El «se lo diré a tu madre» con el que había estado a punto de rematar la frase le parecía como si estuviera faltado de algo— … me oirás —dijo y, pensando que tampoco eso era lo que él hubiera deseado decir, infundió tanto vigor y tanta malignidad en su descripción de un pollo poco asado, unas coles de bruselas aguadas y unas patatas en las que no se podía clavar el tenedor, que una chica más débil se hubiera amilanado.

Pero los Trelawny estaban hechos de una madera más recia y no flaqueaban en momentos de peligro. La muchacha sostuvo la mirada de él con férrea resolución y replicó con vigor.

—¡Hitler! —dijo, sacándole la lengua. El jefe de la policía local se sobresaltó.

—¿Acaso me has llamado Hitler?

—Eso es.

—Pues no lo vuelvas a hacer nunca más —le advirtió severamente el coronel Wyvern—. Puedes retirarte, Trelawny.

Salió Trelawny con la cara muy alta, y el coronel Wyvern se dirigió a Bulstrode.

Un hombre orgulloso nunca se queda impávido después de ser derrotado en un duelo verbal con una cocinera, especialmente una cocinera de quince años de edad y con trenzas, y en la actitud del coronel al volverse hacia su mayordomo había algo más que una sugerencia de un elefante bravo en el apogeo de su celo. Durante unos minutos habló con soltura y energía, con particular referencia al hábito del otro consistente en roer su ración de caramelos mientras atendía a la mesa, y cuando al final se le permitió seguir a Evangeline Trelawny a las bajas regiones en las que transcurría su existencia, si no temblaba realmente de pies a cabeza, Bulstrode se hallaba al menos lo bastante sometido como para omitir su acostumbrada interjección al tropezar con la alfombra.

Dejó a un jefe de la policía local que, a pesar de sentirse algo mejor después de haber aliviado su pecho de la peligrosa carga que gravitaba en él, todavía se sentía claramente disgustado. «Mequetrefe», decía para sus adentros, y lo decía de todo corazón. En la dorada época anterior a la revolución social, pensaba, un badulaque granujiento, ducho en tropezar con las alfombras, como ese Bulstrode, hubiera sido, como máximo, un ínfimo botones o mandadero. Y sublevaba los mejores sentimientos de un *tory* de la vieja escuela tener que contemplar semejante borrón en el escenario del Southmoltonshire bajo la luz sagrada de una mayordomía.

Pensó con nostalgia en sus años de juventud en Londres, al comenzar el siglo, y en los añejos mayordomos a los que había tenido el placer de conocer en aquellos

días felices… mayordomos que pesaban ciento diez kilos en canal, mayordomos con tres papadas y prominentes abdómenes, mayordomos con penetrantes ojos negros y aquel porte austero, arrogante y mayordomil que tan por completo ha desaparecido en el mundo degenerado de los años cincuenta. En aquel entonces, los mayordomos habían sido mayordomos en el sentido más profundo y sacrosanto de la palabra. Ahora, eran mejor jovenzuelos imberbes que chupaban pegajosos caramelos y decían «¿Eh?» cuando uno les dirigía la palabra.

Era casi inevitable que un hombre que vivía tan cerca de Rowcester Abbey y empezaba a cavilar sobre el tema de los mayordomos viera orientarse sus pensamientos en dirección del principal ornamento de la Abadía, y con una cálida satisfacción el coronel Wyvern empezó ahora a pensar en Jeeves, que tan profunda impresión había hecho en él. En su opinión, Jeeves era lo mejor de lo mejor. El joven Rowcester era un individuo que al coronel, nunca gran admirador de sus semejantes más jóvenes, más bien le resbalaba, pero en aquel criado suyo, aquel Jeeves, había reconocido desde su primer encuentro a un ser especial. Y en la noche que envolvía al jefe de la policía local, noche negra como la pez —después de aquella irritante escena con Evangeline Trelawny— de un polo a otro, brilló de repente un rayo de luz. Sí, él podía tener su Bulstrode, pero al menos le cabía consolarse con el pensamiento de que su hija iba a casarse con un hombre que en su nómina disponía de un mayordomo de acuerdo con las mejores tradiciones antiguas. Eso le infundió ánimos y le hizo meditar en que, después de todo, el mundo no resultaba tan aborrecible.

Mencionó este punto a Jill cuando ésta llegó unos momentos después, con una expresión fría y altiva, y Jill alzó la barbilla y su actitud pareció todavía más fría y altiva. Bien hubiera podido ser la Reina de las Nieves o algo parecido.

—No voy a casarme con lord Rowcester —dijo secamente.

El coronel Wyvern tuvo toda la impresión de que su hija debía de padecer alguna forma de amnesia, y se aprestó a refrescarle la memoria.

—Sí vas a casarte con él —le recordó—. Se publicó en el *Times*. Yo lo vi con mis propios ojos. El compromiso está anunciado para…

—He roto el compromiso.

La lucecita de la que hablábamos hace un momento, aquella que había servido para iluminar la oscuridad del coronel Wyvern, se apagó con un leve chasquido, como la luna de un escenario teatral a la que se le ha fundido un plomo. Miró estupefacto a su hija.

—¿Has roto el compromiso?

—Nunca más volveré a dirigirla palabra a lord Rowcester.

—No seas borrica —dijo el coronel Wyvern—. Claro que lo harás. ¿Que no le dirigirás nunca más la palabra? Nunca he oído una estupidez como ésa. Supongo que en realidad habréis tenido una de esas riñas de enamorados.

Jill no estaba dispuesta a permitir sin protestar que lo que probablemente había sido la mayor tragedia del mundo desde los días de Romeo y Julieta, fuera descrito de una manera tan inadecuada. De hecho, se imponía hacer un cierto esfuerzo para encontrar el *mot juste*.

—No ha sido una riña de enamorados —repuso, con toda la mujer que había en ella centelleando a través de sus ojos—. Si quieres saber por qué he roto el compromiso, ha sido a causa de su abominable comportamiento con la señora Spottsworth.

El coronel Wyvern se llevó un dedo a la frente.

—¿Spottsworth? ¿Spottsworth? ¡Ah, sí! Aquella mujer norteamericana de la que me habías hablado…

—La suripanta norteamericana —le corrigió fríamente Jill.

—¿Suripanta? —repitió el coronel Wyvern, intrigado.

—Eso he dicho.

—¿Y por qué le llamas eso? ¿Acaso los sorprendiste… er… suripanteando?

—Sí, exactamente.

—¡Maldición!

—Al parecer, todo comenzó —explicó ella, hablando con aquella voz átona que tan penosa impresión le había causado a Bill— en Cannes hace unos años. Aparentemente, ella y lord Rowcester solían nadar juntos en Edén Roc y efectuar largas excursiones en coche a la luz de la luna. Y tú ya sabes adonde conduce todo eso.

—Desde luego —asintió el coronel Wyvern con animación, y a punto estaba de embarcarse en una anécdota extraída de su interesante pasado, cuando Jill siguió hablando con aquella misma voz extraña y carente de tono.

—Ella llegó ayer a la Abadía. Lo que explican es que Mónica Carmoyle la conoció en Nueva York y la invitó a pasar unos días aquí, pero yo no tengo duda de que todo estaba arreglado entre ella y lord Rowcester, porque era más que evidente lo que había entre ellos dos. Apenas apareció ella, él ya no la dejó ni por un momento… galanteándola en el jardín, bailando como un loco con ella, y —dijo Jill con indiferencia, llevando la máscara como aquella señora Fish que tanto había divertido al capitán Biggar al bailar el cancán en Kenia sólo con sus prendas interiores— saliendo de la habitación de ella a las dos de la madrugada, con un pijama de color malva.

El coronel Wyvern se atragantó. Había estado a punto de tratar de calmar los ánimos diciendo que era muy posible que un hombre cambiara unas palabras amables con una mujer en un jardín y amenizara una larga velada invitándola a bailar, sin que por ello se le tuviera que achacar la menor culpabilidad, pero esta última explicación apagó las palabras en sus labios.

—¿Saliendo de la habitación de ella con un pijama de color malva?

—Sí.

—¿Un pijama malva?

—De un malva muy vivo.

—¡Maldita sea mi estampa!

Un conocido suyo, socio del mismo club, había dicho en cierta ocasión al coronel Wyvern, exasperado por las excentricidades de éste al jugar al bridge, que le recordaba a un miembro retirado de una *troupe* circense de enanos que durante años se hubiera dedicado a cometer excesos con los alimentos más feculentos, y hasta cierto punto algo de verdad había en ello. Era, como hemos dicho, un hombre bajo y rechoncho, pero cuando resonaba la llamada a la acción, sabía superar la brevedad de su estatura y la rotundidad de su cintura y convertirse en una figura tan digna como amenazadora. Fue un impresionante jefe de la policía el que atravesó la habitación y tocó el timbre para llamar a Bulstrode.

—¿Eh? —dijo Bulstrode.

El coronel Wyvern se tragó las ardientes palabras que le hubiera gustado proferir, diciéndose que debía conservar sus energías.

—Bulstrode —ordenó—, tráeme mi látigo de montar.

Algo rebulló en el bosque de granos que cubrían la faz del mayordomo. Era una mirada de culpabilidad.

—No está aquí —murmuró.

El coronel Wyvern clavó la mirada en él.

—¿Que no está aquí? ¿Qué quieres decir? ¿Dónde está, pues?

Bulstrode tragó saliva con dificultad. Había tenido la esperanza de que esta investigación fuese evitada, pues algo le había dicho que resultaría más que embarazosa.

—En casa del remendón. Para que lo remiende. Se rompió.

—¿Que se rompió?

—Sí, señor —contestó Bulstrode, añadiendo en su emoción la segunda palabra, inusual en él—. Lo estaba haciendo restallaren el patio de la cuadra y se rompió. Y entonces lo llevé al remendón.

El coronel señaló la puerta con un dedo amenazador.

—Largo de aquí, maldito estúpido —dijo—. Hablaré contigo después. —Sentándose ante su escritorio, como hacía siempre que deseaba pensar, tamborileó con los dedos sobre el brazo de su sillón—. Tendré que pedir prestado el del joven Rowcester —explicó por fin, chasqueando la lengua para expresar su disgusto—. Resulta infernalmente absurdo visitar a un tipo al que uno se dispone a dar una tanda de latigazos y tener que pedirle prestado su látigo para hacerlo con él. Sin embargo —añadió el coronel Wyvern filosóficamente—, así es la vida.

Era un hombre que siempre sabía ajustarse a las circunstancias.

XVII

En Rowcester Abbey, el almuerzo había constituido una función mucho más agradable que en Wyvern Hall, contemplado todo ello desde un plano muy diferente. En tanto que el coronel Wyvern se había visto obligado a medirse con los inútiles esfuerzos de una incompetente con trenzas, convertida al parecer de estar cocinando para una bandada de buitres en el desierto de Gobi, los comensales de la Abadía habían sido atendidos por una persona experta. En un pasaje anterior de esta crónica se hizo una referencia de pasada al virtuosismo de la gran cocinera de Bill, la insuperable señora Piggott, y al componer hoy la comida del mediodía ésta no había quedado por debajo, ni mucho menos, de sus altos ideales. Tres de los cuatro comensales en la mesa habían descubierto que la comida se les fundía en la boca y habían dado buena cuenta de ella entre exclamaciones de apreciación.

La excepción era nada menos que el anfitrión, en cuya boca se había convertido en cenizas. Entre unas cosas y otras —la inestabilidad de sus asuntos financieros, el interludio como ladrón nocturno y su devastadora secuela, la ruptura de su noviazgo— Bill distaba de ser el más alegre entre aquellos alegres comensales. En tiempos más felices había leído a veces novelas cuyos protagonistas eran descritos como capaces de hacer retirar su comida sin probarla, y puesto que él era hombre que disfrutaba ingiriendo las necesarias calorías, se había preguntado cómo se les ocurría hacer semejante sacrificio. Pero en el almuerzo, que ahora tocaba ya a su fin, él había estado haciendo lo mismo y, como hemos dicho, el poco alimento que llegó a tomar se había convertido en cenizas en su boca. Había pasado la mayor parte del tiempo reduciendo a migas el pan, mirando sin ver y saltando como una rama galvanizada cuando alguien le dirigía la palabra. Un gato en un callejón desconocido se hubiera sentido mucho más a sus anchas. Por su parte, la conversación en la mesa nada había hecho para restablecer su ecuanimidad. La señora Spottsworth sacaba a relucir una y otra vez al capitán Biggar, lamentando su ausencia, y cada mención del nombre del Cazador Blanco había ejercido un efecto sísmico sobre la sensible conciencia de Bill. Ahora lo hizo de nuevo.

—Me contaba el capitán Biggar… —empezó, pero Rory emitió una de sus sonoras carcajadas.

—¿Sí, eh? —dijo con su tacto de costumbre—. Pues bien, espero que no le creyera.

La señora Spottsworth se atiesó, presintiendo una difamación contra el hombre que amaba.

—¿Cómo dice?

—Tremendo embustero ese tipo.

—¿Por qué dice eso, sir Roderick?

—Pensaba en aquellas historias suyas mientras cenábamos ayer.

—Eran perfectamente verídicas.

—En absoluto —exclamó Rory—. No permita que le tome el pelo, mi querida señora Dogsbody. Todos esos tipos que vienen de Oriente son unos mentirosos incorregibles. Ello se debe, tengo entendido, a los rayos ultravioletas del sol en aquellos parajes. Salen sin sus cascos tropicales, y el sol les perjudica. Lo sé de fuente autorizada. Uno de ellos solía venir con frecuencia a nuestra central cuando yo trabajaba en Fusiles, Pistolas y Municiones, y nos hicimos muy amigos. Y una noche, cuando llevaba una copa de más, me aconsejó que no creyera ni una sola palabra de lo que cualquiera de ellos dijese. «Fíjese en mí —razonó—. ¿Ha oído alguna vez a alguien soltar las trolas que cuento yo? De hecho, no he dicho ni una sola verdad desde que era así de alto. Y tan por los suelos se hallan las normas al este de Suez que mi apodo allí es el de George Washington».

—El café está servido en el salón, milord —dijo Jeeves, interviniendo con su acostumbrada cortesía y evitando lo que prometía convertirse, a juzgar por las chispas que habían empezado a despedir los ojos de la señora Spottsworth, en fea reyerta.

Al seguir a sus huéspedes hacia el salón, Bill fue consciente de una creciente sensación de inquietud y alarma. No había supuesto que algo más pudiera incrementar su intranquilidad mental, pero las palabras de Rory la habían multiplicado por cien. Al acomodarse en un sillón, aceptar una taza de café y verterla sobre sus pantalones, un nuevo buitre vino a sumarse al pequeño grupo de los que picoteaban ya su pecho. Por primera vez, empezaba a cuestionar la veracidad de la historia del colgante narrada por el capitán Biggar, y, al pensar en lo que se había metido en caso de no ser cierta aquélla, su imaginación parecía enloquecer.

Vagamente, advirtió que Rory y Mónica habían reunido todos los periódicos de la mañana y que estaban sentados rodeados de ellos, graves y tensos sus semblantes. La arena del reloj se escurría. Menos de una hora después, a partir de entonces, se correría el Derby, y no podían tardar en decidir dónde colocar sus apuestas, si querían hacerlas.

—El *Racing News* —dijo Mónica, imponiendo orden a la reunión—. ¿Qué dice el *Racing News*, Rory?

Rory estudió lenta y concienzudamente ese periódico.

—Muchas cosas acerca de opiniones del personal de las cuadras. Todo ello perfectamente desechable. No puedes guiarte por esas opiniones. Demasiadas incógnitas. Si quieres saber mi considerada opinión, no hay nada a la vista capaz de batir a *Taj Mahal*. El Aga tiene las yeguas, y eso es lo que cuenta. Los sementales no pintan nada comparados con las yeguas.

—Me alegra que rindas ese tardío tributo a mi sexo.

—Sí, creo que mis dos libras serán para *Taj Mahal*.

—Eso sentencia a *Taj Mahal* para mí. Aquéllos por los que tú apuestas acaban por correr marcha atrás. ¿Recuerdas aquella carrera de galgos?

Rory se vio obligado a admitir este punto.

—Admito que mi elegido abandonó el canódromo en aquella ocasión —dijo—. Pero cuando se mete en la pista un conejo de veras, no es extraño que se produzca una cierta confusión. Mis dos libras para *Taj Mahal*.

—Creía que ibas a jugarte tu dinero con *Oratorio*.

—*Oratorio* es mi apuesta para cubrirme, a base de diez chelines.

—Pues he aquí otra corazonada para ti. *Escalera*.

—*¿Escalera?*

—¿No fue Harrige's el primer edificio de grandes almacenes provisto de escaleras mecánicas?

—¡Sí, por cierto! Ganamos la copa, como sabes. Nuestro dispositivo de seguridad en la llegada nos ha permitido reducir el récord en tres segundos. Los chicos de Oxford Street están muertos de envidia. Debo estudiar esta cuestión de *Escalera*.

—Lo monta Lester Piggott.

—Eso zanja la cuestión. Piggott es el nombre del fulano que se encarga del departamento de Baúles, Bolsas y Maletas, el mejor hombre que jamás haya marcado su tarjeta en la empresa. Admito que su L es la de su nombre de pila, Lancelot, pero en conjunto se trata de un buen pronóstico para mí.

Mónica miró de soslayo a la señora Spottsworth.

—Supongo que nos tomarás a todos por unos chiflados, Rosalinda.

La señora Spottsworth sonrió con indulgencia.

—Claro que no, querida. Esto me lleva de nuevo a tiempos ya pasados, con el señor Bessemer. Las carreras eran todo lo que ocupaba su mente. Pasamos nuestra luna de miel en Sheepshead Bay. ¿Es el Derby, verdad, lo que os interesa tanto?

—Sólo nuestra pequeña y tonta especulación anual. No hacemos grandes apuestas. No nos lo podríamos permitir, pues tenemos que contar cada penique.

—Estrictamente —dijo Rory, y se echó a reír muy divertido, como si se le acabara de ocurrir una idea jocosa—. Estaba pensando —continuó, como explicación de su hilaridad— que lo más acertado que pude haber hecho fue quedarme con aquel colgante suyo que encontré la noche pasada, irme con él a Londres y empeñarlo, consiguiendo con ello un poco de… ¿Sí, muchacho?

Bill tragó saliva.

—Yo no he dicho nada.

—Me ha parecido que sí.

—No, sólo ha sido un hipo.

—A lo cual tienes perfecto derecho —concedió Rory—. Si un hombre no puede hipar en su propia casa, ¿dónde va a hacerlo? Pues bien, resumiendo: *Taj Mahal* dos

libras, y *Escalera* diez chelines en ganador y colocado. Iré a enviar el telegrama. —Hizo una pausa—. Un momento. ¿No es una imprudencia comprometerse así sin haber consultado a Jeeves?

—¿Porqué Jeeves?

—Mi querida Moke, lo que ese hombre no sepa acerca de carreras de caballos ni siquiera vale la pena aprenderlo. Hubieras debido oírle ayer cuando le pregunté si tenía alguna opinión respecto a los participantes en la primera carrera del país. Empezó a mencionar, uno tras otro, caballos, tiempos y récords, como si fuera el arzobispo de Canterbury.

Mónica no ocultó su impresión.

—No sabía que estuviera tan bien enterado. ¿Acaso no tienen límite las facultades de ese hombre prodigio? Iremos inmediatamente a conferenciar con él.

Salieron apresuradamente y Bill, tras un breve carraspeo, dijo:

—Er…

La señora Spottsworth le miró inquisitivamente.

—¿Qué hay?

—Er, Rosie… Ese colgante suyo… El colgante del que hablaba Rory…

—¿Sí?

—Yo lo estaba admirando la noche pasada.

—Es bonito, ¿verdad?

—Muy hermoso. ¿Verdad que en Cannes no lo tenías?

—No. En aquel entonces aún no había conocido al señor Spottsworth. Fue un regalo suyo.

Bill experimentó un sobresalto. Sus peores sospechas se habían visto confirmadas.

—¿Un regalo del señor Spotts…? —murmuró. Su interlocutora se echó a reír.

—Es una historia divertida —dijo—. Ayer por la noche hablaba de esto con el capitán Biggar, y le conté que me lo había dado uno de mis maridos, pero que no podía recordar cuál. Fue el señor Spottsworth, claro. Muy tonta yo por haberlo olvidado.

Bill tragó dificultosamente saliva.

—¿Estás segura?

—¡Ya lo creo!

—¿No…, no te lo dio algún tipo en una de aquellas cacerías… como…, como una especie de recuerdo? La señora Spottsworth le miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, yo pensaba que algún tipo… agradecido por amabilidades recibidas… y al despedirse… pudo haber dicho: «¿Quiere aceptar esto como un pequeño recuerdo?»… o algo por el estilo.

Esta sugerencia ofendió visiblemente a la señora Spottsworth.

—¿Crees que yo acepto colgantes de brillantes de cualquier «tipo», como los llamas tú?

—Es que yo…

—Ni soñarlo. Spottsworth compró el colgante cuando estábamos en Bombay. Lo recuerdo como si fuese ayer. Una curiosa tiendecilla con un chino muy gordo detrás del mostrador, y Spottsworth insistió en tratar de hablar en chino. Y precisamente mientras estaba regateando, hubo un terremoto. No muy intenso, pero durante unos diez minutos hubo polvo rojizo en todas partes y, cuando se aclaró, Spottsworth exclamó: «¡Larguémonos de aquí!», pagó lo que pedía aquel hombre, se metió el colgante en el bolsillo y salimos pitando, sin detenernos hasta llegar de nuevo al hotel.

Una sorda desesperación había invadido a Bill, que se levantó dificultosamente.

—¿Verdad que me perdonarás? —dijo—. Tengo que ver a Jeeves para darle un recado.

—Pues llama a Jeeves. Bill denegó con la cabeza.

—No. Si no te importa, creo que iré a verle en sus dependencias contiguas a la cocina.

Se le había ocurrido que en la despensa de Jeeves habría unas gotas de oporto, y unas gotas de oporto o de algún restaurador similar eran lo que más codiciaba su alma dolorida.

XVIII

Cuando Rory y Mónica entraron en las dependencias de Jeeves, encontraron a su ocupante leyendo una carta. Su agraciado rostro, siempre serio, parecía algo más serio que de costumbre, como si el contenido de la carta le hubiera causado algún trastorno.

—Sentimos interrumpirle, Jeeves —dijo Mónica.

—En absoluto, señora.

—Termine su lectura.

—Ya la había terminado, señora. Es una comunicación del señor Wooster.

—¿Sí? —exclamó Rory—. Conque Bertie Wooster, ¿eh? ¿Cómo está ese pillastre? ¿Robusto?

—El señor Wooster no dice nada que indique lo contrario, señor.

—Espléndido. Unas mejillas rosadas, ¿eh? Sin duda, come espinacas. Magnífico. No puede haber mejor noticia. No obstante, puestos a hablar —prosiguió Rory—, ¿qué opina usted de *Taj Mahal* para la prueba de esta tarde en Epsom Downs? Había pensado en jugarme mis dos libras por su pellejo, si cuento con su aprobación.

—Y a mí me apetece apostar por *Moke Segundo* —dijo Mónica.

Jeeves reflexionó.

—No veo objeción en cuanto a una discreta apuesta por el animal que usted ha mencionado, señor, ni tampoco por el suyo, señora. Sin embargo, conviene tener en cuenta que el Derby es siempre una carrera muy abierta.

—¡Dígamelo a mí!

—Sería aconsejable, por tanto, si los fondos son suficientes, tratar de protegerse por medio de una apuesta a favor de otro caballo.

—Rory pensaba en *Escalera*, pero yo aún dudo. Jeeves tosió discretamente.

—¿Ha pensado la señora en el caballo irlandés, *Ballymore*?

—¡Oh, Jeeves, por favor! Ninguno de los periódicos lo menciona siquiera. No, *Ballymore* no, Jeeves. Tengo que pensar en otro.

—Muy bien, señora. ¿Puedo servirles en algo más?

—Sí —dijo Rory—. Aprovechando que estamos todos reunidos, en familia como si dijéramos, desearía unas palabras de nuestro consejero sobre una cuestión personal, Jeeves. ¿Qué era todo aquello que ha dicho la señora Dogsbody durante el almuerzo, acerca de haber ido usted y ella de juerga la noche pasada?

—¿Señor?

—¿No estaba usted en el comedor cuando ella lo ha contado?

—No, señora.

—Ella ha dicho que los dos fueron a la capilla en ruinas, a primera hora de la madrugada.

—Ah, sí, señora. Ahora comprendo el significado de las palabras de sir Roderick. La señora Spottsworth deseaba que yo la escoltara la noche pasada hasta las ruinas de la capilla. Según me informó, esperaba ver el fantasma de lady Agatha.

—¿Hubo suerte?

—No, señora.

—Ella dice que Bill vio a aquella pobre mujer.

—Sí, señora.

Rory profirió la exclamación de gratificación propia de quien ha solventado un misterio.

—¡Por eso Bill parece hoy un trozo de queso rancio! Debió de llevarse un buen susto.

—Creo que lord Rowcester se sintió un tanto impresionado por la experiencia, sir Roderick. Sospecho, sin embargo, que si, como usted dice, existe una semejanza entre su señoría y una porción de queso, ello viene ocasionado más bien por la circunstancia de haber quedado cancelados los planes matrimoniales de su señoría, que por cualquier manifestación del mundo del espíritu.

Mónica lanzó un chillido de excitación.

—¿No querrá decir con eso que se ha roto el noviazgo de Bill?

—Eso es lo que yo pretendía expresar, señora. La señorita Wyvern me entregó personalmente el anillo, para que yo lo devolviera a su señoría. «¿Debo inferir, señorita —me aventuré a inquirir—, que hay un significado simbólico que va unido a este gesto?», y la señorita Wyvern me contestó afirmativamente.

—Bueno, que me aspen. ¡Pobre Bill!

—Sí, señora.

—Sangra el corazón.

—Sí, sir Roderick.

Fue en este momento cuando Bill irrumpió en la habitación. Al ver a su hermana y al marido de ésta, se detuvo.

—Ah, hola, Rory —dijo—. Hola, Moke. Había olvidado que estabais aquí.

Rory se adelantó con la mano extendida. El ojo más miope hubiera visto que todo él expresaba compasión. Agarró en la suya la diestra de Bill y con la izquierda empezó a dar masaje en el hombro de éste. Sabía que en semejantes momentos todo hombre anhela afecto. Se trata de una crisis tan grave en sus asuntos que da gracias al cielo por tener un cuñado comprensivo, un cuñado que sabe pronunciar palabras de ánimo.

—No sólo estamos aquí, muchacho —dijo—, sino que acabamos de saber por Jeeves una noticia que nos ha helado la sangre. Dice que esa joven, Jill, te ha devuelto al almacén. ¿Correcto? Ya veo que sí. Malo, muy malo. Pero no te dejes amilanar, chico. Debes… ¿cómo lo diría usted, Jeeves?

—Endurecer los músculos y movilizar toda la sangre, sir Roderick.

—Precisamente. Has de asumir unas miras amplias, espaciosas, Bill. Te has quedado sin novia, eso no vamos a negarlo, y tu reacción inmediata es, sin duda alguna, una cierta disposición a rasgar tus vestiduras y cubrirte de ceniza la cabeza. Pero has de contemplar estas cosas desde todos los ángulos. Bill, muchacho. Recuerda lo que dijo Shakespeare: «Una mujer es tan sólo una mujer, pero un buen cigarro es un placer en forma de humo».

Jeeves se estremeció.

—Kipling, sir Roderick.

—Y he aquí otra profunda verdad. Ésta no sé quién la dijo. De noche, todos los gatos son pardos.

Habló Mónica. Mientras escuchaba, había mantenido apretados los labios, y ahora había una luz extraña en sus ojos.

—Espléndido. Prosigue.

Rory dejó de dar masaje en el hombro de Bill y le dedicó unas palmaditas.

—Por el momento —resumió—, te sientes como atontado por el choque, y ello es muy natural. Crees haber perdido algo valioso y, desde luego, supongo que cabe decir que así es, pues Jill es una buena chica, esto nadie lo niega. Pero no te sientas demasiado deprimido al respecto. Busca el reborde plateado siempre que aparezcan nubes en el azul del cielo, como he cantado tan a menudo en mi bañera, y supongo que tú en la tuya. No olvides que vuelves a estar en circulación. Personalmente, creo que ha sido una suerte extraordinaria para ti que esto haya sucedido. La vida del soltero es la única vida feliz, muchacho. Cuando de amor se trata, hay mucho que decir en favor del *«à la carie»* como posibilidad opuesta a la *«table d'hôte»*.

—Jeeves —dijo Mónica.

—¿Señora?

—¿Cómo se llamaba la mujer que clavó un clavo en la cabeza de su marido? Está en alguna parte de la Biblia.

—Creo que la señora se refiere a la historia de Jael. Pero ella y el caballero en cuya cabeza clavó un clavo no estaban casados; eran meramente buenos amigos.

—Sin embargo, ella era mujer de sólidas ideas.

—Así se la consideraba en general en su círculo de amistades, señora.

—¿No tiene un clavo de tamaño mediano, Jeeves? ¿No? Lo compraré en la ferretería —dijo Mónica—. Adiós, *«Table d'hôte»*.

Salió y Rory la vio marcharse, preocupado. Su mente no era muy rápida, pero le había parecido captar una nota desagradable.

—Creo que algo la ha ofendido, ¿no le parece, Jeeves?

—He recibido esa impresión, sir Roderick.

—Qué demonios, yo sólo decía todo eso del matrimonio para animarte a ti, Bill.

Jeeves, ¿dónde puedo conseguir unas flores? Y no me diga que en la floristería, porque, desde luego, no me siento capaz de ir hasta la ciudad. ¿Habría flores en el jardín?

—Con una cierta profusión, sir Roderick.

—Iré a prepararle un ramo. Eso es algo que te resultará útil recordar, Bill, si alguna vez te casas, aunque ahora esto no sea muy probable, claro, tal como van las cosas. Recuerda siempre que cuando el bello sexo se siente ofendido, las flores lo apaciguan en todas las ocasiones.

Se cerró la puerta y Jeeves se volvió hacia Bill.

—¿Su señoría deseaba verme para algo? —preguntó cortésmente.

Bill se pasó una mano por su frente calenturienta.

Jeeves —dijo—, apenas sé cómo empezar. ¿Lleva usted una aspirina encima?

—Ciertamente, milord. Yo mismo acabo de tomar una. Extrajo una cajita metálica y se la ofreció.

—Gracias, Jeeves. Cierre la tapa sin hacer ruido.

—No lo haré, milord.

—Y ahora se lo contaré todo —dijo Bill.

Jeeves escuchó con una gratificante atención mientras él contaba su historia. No necesitó Bill, al llegar a su conclusión, preguntarle si había captado el quid de la cuestión. Resultó evidente por la gravedad de su «Muy desagradable, milord» que lo había captado perfectamente. Jeeves siempre captaba el quid.

—Si alguna vez un hombre se ha encontrado con el agua hasta el cuello —dijo Bill, a guisa de resumen—, soy yo. Han jugado con mi buena fe y me han tomado la pelambrera. ¿Qué es aquella cosa con la cual se utiliza a la gente, Jeeves?

—¿El pito del sereno, milord?

—Eso es. El pito del sereno. Ese maldito Biggar me ha utilizado como el pito del sereno. Me contó una historia y yo, como un asno, la creí. Hurté el colgante, tragándome toda aquella versión según la cual prácticamente le pertenecía y sólo quería tomarlo prestado por unas pocas horas, y a Londres se fue con él y no creo que volvamos a verle nunca más. ¿Y usted?

—Me parece improbable, milord.

—Una de aquellas contingencias remotas, ¿verdad?

—Mucho me temo que sea extremadamente remota, milord.

—¿Me haría el favor de darme una patada, Jeeves?

—No, milord.

—He intentado dármela yo mismo, pero resulta muy difícil si uno no es un contorsionista. ¡Todo aquel cuento de los *stingahs* y el Long Bar, y aquel fulano llamado Sycamore! Deberíamos haber adivinado en seguida la verdad.

—Ciertamente, deberíamos haberlo hecho, milord.

—Supongo que cuando un hombre tiene una cara tan colorada como aquella, uno tiende a creer que debe de estar diciendo la verdad.

—Es muy posible, milord.

—Y aquellos ojos tan brillantes y azules… Bien, así están las cosas —dijo Bill—. No se puede decir si la culpa fue de la cara colorada o de los ojos azules, pero persiste el hecho de que, como resultado de este esquema general de color, permití que se me utilizara como el pito del sereno y choricease un carísimo colgante con el que el infernal Biggar se ha largado a Londres, proporcionándome con ello la posibilidad de una prolongada estancia en la sombra…, a no ser que…

—¿Milord?

—Iba a decir: «A no ser que usted pueda sugerir algo». Una tontería por mi parte —dijo Bill, con una risita forzada—. ¿Cómo podría tener alguna sugerencia?

—La tengo, milord.

Bill le miró con los ojos desorbitados.

—¿Verdad que no se le ocurriría hacerse el gracioso en momentos como éstos, Jeeves?

—Desde luego que no, milord.

—¿De veras tiene usted un salvavidas que arrojarme antes de que las aguas se cierren sobre mi cabeza?

—Sí, milord. En primer lugar, señalaría a su señoría que hay muy pocas probabilidades, por no decir ninguna, de que su señoría resulte sospechoso del robo de la joya de la señora Spottsworth. Ha desaparecido. El capitán Biggar ha desaparecido. Las autoridades atarán cabos, milord, y le atribuirán automáticamente el delito.

—Alguna posibilidad hay en ese sentido.

—Parecería imposible, milord, que se aferrasen a otra línea de pensamiento.

Bill se animó un poco, aunque sólo un poco.

—Bien, admito que esto da un nuevo cariz a la cosa, pero a mí no me deja al margen. Hay algo que le ha pasado por alto, Jeeves.

—¿Milord?

—El honor de los Rowcester. Éste es el obstáculo con el que tropezamos. Yo no puedo proseguir mi existencia sabiendo que bajo mi propio techado (lleno de goteras, pero al fin y al cabo un techado) le he hurtado un valioso colgante a una invitada atiborrada con mi sal hasta las cejas. ¿Cómo voy a reembolsarle yo la pérdida a la Spottsworth? Tal es el problema hacia el cual hemos de enfocar nuestros cerebros.

—Me disponía a tocar este punto, milord. Su señoría recordará que, al hablar de las sospechas que recaerán sobre el capitán Biggar, he dicho «en primer lugar». En segundo lugar, me disponía a añadir, fácilmente se le podría hacer la debida restitución a la señora Spottsworth, acaso en forma de billete de banco por su importe

exacto enviados anónimamente a sus señas, si a esta dama se le puede persuadir para que adquiera Rowcester Abbey.

—¡Rayos y truenos, Jeeves!

—¿Milord?

—La razón de que haya utilizado la expresión «¡rayos y truenos!» —explicó Bill, con una emoción que le hacía temblar de pies a cabeza—, es el hecho de que, con todo el jaleo causado por los recientes acontecimientos, había olvidado por completo la venta de la casa. ¡Claro! Eso lo resolvería todo, ¿verdad?

—Indiscutiblemente, milord. Incluso una venta a precio de sacrificio permitiría a su señoría hacer…

—¿Lo debido?

—Precisamente, milord. Debo agregar que, camino de las ruinas de la capilla la noche pasada, la señora Spottsworth habló en términos encomiásticos de los encantos de Rowcester Abbey y, al regresar, se mostró igualmente cordial en sus observaciones. En conjunto, milord, yo diría que las perspectivas eran claramente favorables, y, si me es dado ofrecer esta sugerencia, creo que su señoría debería retirarse ahora a la biblioteca y obtener material para lo que llamaríamos una charla con vistas a la venta, revisando los anuncios en la revista *Country Life*, en los cuales, como posiblemente sabrá ya su señoría, se ofrecen en venta virtualmente todas las grandes mansiones que han sido rehusadas como donativo por el National Trust. Su lenguaje es extremadamente persuasivo.

—Sí, conozco el paño. «Esta señorial heredad, con sus avenidas de robles históricos, sus risueños arroyos en los que pululan truchas y tencas, sus vistas soberbias con floridos arbustos…». Sí, compaginaré algo por el estilo.

—Es posible que si le sirvo una media botella de champán en la biblioteca, ello sirva de ayuda a su señoría.

—Piensa usted en todo, Jeeves.

—Su señoría es demasiado amable.

—Media botella puede resultar útil.

—Así lo creo, milord, adecuadamente enfriada.

Unos minutos más tarde, mientras Jeeves atravesaba la sala de estar con el restaurador de cerebros en una pequeña bandeja, Jill entró por la puerta cristalera.

XIX

Es una característica de las mujeres como sexo, y una que confiere crédito a sus gentiles corazones, la de que —a no ser que se trate de amigas de gángsters o algo por el estilo— se retraen ante toda idea de violencia. Incluso cuando el amor ha muerto, les desagrada la idea del hombre con el que otro tiempo estuvieron dispuestas a unir sus vidas, sometido a una serie de latigazos administrados por las manos competentes de un jefe de la policía del condado, hombre de edad provecta pero todavía musculoso. Cuando oyen que el susodicho jefe de la policía esboza planes para una operación de esa naturaleza, su instinto las mueve a ir sin tardanza a la residencia de la víctima en perspectiva y advertirle del peligro, explicándole lo que le depara el futuro.

Para poner a Bill al corriente de los proyectos del padre de ella, Jill había ido a Rowcester Abbey y, al no hablarse ya con su ex prometido, se había estado preguntando cómo se le podía hacer llegar la información de la que ella era portadora. La visión de Jeeves aclaró este punto. Unas breves palabras explicativas a Jeeves, junto con la sugerencia de que aconsejara a Bill que no se dejara ver hasta que el anciano caballero se hubiera retirado, conseguirían lo que ella pretendía y seguidamente ella podría regresar a su casa, cumplido su deber y liquidado por completo aquel desagradable asunto.

—Ah, Jeeves —dijo.

Jeeves había dado media vuelta y la estaba mirando con respetuosa benevolencia.

—Buenas tardes, señorita. Encontrará a su señoría en la biblioteca.

Jill se irguió altivamente. No era muy alta, pero se esmeró en conseguir su máxima estatura.

—No, no lo encontraré —replicó con voz salida directamente del frigorífico—, porque no pienso entrar allí. No tengo el menor deseo de hablar con lord Rowcester. Quiero que usted le dé un mensaje.

—Muy bien, señorita.

—Dígale que mi padre viene hacia acá para pedirle prestado su látigo de montar a fin de darle una tunda con él.

—¿Señorita?

—Es bien sencillo, ¿no? ¿Conoce a mi padre?

—Sí, señorita.

—Pues dígale a lord Rowcester que la combinación de ambos se encamina hacia aquí.

—¿Y si su señoría expresa curiosidad respecto al motivo de este enojo del coronel Wyvern?

—Puede decirle que se debe a que yo le he contado lo ocurrido esta última noche.

O esta mañana, para mayor exactitud. Esta madrugada, a las dos. Él lo entenderá.

—¿A las dos de esta madrugada, señorita? Debía de ser más o menos la hora en que yo he escoltado a la señora Spottsworth hasta la capilla en ruinas. Dicha dama había expresado su deseo de establecer contacto con la aparición de lady Agatha. La esposa de sir Caradoc el Cruzado, señorita, que tan bien se portó, según tengo entendido, en la batalla de Joppa. Ella tiene la reputación de rondar por las ruinas de la capilla.

Jill se derrumbó en un sillón. Una repentina y loca esperanza, que brotaba a través de las grietas de su roto corazón, la había estremecido de proa a popa, convirtiendo sus piernas en gelatina.

—¿Qué…, qué ha dicho?

Jeeves era un hombre amable, y no sólo un hombre amable sino también un hombre capaz de abrir una botella de champán con la rapidez del rayo. Con algo semejante al espíritu de sir Philip Sidney, que dio el agua al hombre tendido en la camilla, él descorchó ahora la botella de la que era portador. La necesidad de Jill, pensó, era más imperiosa que la de Bill.

—Permítame, señorita.

Jill bebió con agradecimiento. Sus ojos se habían agrandado y volvían los colores a su cara.

—Jeeves, esto es una cuestión de vida o muerte —dijo—. A las dos de esta mañana he visto a lord Rowcester salir de la habitación de la señora Spottsworth, con un pijama malva que le daba un aspecto realmente espantoso. ¿Está usted diciéndome que la señora Spottsworth no estaba allí?

—Precisamente, señorita. Ella estaba conmigo en las ruinas de la capilla y me tenía en vilo con su relato de las recientes investigaciones de la Sociedad de Investigación Psíquica.

—¿Y qué hacía entonces lord Rowcester en su dormitorio?

—Hurtaba el colgante de la dama, señorita.

Fue infortunado que al decir estas palabras Jill estuviera tomando un sorbo de champán, pues se atragantó y, puesto que su interlocutor hubiera considerado una libertad indebida golpearle la espalda, pasaron unos momentos antes de que pudiera volver a hablar.

—¿Hurtaba el colgante de la señora Spottsworth?

—Sí, señorita. Es una historia larga y un tanto intrincada, pero si desea que yo le exponga los puntos más sobresalientes de la misma, lo haré con sumo gusto. ¿Le interesaría oír la crónica interna de las recientes actividades de su señoría, culminando, como ya he indicado, en la sustracción de la joya de la señora Spottsworth?

Jill contuvo el aliento.

—Ya lo creo que sí, Jeeves.

—Muy bien, señorita. En este caso debo hablar de aquél que amaba con imprudencia pero con excesiva generosidad, de aquél cuyos ojos subyugados, aunque poco acostumbrados a derretirse, dejan caer lágrimas con tanta rapidez como los árboles arábigos su goma medicinal.

—¡Jeeves!

—¿Señorita?

—¿Se puede saber de qué está hablando?

Jeeves se mostró algo dolido.

—Me esforzaba en explicar que por amor a usted, señorita, su señoría se convirtió en un corredor de apuestas en los hipódromos.

—¿En un qué?

—Habiendo empeñado su palabra con usted, señorita, su señoría pensó (acertadamente, en mi opinión) que para sustentar a una esposa se requeriría de unos ingresos considerablemente superiores a los que hasta entonces había estado obteniendo. Después de sopesar y rechazar las ventajas de otras profesiones, decidió lanzarse a la carrera de corredor de apuestas en las carreras de caballos, bajo el nombre de Honrado Patch Perkins. Yo oficiaba como dependiente de su señoría y ambos llevábamos bigotes falsos.

Jill abrió la boca y acto seguido, como si pensara que cualquier forma de discurso seria inadecuada, volvió a cerrarla.

—Durante algún tiempo, esta actividad dio pingües beneficios. En tres días, en Doncaster tuvimos tanta suerte que amasamos una suma no inferior a cuatrocientas veinte libras, y movidos por el optimismo nos trasladamos entonces a Epsom para asistir al Oaks. Pero el desastre acechaba allí a su señoría. Utilizar la metáfora de que cambió el signo de la marea sería inadecuado. Lo que se abatió sobre su señoría no fue tanto una marea como un maremoto. El capitán Biggar, señorita. Ganó un doblete a expensas de su señoría: cinco libras por *Lucy Glitters* a cien contra seis, con la ganancia de jugar por *Madre de Whistler*, al tenor de la cotización de ésta.

—¿Y cuál era esa cotización? —preguntó Jill con voz débil.

—Lamento profundamente decirle, señorita, que era de treinta y tres a uno. Y, puesto que imprudentemente se había negado a rehusar esta apuesta, el cataclismo resultante dejó a su señoría en la infortunada posición de deberle al capitán Biggar algo más de tres mil libras, sin ningún activo que le permitiera hacer honor a sus obligaciones.

—¡Cielos!

—Sí, señorita. Su señoría se vio obligado a efectuar una partida un tanto apresurada desde el hipódromo, seguido por el capitán Biggar, que le apostrofaba a gritos, pero después de conseguir deshacernos de su perseguidor, a unos quince

kilómetros de la Abadía, quisimos esperar que el episodio hubiese concluido y que para el capitán Biggar su señoría se mantuviera meramente como una figura vaga e inidentificable, con un mostacho bien poblado. Pero no sería así, señorita. El capitán siguió a su señoría hasta aquí, penetró en su incógnito y exigió el pago inmediato de la deuda.

—Pero Bill no tenía dinero…

—Precisamente, señorita, y su señoría no dejó de subrayar este punto. Y fue entonces cuando el capitán Biggar propuso que su señoría se asegurase la posesión del colgante de la señora Spottsworth, afirmando, al topar con un *nolle prosequi* por parte de su señoría, que el objeto en cuestión había sido entregado por él a dicha dama unos años antes, cosa que le autorizaba moralmente a tomarlo prestado. Al reflexionar al respecto, esa historia parece un tanto endeble, pero fue narrada con tanta riqueza de detalles corroborativos que en aquellos momentos nos convenció, y su señoría, que había jurado que nunca consentiría, acabó por consentir. ¿Me explico con claridad, señorita?

—Con toda claridad. ¿No le importa que mi cabeza dé vueltas?

—En absoluto, señorita. Surgió entonces la cuestión de cómo se efectuaría la operación, y finalmente se dispuso que yo haría salir a la señora Spottsworth de su habitación, con el pretexto de que se había visto a lady Agatha en la capilla en ruinas, y que durante su ausencia su señoría entraría y obtendría la joya. Este ardid tuvo éxito. El colgante fue debidamente entregado al capitán Biggar, que se lo ha llevado a Londres con el propósito de empeñarlo e invertir lo cobrado en el caballo irlandés *Ballymore*, sobre cuyas posibilidades él se muestra extremadamente seguro. Y con respecto al pijama malva de su señoría, al que usted ha aludido con tono despectivo hace poco, espero convencer a su señoría de que un azul tranquilo o un verde pistacho…

Pero a Jill no le interesaban los pijamas de Rowcester ni las medidas que se estuvieran tomando para corregir los excesos en el color malva. Estaba aporreando la puerta de la biblioteca.

—¡Bill! ¡Bill! —gritó como una mujer privada hasta entonces de su enamorado, y Bill, al oír aquella voz, salió con la prontitud de un tapón descorchado por Jeeves—. ¡Oh, Bill! —exclamó Jill, lanzándose a sus brazos—. ¡Jeeves me lo ha contado todo!

Sobre la cabeza que descansaba en su pecho, Bill dirigió una ansiosa mirada a Jeeves.

—Cuando dice todo, ¿quiere decir todo?

—Sí, milord. Lo juzgué aconsejable.

—Sé todo lo del Honrado Patch Perkins y tu bigote, y lo del capitán Biggar y *Madre de Whistler*, y la señora Spottsworth y el colgante —dijo Jill, acurrucándose entre los brazos de él.

Le parecía tan extraño a Bill que una chica que supiera todo aquello se acurrucara entre sus brazos, que se vio obligado a soltarla por un momento, dar unos pasos y tomar un sorbo de champán.

—¿Y afirmas de veras —dijo, volviendo y abrazando de nuevo a la joven— que no retrocedes ante mí, horrorizada?

—Claro que no retrocedo ante ti, horrorizada. ¿Acaso doy esa impresión?

—Pues no —contestó Bill, tras haber considerado este punto. Besó los labios de ella, su frente, sus orejas y el punto más alto de su cabeza—. Pero lo malo es que bien podrías retroceder ante mí, horrorizada, puesto que no sé cómo diablos llegaremos a casarnos. No tengo ni un clavo y, como sea, debo conseguir una pequeña fortuna para pagarle su colgante a la señora Spottsworth. *Noblesse oblige*, si entiendes lo que quiero decir. Por lo tanto, si no le vendo la casa…

—Claro que le venderás la casa.

—¿Sí? Pues no lo sé… aunque desde luego lo intentaré. ¿Y dónde diablos se ha metido ella? Estaba aquí cuando hace un rato he entrado en la biblioteca. Me gustaría que se dejara ver. Me he atiborrado de textos de *Country Life*, y si no se deja ver pronto se me evaporarán.

—Perdone, milord —dijo Jeeves, que durante esta última conversación se había retirado discretamente junto a la ventana—. La señora Spottsworth y la señora de la casa cruzan en estos momentos el césped.

Se hizo a un lado con un gesto cortés y entró la señora Spottsworth, seguida por Mónica.

—¡Jill! —exclamó Mónica, deteniéndose asombrada—. ¡Válgame el cielo!

—Sí, todo va bien —explicó Jill—. Se ha producido un cambio en la situación. Sigue el noviazgo.

—Oye, me alegro mucho. Le he estado enseñando el lugar a Rosalinda…

—… con sus avenidas de robles históricos, sus risueños arroyos en los que pululan truchas y tencas, sus vistas soberbias con floridos arbustos… ¿Qué te parece? —dijo Bill.

La señora Spottsworth unió sus manos y cerró extáticamente los ojos.

—¡Es maravilloso, maravilloso! —aseguró—. No comprendo cómo puedes haber decidido separarte de él, Billiken.

Bill estuvo a punto de atragantarse con la saliva.

—¿Voy a separarme de él?

—Sin la menor duda —contestó enfáticamente la señora Spottsworth—, si a mí se me concede voz y voto en ello. Ésta es la casa de mis sueños. ¿Cuánto quieres por ella, llaves en mano?

—Me has dejado sin habla.

—Es mi manera de ser. Nunca he podido soportar los tanteos. Si quiero una cosa,

lo digo y extiendo un cheque. Te diré lo que haremos ahora. ¿Qué te parece si te pago un anticipo de dos mil libras y más tarde decidimos el precio de compra?

—¿No puede ser de tres mil?

—Claro que sí. —La señora Spottsworth desenroscó el capuchón de su pluma estilográfica y acto seguido hizo una pausa—. Un detalle, sin embargo, antes de que firme en la línea de puntos. Aquí no habrá humedad, ¿verdad?

—¿Humedad? —dijo Mónica—. Pues claro que no.

—¿Estás segura?

—Esto es más seco que un hueso.

—Perfecto. Es que la humedad es mortal para mí. Fibrositis y ciática.

Rory atravesó entonces la puerta-ventana del jardín, cargado de rosas.

—Un ramillete para ti, Moke, querida, con el cariño de R. Carmoyle —dijo, depositando las flores en las manos de Mónica—. Oye, Bill, está empezando a llover.

—Y qué.

—¿Y qué? —repitió Rory, sorprendido—. Mi querido amigo, ya sabes lo que ocurre en esta casa cuando llueve. Agua a través del tejado, agua a través de las paredes, agua en todas partes… Me disponía a sugerir, meramente en un espíritu de amable *boy scout*, la conveniencia de poner unos cubos debajo de la claraboya del piso alto. Ésta es una casa muy húmeda —explicó, dirigiéndose a la señora Spottsworth en un tono confidencial—. Muy cerca del río, como usted sabe. A menudo digo que, en tanto que en los meses de verano el río se encuentra en el fondo del jardín, en los meses invernales el jardín está en el fondo del…

—Perdone, señora —dijo la camarera Ellen, apareciendo en el umbral—. ¿Podría hablar con la señora Spottsworth, señora?

La señora Spottsworth, que había estado mirando, estupefacta, a Rory, se volvió, pluma en mano.

—¿Qué hay?

—Señora —dijo Ellen—, le han afanado su colgante.

Nunca había sido una muchacha capaz de dar una noticia con precauciones.

XX

Con una satisfacción considerable por su parte, Ellen se vio convertida en el centro de atracción. Todos los ojos se habían enfocado hacia ella, y eran en su mayoría unos ojos muy abiertos. Los de Bill, en particular, daban la impresión de querer abandonar sus órbitas.

—Eso es —continuó, con modales un poco más refinados que los de la pareja Bulstrode-Trelawny—. Estaba preparando sus ropas para esta noche, señora, y me he dicho que probablemente desearía ponerse otra vez el colgante, de modo que me he permitido mirar en la cajita y no estaba en ella, señora. Ha sido robado.

La señora Spottsworth dejó escapar un respingo. La joya en cuestión tenía escaso valor intrínseco —tal como le había dicho al capitán Biggar, no podía haber costado más de diez mil dólares— pero, tal como le había dicho también al capitán Biggar, no dejaba de poseer un valor sentimental para ella. Estaba a punto de expresar su preocupación en palabras, cuando Bill inquirió:

—¿Qué quiere decir con eso de que ha sido robado? —Era evidente que semejante sugerencia le causaba una afrenta—. Lo más probable es que no haya mirado debidamente dónde estaba.

La respuesta de Ellen fue respetuosa pero firme.

—Ha volado, milord.

—Tal vez se le haya caído en alguna parte, señora Spottsworth —dijo Jill—. ¿Acaso estaba flojo su cierre?

—Pues sí —contestó la señora Spottsworth—. El cierre estaba flojo. Sin embargo, recuerdo claramente haberlo metido esta noche en el joyero.

—Pues ahora no está allí, señora —insistió Ellen.

—Subamos y busquemos a fondo —sugirió Mónica.

—Lo haremos —dijo la señora Spottsworth—. Pero me temo… mucho me temo…

Abandonó la habitación siguiendo a Ellen y Mónica, haciendo una pausa ante la puerta, miró a Rory ominosamente por unos instantes.

—Muy bien, Bill —dijo—, o sea que finalmente no venderás la casa. Y si a este bocazas aquí presente no se le hubiera ocurrido hablar de agua y cubos, aquel cheque se habría firmado.

Se retiró y Rory miró a Bill, sorprendido.

—¿Acaso me he tirado una plancha? Bill se echó a reír amargamente.

—Si alguien recogiera tus planchas, al cabo de un mes podría poner una tienda con ellas.

—Referente a ese colgante… ¿hay algo que yo pueda hacer?

—Sí, mantenerte al margen.

—Podría ir en coche a buscar a algún miembro de la policía local.

—Ni pensarlo. —Bill consultó su reloj—. El Derby comenzará dentro de unos minutos. Ve a preparar el televisor.

—De acuerdo —contestó Rory—, pero si me necesitas, pégame un grito.

Desapareció en la biblioteca y Bill se volvió hacia Jeeves, que una vez más había sabido borrarse. En momentos de crisis doméstica, Jeeves tenía el don, compartido por todos los buenos mayordomos, de crear la ilusión de no estar presente. Se encontraba ahora en el extremo más distante de la habitación, y parecía disecado.

—¡Jeeves!

—¿Milord? —dijo Jeeves, volviendo a la vida como una Galatea en versión masculina.

—¿Alguna sugerencia?

—Nada que tenga un valor práctico, milord. Sin embargo, se me acaba de ocurrir un pensamiento que me permite asumir una visión algo más radiante de la situación. Hace poco, hablábamos del capitán Biggar como un caballero que se había retirado permanentemente de nuestro medio ambiente. ¿No le parece probable a su señoría que, en el caso de salir victorioso *Ballymore*, el capitán, al verse poseedor de abundantes fondos, lleve a cabo su plan original de recuperar el colgante, devolverlo y fingir haberlo encontrado en los alrededores?

Bill se mordió el labio.

—¿Usted lo cree?

—Para él, sería el camino más prudente a seguir, milord. La sospecha, como digo yo, se abatirá inevitablemente sobre él, y el hecho de no devolver la joya le colocaría en la desagradable posición de verse convertido en un hombre acosado, en continuo peligro de ser aprehendido por las autoridades. Estoy convencido de que, si *Ballymore* gana, veremos de nuevo al capitán Biggar.

—Si *Ballymore* gana.

—Desde luego, milord.

—Entonces, todo nuestro futuro depende de lo que haga ese caballo.

—Tal es la situación, milord. Jill lanzó un grito apasionado.

—¡Voy a empezar a rezar!

—Hazlo, sí —dijo Bill—. Reza para que *Ballymore* corra como no ha corrido hasta hoy. Reza sin parar. Reza por toda la casa. Reza…

En aquel momento regresaron Mónica y la señora Spottsworth.

—Desde luego —dijo Mónica—, ha desaparecido. De ello no hay la menor duda. Acaba de telefonear a la policía.

Bill pegó un brinco.

—¿Qué?

—Sí. Rosalinda no quería que lo hiciera, pero yo he insistido. Le he dicho que tú

nunca permitirías que no se hiciera todo lo posible por capturar al ladrón.

—Tú…, ¿tú crees que el colgante ha sido robado?

—Es la única explicación posible. La señora Spottsworth suspiró.

—¡Vaya! Siento de veras haber causado todo este jaleo.

—No faltaría más, Rosalinda. A Bill no le importa. Lo que Bill desea es ver al ladrón detenido y a buen recaudo. ¿No es así, Bill?

—¡Sí, «señor»! —contestó Bill.

—Y esperemos que pase una buena temporada en la cárcel.

—No debemos ser vengativos.

—No —dijo la señora Spottsworth—. Es cierto. Justicia sí, pero no venganza.

—Una cosa es bien segura —dijo Mónica—. Es un trabajo realizado por alguien de la casa.

Bill se rebulló, inquieto.

—¿Tú crees?

—Sí, y tengo una buena idea acerca de la identidad del culpable.

—¿Quién es?

—Alguien que esta mañana tenía los nervios en un estado terrible.

—¿Sí?

—Su taza y el platillo de ésta tintineaban como castañuelas.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Durante el desayuno. ¿Queréis que cite nombres?

—Adelante.

—¡El capitán Biggar!

La señora Spottsworth se sobresaltó.

—¿Qué?

—Tú no estabas presente, Rosalinda, pues estoy segura de que también lo hubieras notado. Estaba tan nervioso como una manada de elefantes.

—¡Ah, no, no! ¿El capitán Biggar? No puedo ni quiero creerlo. Si el capitán Biggar fuese culpable, yo perdería mi fe en la naturaleza humana. Y eso sería un golpe mucho peor que el de la pérdida del colgante.

—El colgante ha desaparecido y él también. ¿No os parece que la cosa concuerda? Bueno, de todos modos pronto lo sabremos —dijo Mónica.

—¿Por qué estás tan segura?

—Pues por el joyero, claro. La policía se lo llevará y le buscarán las huellas dactilares. ¿Qué te ocurre, Bill?

—No ocurre nada —contestó Bill, que había pegado un salto de casi medio metro en pleno aire, pero no veía motivo para revelar el repentino y doloroso pensamiento que había motivado tan aparatosa exhibición—. Oiga, Jeeves.

—¿Mi lord?

—Lady Carmoyle está hablando del joyero de la señora Spottsworth.

—¿Sí, milord?

—Acaba de hacer la interesante sugerencia de que el villano pudo haber olvidado ponerse guantes, en cuyo caso sus huellas dactilares llenarían el condenado joyero. Sería una suerte, ¿verdad?

—Un hecho extremadamente afortunado, milord.

—Apuesto que él está deseando no haber sido tan imprudente.

—Sí, milord.

—Y poder borrarlas todas.

—Sí, milord.

—Usted podría ir a hacerse cargo de aquel trasto, a fin de tenerlo a la disposición de la policía cuando llegue.

—Muy bien, milord.

—Sosténgalo por los cantos, Jeeves. No debe alterar esas huellas.

—Emplearé el máximo cuidado, milord —aseguró Jeeves, y salió casi en el mismo momento en que el coronel Wyvern entraba por la puerta-ventana.

Y al efectuar su entrada, Jill, sabiendo que cuando un hombre se encuentra en un estado de extrema agitación nada necesita tanto como el cordial afecto de una mujer, rodeó con sus brazos el cuello de Bill y empezó a besarle tiernamente. El espectáculo frenó en seco al coronel. Lo confundió. Dada esta situación, era difícil abordar el tema de los látigos.

—¡Ja, hrr'mff! —hizo, y Mónica se volvió en redondo, asombrada.

—¡Caray! —exclamó—. Se ha dado mucha prisa. Apenas han pasado cinco minutos desde mi llamada telefónica.

—¿Eh?

—Hola, papá —dijo Jill—. Precisamente esperábamos tu llegada. ¿Has traído tus sabuesos y tu lupa?

—¿De qué diablos estás hablando?

Mónica se mostró perpleja.

—¿Acaso no ha venido a causa de mi llamada telefónica, coronel?

—Hablan todos de una llamada telefónica. ¿Qué llamada telefónica? Yo he venido a ver a lord Rowcester para un asunto personal. ¿Qué es esa historia de la llamada telefónica?

—Han robado el colgante de brillantes de la señora Spottsworth, papá.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo?

—Le presento a la señora Spottsworth —dijo Mónica—. El coronel Wyvern, Rosalinda, es nuestro jefe de policía.

—Encantado —dijo el coronel Wyvern, con una galante inclinación, pero un momento después volvía a ser de nuevo el sagaz e implacable policía—. Conque le

han robado su colgante, ¿eh? Malo, malo. —Extrajo de su bolsillo una libreta y un lápiz—. Alguien de la casa, ¿verdad?

—Eso es lo que creemos.

—Entonces necesitaré una lista de todos los que viven en ella. Jill se adelantó, con las manos extendidas.

—Wyvern, Jill —dijo—. Póngame las esposas, oficial. No opondré resistencia.

—Vamos, no seas borrica —rezongó el coronel Wyvern.

Algo golpeó levemente la puerta. Bien podía tratarse de un pie.

Bill abrió la puerta, revelando con ello a Jeeves, que llevaba el joyero sosteniendo sus extremos opuestos con un pañuelo.

—Gracias, milord —dijo.

Avanzó hacia la mesa y con gran cuidado depositó el estuche en ella.

—Es el estuche en el que se encontraba el colgante —explicó la señora Spottsworth.

—Perfecto. —El coronel Wyvern miró a Jeeves con aprobación—. Me gusta ver que lo ha manejado con tanto cuidado, buen hombre.

—Jeeves siempre es de fiar —dijo Bill.

—Y ahora, los nombres —exigió el coronel Wyvern.

Pero mientras hablaba se abrió de golpe la puerta de la biblioteca y entró Rory tambaleándose, con el horror inscrito en todas sus facciones.

XXI

—¡Os aseguro, muchachos, que acaba de ocurrir la cosa más horrorosa del mundo! —exclamó Rory.

Mónica lanzó un gemido plañidero.

—¿Y nada más?

—Es que esto es el colmo de todos los colmos. El Derby acaba de comenzar…

—Rory, está aquí el jefe de la policía.

—… y el televisor se ha puesto en blanco. Sí, claro, supongo que ha sido culpa mía. Estaba tratando de conseguir un ajuste perfecto, y debo de haber tocado el cable que no era.

—Rory, te presento al coronel Wyvern, jefe de la policía del condado.

—¿Cómo está usted, jefe? ¿Sabe algo de televisión? El coronel se irguió.

—¡En absoluto!

—¿No podría arreglar un televisor? —preguntó Rory, anhelante—. Claro que ya no queda tiempo. La carrera casi habrá terminado. ¿Y la radio?

—En la esquina, sir Roderick —indicó Jeeves.

—¡Oh, gracias a Dios! —gritó Rory, galopando hacia ella—. Venga a echarme una mano, Jeeves.

El jefe de la policía local habló con frialdad:

—¿Quién es este caballero?

—Aquí donde le ve —contestó Mónica, con un tono de excusa—, es mi esposo, sir Roderick Carmoyle.

El coronel Wyvern avanzó hacia Rory tan majestuosamente como le permitió su escasa estatura, y se dirigió al asiento de sus pantalones, la única parte visible de él después de inclinarse sobre la radio.

—Sir Roderick, estoy efectuando una investigación.

—Pero ¿verdad que la aplazará para escuchar el Derby?

—Cuando cumplo con mi deber, sir Roderick, no permito ninguna interferencia. Quiero una lista…

La radio, al vociferar de repente, le proporcionó una.

—… *Taj Mahal*, *Sweet William*, *Garniture*, *Moke Segundo*, *Voleur*… Una lista impresionante, ¿verdad? —dijo la radio—. Y ahí va *Gordon Richards*. Son muchos los convencidos de que hoy será su día de suerte. No veo a *Bellwether*… Ah, sí, ahora da la vuelta y vuelve hacia la cerca… Deberían dar la salida dentro de unos momentos… No, lo siento… Otros dos han dado media vuelta. Uno de ellos se está mostrando muy temperamental. Creo que es *Simple Simón*. No, es ese irlandés desconocido, *Ballymore*.

El jefe de la policía frunció el ceño.

—De hecho, debo pedir…

—Está bien, la apagaré —dijo Rory, e inmediatamente, por tratarse de Rory, aumentó su volumen.

—¡Ya están alineados! —chilló la radio, como un vendedor ambulante que llamara la atención sobre sus naranjas sanguinas—. ¡Los veintiséis!… Ya salen… *Ballymore* se ha quedado en su lugar…

Jill lanzó un grito penetrante.

—¡Oh, no!

—*Vaurien* —prosiguió la radio, que ahora, debido a las manipulaciones de Rory, hablaba en un susurro casi inaudible, como un inválido que pronunciara sus últimas palabras desde su lecho de enfermo— ocupa el primer lugar. Es el caballo de Boussac. —La voz se alzó un tanto—. *Taj Mahal se* encuentra inmediatamente detrás. Veo a *Escalera. Escalera* hace un gran esfuerzo. Veo a *Sweet William*. Veo a *Moke Segundo*. Veo a…

Y aquí los parásitos del aire se impusieron de nuevo y el resto se perdió en una especie de chillido ratonil.

El jefe de la policía del condado exhaló un suspiro de alivio.

—¡Aja! ¡Por fin! Vamos a ver, lord Rowcester. ¿Cuántos sirvientes tiene usted aquí?

Bill no contestó. Semejante a una figura mecánica, avanzaba hacia la radio como si le moviera una fuerza invisible.

—Hay una cocinera —dijo Mónica.

—Una viuda, señor —explicó Jeeves—. Mary Jane Piggott. Rory miró a su alrededor.

—¿Piggott? ¿Quién ha dicho Piggott?

—Una camarera —continuó Mónica, mientras Jill, como Bill, caminaba hacia la radio sumida en una especie de trance—. Se llama Ellen. Ellen ¿y qué más, Jeeves?

—French, señora. Ellen Tallulah French.

—El caballo francés —aulló la radio, en un nuevo acceso de energía— continúa en primer lugar, y le siguen *Moke Segundo, Escalera, Taj Mahal…*

—¿Y el jardinero?

—No, no hay ningún *Jardinero* —dijo Rory—. Usted se refiere a *Garniture*.

—… *Sweet William, Oratorio… Vaurien* pierde terreno, y *Garniture…*

—¿Lo ve? —exclamó Rory.

—… y *Moke Segundo* avanzan.

—Ése es el mío —anunció Mónica y, con una extraña expresión de fija decisión en su rostro, empezó a moverse hacia la radio.

—Parece como si *Gordon Richards* fuera a ganar finalmente el Derby. Han dejado atrás la colina y enfilan Tattenham Corner, con *Moke Segundo* al frente y

Gordon junto a él. Sólo queda media milla y…

—Sí, señor —dijo Jeeves, totalmente impertérrito—, hay un jardinero, un hombre de edad avanzada llamado Percy Wellbeloved. Se produjo de pronto en la radio un frenesí de excitación.

—¡Oh!… ¡Oh!… Hay un caballo que avanza por el exterior. Llega como un tren expreso. No puedo identificarlo…

—Es emocionante, ¿verdad? —comentó la señora Spottsworth. Se dirigió hacia la radio y junto al jefe de la policía sólo quedó Jeeves. El coronel Wyvern escribía laboriosamente en su libreta.

—Es *Ballymore*. El caballo es *Ballymore*. Le gana terreno a *Moke*. ¡Oigan cómo la multitud grita «Adelante, *Gordon*»!

«Moke… Gordon…», escribió el coronel Wyvern.

—¡Vamos, *Gordon*! —gritó Mónica. La radio se hacía ahora incoherente.

—Es *Ballymore…* No, es *Moke…* No, *Ballymore…* No, *Moke…* No…

—Decídete de una vez —pidió Rory.

Por unos momentos, el coronel Wyvern había permanecido inmóvil, con su libreta de notas como congelada en su mano. Pasó ahora una especie de escalofrío a través de él, y su mirada pareció extraviarse. Blandiendo su lápiz, se abalanzó hacia la radio.

—¡Vamos, *Gordon*! —rugió—. ¡Vamos, *Gordon*!

—Vamos, *Ballymore* —dijo Jeeves, con tranquila dignidad.

La radio había abandonado ya toda pretensión de caballeresco comedimiento. Era como si se hubiera alimentado con ambrosía y bebido la leche del Paraíso.

—¡Final por foto! —chilló—. ¡Final por foto! ¡Final por foto! Por primera vez en la historia del Derby. Final por foto. *Escalera* en tercer lugar.

De mala gana, el jefe de la policía local dio media vuelta y volvió al lado de Jeeves.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba el jardinero? ¿Clarence Wilberforce, ha dicho?

—Percy Wellbeloved, señor.

—Extraño nombre.

—Creo que procede del Shropshire, señor.

—¿Sí? Percy Wellbeloved. ¿Esto completa la nómina del personal?

—Sí, señor, excepto yo mismo.

Rory abandonó la radio y regresó secándose la frente.

—Ese *Taj Mahal* me ha dejado a medio camino —rezongó amargamente—. ¿Por qué no acierto nunca un ganador en esa condenada carrera?

—¿*Moke* no te sugería un ganador? —preguntó Mónica.

—¿Eh? No. ¿Por qué? ¿Por qué me lo había de sugerir?

—Que Dios te ampare, Roderick Carmoyle.

El coronel Wyvern volvía a ser el de siempre.

—Me agradaría —dijo con voz seca y oficial— inspeccionar el escenario del robo.

—Yo le acompañaré —se ofreció la señora Spottsworth—. ¿Quieres venir también, Mónica?

—Sí, claro —contestó Mónica—. Seguiréis escuchando, ¿verdad?, para saber lo que dice la foto.

—Y yo enviaré esto a nuestra comisaría —dijo el coronel Wyvern, alzando el estuche de las joyas por una esquina—, y veremos qué nos explica.

Salieron los dos y Rory se dirigió hacia la puerta de la biblioteca.

—Iré a ver si realmente he estropeado aquel televisor —explicó—. Todo lo que hice fue doblar un poco un cable. —Se desperezó bostezando—. Maldito Derby —dijo—. Aunque gane *Moke Segundo*, mi mujer sólo juega diez chelines a uno contra ocho.

La puerta de la biblioteca se cerró tras él.

—Jeeves —dijo Bill—, he de beber algo.

—Se lo traeré inmediatamente, milord.

—No, no lo traiga. Yo iré a su despensa.

—Y yo iré contigo —dijo Jill—. Pero debemos esperar para oír el resultado. Esperemos que *Ballymore* haya tenido el suficiente sentido común de sacar la lengua al llegar.

—¡Atención! —gritó Bill.

La radio había empezado a hablar.

—Cientos de miles de libras dependen de lo que decida esa fotografía —decía con la voz más bien queda del hombre que se está recuperando de una resaca. Parecía algo avergonzada de su reciente emoción—. El número saldrá de un momento a otro. Sí, aquí está…

—¡Vamos, *Ballymore*! —chilló Jill.

—¡Vamos, *Ballymore*! —gritó Bill.

—¡Vamos, *Ballymore*! —dijo Jeeves, con gran reserva.

—Gana *Moke Segundo* —anunció la radio—. *Ballymore* ha tenido mala suerte. Ha hecho una carrera espléndida y, de no haber sido por aquella mala salida, habría ganado al trote. Su derrota evita a los corredores de apuestas una pérdida tremenda. Una suma enorme fue apostada por el caballo irlandés diez minutos antes de dar la salida, evidentemente a causa de uno de esos rumores que son tan…

Muy serio, con el aspecto del hombre que deposita una corona sobre la tumba de un viejo amigo, Bill apagó la radio.

—Vamos —dijo—. Por suerte, todavía queda champán.

XXII

La señora Spottsworth descendió lentamente la escalera. Mónica y el jefe de la policía local proseguían todavía su examen del lugar del delito, pero habían estado hablando sin circunloquios del capitán Biggar y la tendencia de sus observaciones le había hecho sentirse como si le clavaran puñales en su corazón. Cuando una mujer ama a un hombre con todas las fibras de su generosa naturaleza, nunca le puede resultar agradable oír a ese hombre aludido como un chorizo de cara roja (Mónica), y como un sinvergüenza que no tiene ninguna posibilidad de escapar y que inevitablemente será capturado y metido en chirona (coronel Wyvern). Tenía ahora la intención de ir a aquel banco rústico, sentarse en él y pensar en lo que pudo haber sido.

El banco rústico estaba situado en el punto de convergencia de dos caminos alfombrados de musgo frente al río que discurría —aunque sólo, como hemos visto, durante los meses de verano— por el fondo del jardín. Unos arbustos floridos lo ocultaban a la vista de quien se acercara a él, y hasta que dobló la última esquina la señora Spottsworth no pudo percibir que tenía ya un ocupante. Y ante la visión de aquel ocupante, se quedó por unos momentos como paralizada. Después, brotó de sus labios un grito tan parecido al de un cebú que llamara a su pareja que el capitán Biggar, que había estado sentado allí y sumido en profundos ensueños, mientras contemplaba un caracol, tuvo la momentánea ilusión de encontrarse otra vez en África. Se levantó de un salto y, durante un largo instante, permanecieron inmóviles los dos, mirándose con ojos desorbitados, mientras los diversos pájaros, junto con las abejas, avispas, mosquitos y otros insectos que operaban en las inmediaciones, proseguían sus actividades como si nada sensacional hubiera ocurrido. El caracol, en particular, se mostraba totalmente indiferente.

La señora Spottsworth no compartió tan manifiesta distracción. Ella se sintió conmovida hasta lo más profundo de su ser.

—¡Tú! —gritó—. ¡Oh, sabía que vendrías! Ellos decían que no, pero yo sabía que sí.

El capitán Biggar había inclinado la cabeza. El hombre parecía aplastado, incapaz de todo movimiento. Un rinoceronte, de haberle visto ahora, hubiera cobrado ánimos y cargado contra él sin temor, pensando que la cosa iba a resultar fácil.

—No pude hacerlo —murmuró—. Empecé a pensar en ti y en los compañeros del club, y no pude hacerlo.

—¿El club?

—El Club Anglo-Malayo en Kuala Lumpur, donde los hombres son blancos y la honradez se da por sentada. Sí, pensé en los amigos. Pensé en Tubby Frobisher. ¿Sería yo capaz de volver a mirarle otra vez, en su único ojo sano? Y entonces pensé

que tú habías confiado en mí porque… porque yo era un inglés. Y me dije que ya no se trataba tan sólo del Anglo-Malayo, de Tubby y del Subahdar, de Doc y de Squiffy… Cuthbert Biggar, me dije, te estás cargando a todo el Imperio británico.

La señora Spottsworth estuvo a punto de atragantarse.

—¿Es que lo…, es que te lo quedaste tú?

El capitán Biggar alzó la barbilla y cuadró los hombros. Era casi él mismo otra vez, después de haber pronunciado aquellas valerosas palabras, tan él mismo que el rinoceronte, tras echarle una mirada, habría cambiado de planes y decidido que tenía una cita en otra parte.

—Yo me lo quedé y yo lo devuelvo —dijo con una voz firme y resonante, mientras sacaba el colgante de su bolsillo de la cadera—. La idea consistía meramente en tomarlo prestado por un día, como garantía de seguridad para una jugada. Pero no pude hacerlo. Habría podido significar una fortuna, pero no pude hacerlo.

La señora Spottsworth dobló la cabeza.

—Pónmelo alrededor del cuello, Cuthbert —susurró.

El capitán Biggar miró con incredulidad los pelos de la nuca de ella.

—¿Quieres que lo haga? ¿No te importa que te toque?

—Pónmelo alrededor del cuello —repitió la señora Spottsworth. El capitán lo hizo reverentemente, y hubo una pausa.

—Sí —dijo el capitán—, hubiera podido ganar una fortuna, ¿y quieres que te diga por qué quería yo una fortuna? No quiero que te hagas la idea de que soy un hombre que concede valor al dinero. Pregunta a cualquiera de los amigos, allá en Oriente, y te dirán: «Dale a Bwana Biggar su Gibbs 505, su bistec de antílope por la noche, déjale respirar el limpio aire de Dios y volver su cara hacia el buen sol que Dios creó, y él no pedirá nada más». Pero era imperativo que yo pudiera echar mano a algo de fondos a fin de encontrarme en una posición que me permitiera declararte mi amor. Rosie… oí que te llamaban así y quiero usar ese nombre… Rosie, yo te amo. Te amé desde aquel primer momento en Kenia, cuando tú te apeaste del coche y yo dije: «Ah, la mensahib». Todos estos años he soñado contigo, y en este mismo banco, la noche pasada, fue todo lo que pude hacer para impedirme el mostrarte mi corazón. Ahora ya no importa. Puedo hablar ahora, porque vamos a separarnos para siempre. Pronto caminaré bajo el crepúsculo… y solo.

Hizo una pausa, y la señora Spottsworth habló. Había una cierta contundencia en su voz.

—No caminarás solo bajo ningún crepúsculo —dijo—. ¡No faltaría más! ¿Por qué quieres caminar solo bajo el crepúsculo?

El capitán Biggar mostró una débil y triste sonrisa.

—No es que yo no quiera caminar a solas bajo los crepúsculos, mi querida

señora. Es el código. El código que dice que un hombre pobre no debe proponerle matrimonio a una mujer rica, pues si lo hace deja de ser respetable y de jugar con el bate recto.

—Nunca he oído una tontería tan grande en toda mi vida. ¿Quién empezó ese cuento?

—No puedo decir quién lo empezó, pero es la norma que rige las vidas de hombres como Squiffy y Doc, y como el Subahdar y Augustus Frobisher.

La señora Spottsworth dejó escapar una exclamación.

—¿Augustus Frobisher? ¡Un momento! Hace rato que estaba pensando que algo había de familiar en ese apellido Frobisher, y ahora tú dices que se llama Augustus… Ese amigo tuyo, ese Frobisher, ¿es un tipo con la cara muy colorada?

—Todos tenemos la cara colorada al este de Suez.

—¿Y lleva un bigote pequeño e hirsuto?

—Bigotes pequeños e hirsutos también son corrientes allí.

—¿Tartamudea un poco? ¿Tiene un pequeño lunar en la mejilla izquierda? ¿Tiene un ojo verde y el otro de cristal?

El capitán Biggar quedó estupefacto.

—¡Santo cielo! Ése es Tubby. ¿Le conoces?

—¿Que si le conozco? ¡Vaya si le conozco! Tan sólo una semana antes de marcharme de Estados Unidos, estuve cantando «Oh, amor perfecto» en su boda.

El capitán Biggar la miró con ojos desorbitados.

—*¡Howki wa hoo!* —exclamó—. ¿Se ha casado Tubby?

—Desde luego que sí. ¿Y sabes con quién se ha casado? Pues con Cora Rita Rockmetteller, viuda de Sigsbee Rockmetteller, el Rey de las Sardinas, una mujer con muchísimo más dinero del que pueda tener yo. Y ahora ya ves lo mucho que sirve tu dichoso código. Cuando Augustus Frobisher conoció a Cora y se enteró de que tenía cincuenta millones de pavos escondidos debajo de un ladrillo de la chimenea, ¿tú crees que empezó a caminar solo bajo un crepúsculo? ¡No, hombre! Se compró un cuello limpio y una gardenia para el ojal y…, ¡a la vicaría!

El capitán Biggar se había sentado en el banco rústico y respiraba trabajosamente por la nariz.

—¡Me has asestado un golpe, Rosie!

—Y lo necesitabas, para quitarte de encima esas manías. ¡Tú y tu código!

—No me es posible hacerme a la idea.

—Te harás a ella, si te sientas y reflexionas un rato. Quédate aquí y empieza a acostumbrarte a la perspectiva de recorrer conmigo el pasillo de la iglesia, y yo iré a telefonear a los periódicos que se ha concertado y pronto tendrá lugar el matrimonio entre Cuthbert…, ¿tienes más nombres, mi corderito precioso?

—Gervase —contestó el capitán en voz baja—. Y el apellido es Brabazon-Biggar.

Con un guión.

—… entre Cuthbert Gervase Brabazon-Biggar y Rosalinda Bessemer Spottsworth. Lástima, ¿verdad?, que no seas sir Cuthbert. ¡Oye! —exclamó la señora Spottsworth, asaltada por una idea—. ¿Por qué no podría comprarte un título? No sé cuánto debe costar hoy en día; tendré que preguntárselo a sir Roderick. Tal vez me lo consigan en Harrige's. Bueno, adiós por el momento, hombrecito mío. No se te ocurra caminar bajo ningún crepúsculo.

Tarareando alegremente, pues había dicha en su corazón, la señora Spottsworth recorrió el camino alfombrado de musgo, recorrió la zona de césped y cruzó la puerta-ventana que daba a la sala de estar. Jeeves se encontraba allí. Había dejado a Bill y a Jill tratando melancólicamente de consolarse en la despensa, y había regresado a la sala de estar para retirar las tazas de café. A la vista del colgante que rodeaba el cuello de la señora Spottsworth, no menos de tres pelos de su ceja izquierda temblaron por un instante, para demostrar hasta qué punto le había impresionado este espectáculo.

—Veo que mira el colgante —dijo la señora Spottsworth, con una expresión radiante—. No me extraña que le haya sorprendido. El capitán Biggar lo acaba de encontrar entre las hierbas, junto a aquel banco rústico en el que estábamos sentados la noche pasada.

Sería excesivo decir que Jeeves se sobresaltó, pero sus ojos se agrandaron en una fracción infinitesimal, cosa que sólo hacían en ocasiones muy especiales.

—¿Ha regresado el capitán Biggar, señora?

—Ha vuelto hace unos minutos. Oiga, Jeeves, ¿sabe el número del teléfono del *Times*?

—No, señora, pero puedo averiguarlo.

—Quiero anunciar mi próximo enlace con el capitán Biggar. Cuatro pelos de la ceja derecha de Jeeves se agitaron levemente, como si les hubiera afectado una brisa pasajera.

—¿Sí, señora? ¿Puedo desearle toda clase de felicidades?

—Gracias, Jeeves.

—¿Quiere que yo telefonee al *Times*, señora?

—Si es tan amable… y al *Telegraph*, al *Mail* y al *Express*. ¿Algún otro?

—Creo que no, señora. Los que usted ha mencionado han de ser más que suficientes para un anuncio de esta índole.

—Creo que tiene razón. Sólo ésos, pues.

—Muy bien, señora. ¿Puedo permitirme preguntar, señora, si usted y el capitán Biggar fijarán su residencia en la Abadía?

La señora Spottsworth suspiró.

—No, Jeeves, y ojalá pudiera comprarla… Adoro este lugar…, pero es húmedo.

¡Este clima inglés!

—Nuestros veranos ingleses son inclementes.

—Y los inviernos son peores.

Jeeves tosió.

—No sé si podría hacer una sugerencia, señora, que tal vez resultara satisfactoria para todas las partes.

—¿De qué se trata?

—Compre la casa, señora, desmóntela piedra por piedra y transpórtela a California.

—¿Y volverla a montar allí? —La señora Spottsworth se mostraba radiante—. ¡Es una idea brillantísima!

—Gracias, señora.

—William Randolph Hearst había hecho algo por el estilo, ¿verdad? Recuerdo haber visitado una vez San Simeón, y había allí toda una abadía francesa en medio del césped y cerca de la entrada. ¡Ah, lord Rowcester! —exclamó—. Precisamente el hombre que yo quería ver.

Bill llegaba acompañado por Jill, caminando con un paso lento y desganado, pero al ver el colgante la desgana se alejó en seguida de él. Incapaz de hablar, sin embargo, se limitó a señalar con un dedo tembloroso.

—Fue descubierto entre la hierba contigua a un banco rústico del jardín, milord, por el prometido de la señora Spottsworth, el capitán Biggar —explicó Jeeves.

Bill recuperó el habla, aunque no sin dificultad.

—¿Biggar ha vuelto?

—Sí, milord.

—¿Y ha encontrado el colgante?

—Sí, milord.

—¿Y es el prometido de la señora Spottsworth?

—Sí, milord. Y la señora Spottsworth ha decidido adquirir la Abadía.

—¿Qué?

—Sí, milord.

—¡Creo en las hadas! —gritó Bill, y Jill manifestó que ella también.

—Sí, Billiken —dijo la señora Spottsworth—. Quiero comprar la Abadía. No me importa lo que puedas pedir por ella. La quiero y te extenderé un cheque apenas le haya presentado mis excusas a aquel simpático jefe de la policía local. Acabo de dejarle bruscamente, y temo que haya podido ofenderse. ¿Está todavía en mi habitación, Jeeves?

—Creo que sí, señora. Hace poco me ha llamado para preguntarme si le podía facilitar una lupa.

—Iré a verle —dijo la señora Spottsworth—. Voy a llevarme la Abadía a

América, Billiken. Ha sido idea de Jeeves.

Salió y Jill se precipitó hacia los brazos de Bill.

—¡Oh, Bill! ¡Oh, Bill! ¡Oh, Bill! —gritó—. Aunque no sé por qué te estoy besando a ti… —dijo—. Debería besara Jeeves. ¿Puedo besarle, Jeeves?

—No, señorita.

—Piense, Jeeves, que después de todo tendrá que seguir comprando aquellas rodajas de pescado.

—Será un placer y un privilegio, señorita.

—Desde luego, Jeeves —dijo Bill—, usted ya no debe dejarnos nunca, vayamos donde vayamos y hagamos lo que hagamos.

Jeeves se excusó con una sonrisa.

—Lo lamento muchísimo, milord, pero temo no poder valerme de su amabilidad. De hecho, siento verme obligado a despedirme.

—¡Oh, Jeeves!

—Con mi más profundo sentimiento, señorita, no es necesario decirlo. Pero el señor Wooster me necesita. Esta mañana he recibido una carta suya.

—¿Ha dejado ya aquella escuela, pues?

Jeeves suspiró de nuevo.

—Ha sido expulsado, milord.

—¡Cielos!

Ha sido un hecho infortunado, milord. El señor Wooster recibió el premio de zurcido de calcetines, e incluso se exhibieron dos pares de calcetines suyos el día de la fiesta de la escuela. Y entonces se descubrió que había utilizado una chuleta…, una anciana a la que introdujo subrepticiamente en su estudio por la noche.

—¡Pobre Bertie!

—Sí, milord. A juzgar por el tono de su comunicación, deduzco que el escándalo le ha afectado profundamente. Considero que mi puesto está al lado de él.

Rory salió de la biblioteca con expresión malhumorada.

—No puedo arreglarlo —dijo.

—Rory —dijo Bill—. ¿Sabes lo que ha ocurrido?

—Sí, chico, que me he cargado el televisor.

—La señora Spottsworth va a casarse con el capitán Biggar, y compra la Abadía.

—¿Sí? —hizo Rory, distraídamente—. Pues como decía, no puedo arreglar ese maldito trasto y no creo que pueda hacerlo tampoco ninguno de los técnicos locales, por lo que lo más aconsejable es recurrir directamente a la fuente principal. —Descolgó el teléfono—. Déme Square uno dos tres cuatro —dijo.

El capitán Biggar entró impetuosamente desde el jardín, tarareando una marcha nupcial swahili.

—¿Dónde está mi Rosie? —preguntó.

—Arriba —dijo Bill—. Bajará en seguida. Acaba de darnos la noticia. La enhorabuena, capitán.

—Gracias, gracias…

—Un momento —exclamó Rory, con el receptor pegado a la oreja—. Acabo de recordar otra. ¿Quién es más grande, el capitán Biggar o la señora Biggar? El capitán Biggar, porque pronto le ascenderán y será mayor. Ja, ja. ¡Ja, ja, ja! Entretanto, trato de…

Su número contestó.

—Oiga, oiga —dijo—. ¿Almacenes Harrige's?



PELHAM GRENVILLE WODEHOUSE fue un escritor humorístico inglés que nació en Guilford, Surrey, el 15 de octubre de 1881 y que falleció en Southampton, Nueva York, el 14 de febrero de 1975. El tercero de cuatro hermanos, pasó su infancia en Hong Kong, a donde fue destinado su padre como magistrado. Ya de regreso en Inglaterra, estudió en la Universidad de Dulwich y trabajó como banquero en Londres en el Banco de Hong Kong y de Shanghai. En 1903 comenzó a colaborar con el periódico *London Globe* como columnista, lo que le confirió la suficiente fama como para granjearse otros puestos con diversas publicaciones europeas y estadounidenses, pero no alcanzó verdadera notoriedad hasta que apareció su novela **El inimitable Jeeves**, en 1924. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, fue detenido por soldados alemanes mientras residía en Francia, y fue prisionero un corto tiempo en Berlín, hasta que fue liberado en 1941; durante su captura se emitieron varios relatos suyos por la radio alemana, lo que llevó a acusaciones contra su persona de colaborar con el nazismo. Con el fin de la guerra, se trasladó a Estados Unidos, donde residió el resto de su vida y donde alcanzó gran popularidad no sólo por sus novelas sino también por sus comedias musicales. Fue nombrado Caballero del Imperio Británico cuando ya contaba con 93 años de edad.

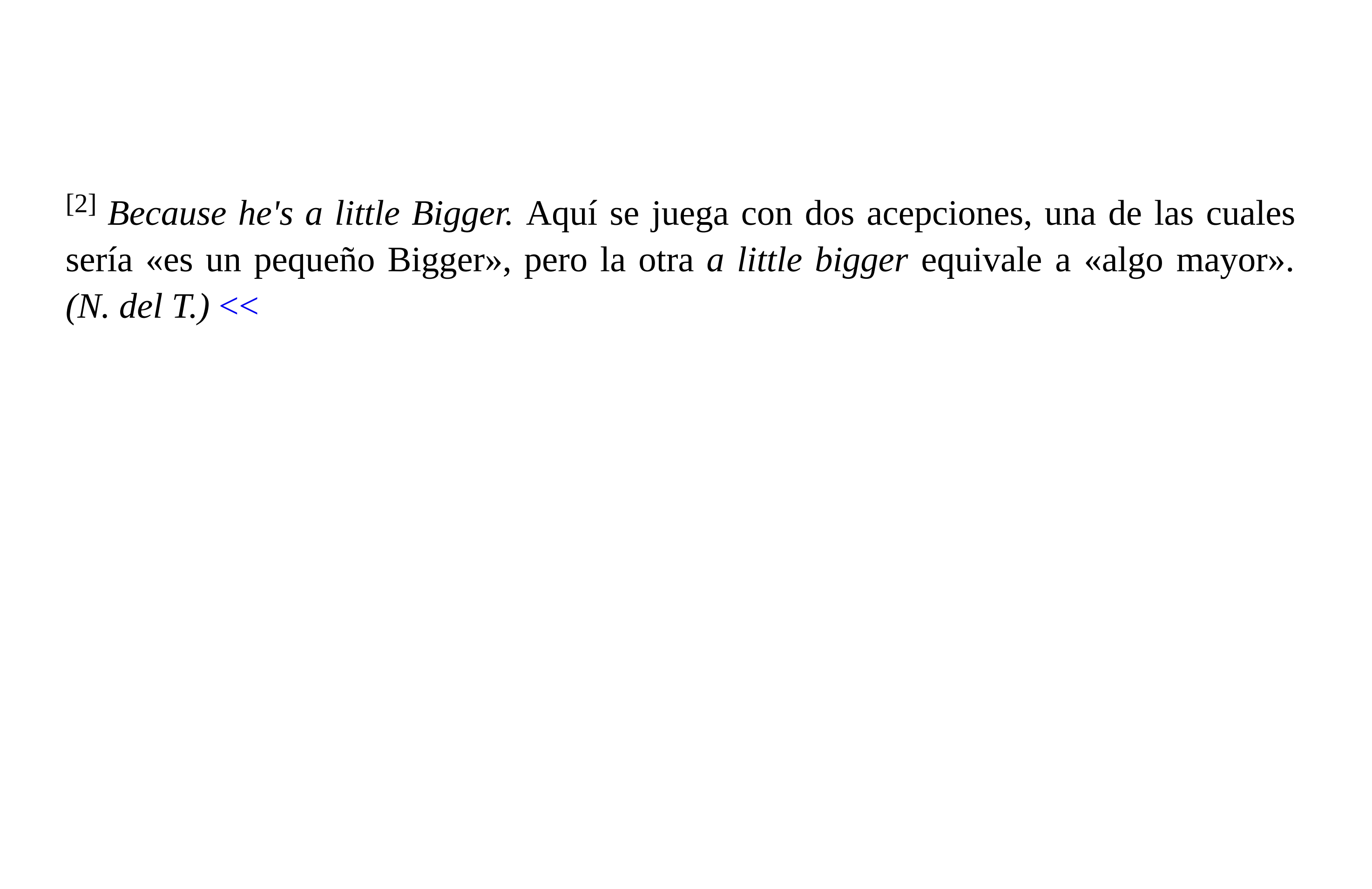
BIBLIOGRAFÍA:

- Jeeves y el espíritu feudal (1954)
- Llamen a Jeeves (1953)

- Locuras de Hollywood (1951)
- Júbilo matinal (1946)
- Luna llena (1942)
- Tío Fred en primavera (1939)
- El código de los Woosters (1939)
- Luna de verano (1938)
- Ola de crímenes en el castillo de los Blandings (1937)
- Jovencitos con botines (1936)
- La suerte de los Bodkin (1935)
- Gracias, Jeeves (1934)
- De acuerdo, Jeeves (1934)
- Mal tiempo (1933)
- Guapo, rico y distinguido (1932)
- Dejádselo a Psmith (1923)
- El inimitable Jeeves (1923)
- Piccadilly Jim (1918)
- Amor y gallinas (1906)

Notas

[1] *Bigger* significa mayor en inglés. *(N. del T.)* <<



[2] *Because he's a little Bigger.* Aquí se juega con dos acepciones, una de las cuales sería «es un pequeño Bigger», pero la otra *a little bigger* equivale a «algo mayor». *(N. del T.)* <<

[3] El autor juega con dos palabras de fonética muy similar. El capitán Biggar habla de *cheaters*, que significa «estafadores» o «tramposos», y Bill entiende —o finge entender— *cheetah*, que quiere decir «guepardo». *(N. del T.)* <<